Obras Completas de Vargas Vila
LA SIMIENTE

NOVELAS

Aúra. [illegible] Flor del tango.
Ibis. [illegible] Rosa mística.
Rosas de la tarde.
Salome. [illegible] Alba roja.
La sonriente.
Delia (Lirio blanco)
Eleonora (Lirio rojo).
Germania (Lirio negro)
El camino del triunfo.
La conquista de Bizancio.
María Magdalena.
La demencia de Job.
El minotauro.
Los discípulos de Emaús.
Los parias.
Las viñas muertas.
Los esclavos de Teópolis.
El final de un sueño.
La ubre de la loba.
Cachorro de león.

DE VARGAS VILA

LITERATURA

De sus lises y de sus rosas
Libre estética.
Sombras de águilas
Horario reflexivo.
Archipiélago sonoro.
Rubén Darío.

FILOSOFÍA

El ritmo de la vida.
Huerto agnóstico.
La voz de las horas.
Del rosal pensante
De los viñedos de la eternidad

HISTORIA

Los Césares de la decadencia.
Los divinos y los humanos.
La muerte del condor.

DERECHOS DE AUTOR

Todo ejemplar que circule sin estampilla será considerado ilegal.

LA SIMIENTE

EDICIÓN DEFINITIVA
DEBIDAMENTE REVISADA Y CORREGIDA
POR EL AUTOR

:: Obras completas de Vargas Vila ::

NOVELAS

Aura o las Violetas.
Flor del Fango.
Rosa Mística.
Ibis.
Rosas de la Tarde.
Alba Roja.
La Simiente.
Delia (Lirio blanco).
Eleonora (Lirio Rojo).
Germania (Lirio negro).
El Camino del Triunfo.
La Conquista de Bizancio.
María Magdalena.
La Demencia de Job.
El Minotauro.
Los discípulos de Emaüs.
Los Parias.
Sobre las Viñas muertas.
Los Estetas de Teópolis.
El Final de un Sueño.
La Ubre de la Loba.
Salomé.
Cachorro de León.

LITERATURA

Prosas-Laudes.
Ars-Verba.
De sus Lises y de sus Rosas.
Libre Estética.
Sombras de Águilas.
Horario Reflexivo.
Archipiélago Sonoro.
Rubén Darío.

FILOSOFIA

El Ritmo de la Vida.
Huerto Agnóstico.
La Voz de las Horas.
Del Rosal Pensante.
De los Viñedos de la Eternidad.

HISTORIA

La República Romana.
Los Césares de la Decadencia.
Los Divinos y los Humanos.
La Muerte del Cóndor.
Pretéritas.

OBRAS COMPLETAS DE J. M. VARGAS VILA

LA SIMIENTE

EDICIÓN DEFINITIVA

BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97

Derechos reservados.

Imp. Ramón Sopena, Provenza, 93 a 97.—Barcelona

PREFACIO

PARA LA EDICIÓN DEFINITIVA

Un largo Pasado Literario, impone a todo Escritor que se respete, el deber de una Revisión de su Obra;

una Revisión, ya que la palabra Rectificación, no se ha escrito para ciertos hombres y ciertas vidas, y la palabra Retractación carece de sentido y es inexistente, frente al Hermetismo Incorruptible de sus almas;

revisar, purificar, fijar los lineamientos artísticos de su Obra, he ahí el deber que se impone, a los autores que han ejercido una influencia decisiva sobre los espíritus de su época, cuando les llega esa hora serena y diáfana, en que el horizonte se ensancha ante ellos con perspectivas de Infinito y se anuncia la aproximación de la divina Noche Definitiva; aquella tras de la cual no hay auroras, porque en sí las lleva todas;

ese deber, no de auto-Crítica, sino de auto-Historia, es el que me he impuesto, al emprender la Edición Definitiva de mis OBRAS COMPLETAS;

y, no por divertimiento espiritual, tarea extraña en esta hora de derrumbamiento de todo lo que vivía bajo los cielos combos, tan miserablemente bellos de la Ilusión;

hora del desmoronamiento de los más bellos sueños, hechos polvo bajo el abismo profundo de un firmamento desnudo de toda estrella de Consolación...

en el Silencio Inmutable, que sigue a la muerte de todas las ambiciones, y, es uno como gesto imperioso de los labios augustos de la Eternidad, esos labios sin palabras que se extienden hacia nosotros para besarnos antes de entrar en la Tiniebla Insondable, donde se siente con el agotamiento de los Huracanes el morir de las Tempestades, en el funeral de las estrellas extintas, caídas en el Espacio como un torbellino de margaritas deshojadas...

no;

es avizorando al Porvenir, que Yo, la Historia de mis libros hago;

y, en estos Prólogos, la hora obscura de sus génesis, relato;

ante el Único Tribunal de Arte que reconozco: mi Conciencia Estética;

la Génesis de todo libro es luminosa, como

RBC
NcU

la de todo amanecer sobre los cielos límpidos;

claridades de auroras han caído sobre las páginas vírgenes, antes de hacerse hoscas y iristes como un morir de días;

toda Obra de Arte, es de por sí, esotérica, porque es en el Silencio, incontaminado aún, de la Simiente del Verbo, que recibimos el rayo de la Iniciación, que ha de producir la Obra;

toda Obra de Arte, es, una Confidencia de Divinidad, dicha a los oídos del Hombre, para su realización;

aquel que fué besado por los labios de la Luz Interior, ése, Obra de Belleza, hará;

salido de los limbos musicales de su Espíritu, él, la dirá al Mundo, en las suaves cadencias de su Estilo, si es un Poeta, o, en la fulguración radiosa de su Verbo, si es un Apóstol;

y, la Revelación se hará;

nada impedirá a la Creación, salir del cerebro del Creador, una vez que éste, fué fecundado por la Visión, y, ella le dijo el Alma de la Obra;

es por eso de un apasionante interés, la Revelación que un Artista hace, de cómo la Obra de Arte, hubo de serle revelada y, dónde los gérmenes de su Creación hallados fueron;

exteriorización de paisajes misteriosos, que soles interiores alumbraron o hicieron nacer en los continentes vírgenes de la Mentalidad;

surgimiento de islas mordoradas y maravillosas en los mares inabarcables del Pensamiento;

el mostrar eso, y el decir cómo la formación y la expresión de esas cosas espirituales cumpliéronse, es una solicitación imperiosa del ánima, que llega a adquirir la actitud clamorosa de un Deber;

ese Deber impúseme, y lo cumplo escribiendo estos Prefacios para la Edición Definitiva de mis OBRAS COMPLETAS;

bien triste Deber, este Deber de Recordación;

es letal el vaho que se escapa de las praderas melancólicas del Pasado, en esta tarea de Evocación;

el rosario de las horas se desgrana en las manos temblantes del Recuerdo;

tiembla la voz del Alma, musitando las páginas de los días ya muertos;

evocar el Pasado es revivirlo;

es revivir la gran Tristeza, que habíamos querido sepultar bajo la mortaja del Olvido;

siempre el Pasado es triste, porque siempre el Pasado es la historia de un Gran Dolor vivido, que exhumamos de la tumba al evocarlo;

mirar nuestro Pasado, es mirar la llaga miserable de nuestro corazón, y poner sobre ella la mano;

estremecimiento trágico, de la víscera sensible y lastimosa;

y, esa hora sin Misericordia es necesario vivirla;

y, yo la vivo;

¡como he vivido tantas!...

porque todos mis libros escritos fueron y, escritos son en horas de Dolor;

las tragedias de mi Espíritu les dieron vida, y la sal de mis angustias regó el prado en que nacieron esas rosas violentas y líricas, llenas de un perfume de Desolación;

de ahí que recordar sus génesis, sea revivir horas bien tristes de mi Soledad Inabarcable;

pero, me he propuesto decir dónde y, cómo, esos libros fueron hechos;

y, de decirlo he;

pese a mi propio Dolor...

hoy toca el turno a La Simiente;

y, su génesis relato.

*

Era en 1904.

Regresaba yo, de New York, a donde había ido para lidiar en mi Revista Némesis, *una campaña clamorosa y romántica, contra las dictaduras analfabetas y sombrías que devastaban ciertos países de la América Latina y contra la Hidra del Imperialismo Yanki, que asomaba su cabeza entre dos alas de águila bajo la bandera estrellada que ondeaba al viento sobre el frontón semigriego del Capitolio de Wáshington.*

Bizancio, había enviado desde el fondo de sus pantanos letales, la hez de sus escribas para insultarme; y sus embajadores habían pedido a los Césares plutócratas de Cartago, que me impusieran Silencio;

y, Cartago me lo impuso, feliz de romper una pluma, que el oro acumulado en sus sótanos, no podía comprar:

yo, regresaba a París, vencido;

y, triste, como todos los vencidos;

me acompañaban las últimas procelarias de mis Sueños rebeldes, que hacían escolta a esos gestos postreros de mi Juventud batalladora y proscripta;

para distraer las tristezas de mi vencimiento, me había puesto al trabajo, que es el único deleite de mi Espíritu, y, había escrito el Alma de los Lirios, *esas tres novelas que en un solo volumen monumental, se publicaron por entonces en París;*

ese trabajo exasperó mis neurosis, en vez de calmarlas;

y, cuando lo terminé, el estado de mi salud era inquietante;

la hiperestesia de mis nervios, tomó formas graves, y, la más torturante era la motofobia, el horror a todo vehículo en locomoción;

me inmovilizaba al verlos;

y, un auto, *estuvo a punto de aplastarme al atravesar la* rue Pierre Charron;

debí la vida, a la pericia de un agent *y, a la fuerza de su brazo;*

esta aventura, limitando mis paseos, me sumía en la desesperación, y, la exacerbación de mis nervios no hacía sino aumentar;

entonces, los médicos y, yo, pensamos en un lugar donde no hubiera camiones, ni autos, ni coches;

¿cuál es, en Europa, ese lugar feliz, libre del tráfago de la locomoción rodada?

Venecia;

y, a Venecia, fuí;

yo, conocía ya el mágico joyel insular, donde brillan al Sol, en el encanto del azul difuso, las más bellas gemas del collar Adriático;

mis plantas incansables de viajero solitario sediento de emociones, se habían posado ya otras veces, sobre aquellos sillares de la Magnificencia, y, había amparado mis tristezas nómadas, bajo los arcos de oro de aquella arquitectura de Ensueño;

mi corazón se había reposado a la sombra de aquel dosel divino de cielos empurpurados, buscando horas de calma en el letargo armonioso de los canales reminiscentes;

y, volví con encanto a la Ciudad-Náyade;

y penetré en el corazón de sus islotes, como en un grupo de ibis pensativos, inclinados sobre el cristal de las aguas sonoras;

y, mi alma imploró algunas horas de paz, a aquel Milagro de Belleza, estratificado en el Silencio, en el oro vivo de sus mirajes lacustres, bajo sus cielos de perla;

y, amparé la desnudez de mis heridas a la sombra misericordiosa de aquellos cielos violeta, que inspiran el deseo voluptuoso de morir;

el Hotel de la Luna, *donde me albergué al principio, me fastidió al fin, con el vaivén cosmopolita de sus turistas, muchos de los cuales me parecían fantasmas de Mí Mismo, que pa-*

seaban como yo, una alma enferma del Tedio doloroso de la Vida;

y, fuí a refugiarme en una Pensión Tudesca, sita detrás de la Academia, *en una* fondamenta, *lejana y tranquila, sobre la cual el Silencio parecía extender sus grandes alas de Olvido y de Misericordia;*

mi espíritu hosco y herido permanecía reacio a toda tranquilidad;

la crisis física y moral que atravesaba era demasiado aguda para que cediese súbitamente a aquellos analgésicos de encanto;

la Soledad, que yo buscaba como un refugio, no estaba allí, donde gente amable y discreta, me perturbaba con su presencia;

el contacto de las otras almas que siempre me ha sido desagradable, se me hacía entonces odioso;

como en todas mis grandes horas de neurosis de solitario, el sonido de la voz humana me era un tormento insoportable;

¿dónde hallar el silencio completo que me librara de ese martirio?...

leí entonces en un diario local, el anuncio de: un piccolo appartamento d'affittare in Palazzo signorile;

y, fuí a verlo;

era en el Palacio de los condes Balbi-Valier, de vieja estirpe de Dux, que habían reinado sobre Venecia;

un pequeño apartamento, dependiente del

gran Palacio y, al cual se ascendía por una escalera privada, que daba sobre un patio lateral;

dos habitaciones enormes, amuebladas con un lujo arcaico y, con los techos altísimos decorados por el Tiepolo;

lo alquilé sin vacilar;

y, me refugié allí, como si me hundiese en un pozo de Silencios;

mi Soledad, se hizo completa;

los condes, pasaban el Otoño en sus propiedades lejanas;

un portero viejo y, ceremonioso cuidaba el Palacio, y, se ofreció para cuidarme a mí;

me instalé en esa quietud cenobítica, en ese Silencio impresionante, interrumpido únicamente, por el chapotear de las aguas de un canal cercano, golpeando contra los diques;

mis nervios permanecían rebeldes a calmarse, y mi dispepsia exacerbada aumentaba mis torturas;

sufría atrozmente;

durante el día pasaba largas horas tendido sobre un sofá, presa de crueles dolores, entreteniéndome para olvidarlos, en contemplar las decoraciones del techo, donde ninfas encantadoras, perseguían a un Sátiro fugitivo;

mis noches eran inenarrables de angustias;

atacado de insomnios pertinaces, las pasaba, ora, asomándome a una de las grandes ventanas que daban sobre el patio, donde las

blancas columnatas del más puro estilo arquitectónico, se veían en la obscuridad como estalactitas maravillosas en el fondo cristalino de un lago, ora, acodándome al antepecho de una de las otras, que daban sobre el pequeño canal, en cuyo estancamiento taciturno, no se sentía ni el estremecimiento de las olas, rotas por la quilla de una barca;

¿qué hacer de aquellos días sin calma y de aquellas noches sin sueño?

¿qué hacer de aquellas horas de Dolor, de Abandono y Soledad?...

para entretenerlas, me puse a escribir este libro;

y, lo escribí febrilmente, obsesionado por la visión de recientes dolores, con los ojos pertinazmente fijos en el rostro inmutable de la Muerte;

no lo había aún concluído, cuando un acontecimiento inesperado, vino a turbar mi quietud y a romper mi Soledad;

el Conde Balbi, regresó solo, para arreglar asuntos suyos, y pasar unos días en su Palacio;

el portero me lo hizo saber así, al llevarme una mañana el café, añadiendo que el Conde deseaba conocerme;

no pude evitar la entrevista;

y, nos vimos;

gentilhombre hasta la médula de los huesos aquel descendiente de Doges, *fué muy amable*

conmigo, mostrándose encantado de hallarme en casa suya, y, prometiéndose que habíamos de matar el Tedio de Venecia, en jiras y reuniones;

temblé ante esta perspectiva que iba a romper mi Soledad;

engañado por mi aspecto, por mi equipaje y, por mi indumentaria, el Conde creyó, que yo era un Clubman, como él, y, me presentó en el más grande Círculo Aristocrático de Venecia, al cual pertenecía;

para aumentar mi consternación y, acabar de desconcertarme, y engañado tal vez por ver que yo viajaba con pasaporte diplomático por haber sido hasta hacía poco Ministro de un país americano ante el Rey de Italia, me presentaba a todos sus amigos en calidad de Excelencia, adjudicándome, para mi mayor tortura el título de Marqués;

en vano le hice constar su error;

él, me decía, guiñándome el ojo:

—Comprendo, comprendo, pero entre nosotros no hay necesidad de esas cosas;

y, sonreía, persistiendo en creer, que yo guardaba el incognito, *tal vez por economía;*

una tarde, yendo hacia la Mercería, *y muy cerca* a Santa Maria in Zóbenigo, *encontramos a Don Carlos de Borbón, Pretendiente al trono de España, que venía, seguido de dos hermosos galgos, únicos cortesanos de su destierro;*

el Conde quiso presentármelo, y yo rehusé;
los dos aristócratas se saludaron;
yo, seguí mi camino;
dióme alcance el Conde, quien al ver mi rehusa de ser presentado al Borbón en Exilio, me creyó un alfonsino *apasionado y me felicitó, por ese rasgo de fidelidad a* MI REY;
no me digné aclarar el equívoco;
me contenté con sonreír;
y, esa noche escapé de Venecia;
escapé, fingiéndome llamado con urgencia, por telégrafo;
todavía en el tren, me parecía que el fantasma de mi marquesado iba conmigo;
y, enrojecía ante ese ridículo;
llegué a París, y, allí encontré una de tantas leyendas absurdas como han perseguido mi vida;
la fábula de mis millones estaba otra vez en circulación;
se decía que un Déspota venezolano, que en aquella época titereteaba desde el Poder, había comprado para mí, un Palacio en Venecia, y me lo había obsequiado para pagar con él, mi Silencio...
y, se hablaba de mis góndolas, de mis pajes, de mis fantasías derrochadoras...
Sonreí de nuevo;
y, concluí la SIMIENTE;
la leyenda pasó;
y, el libro queda;

tres lustros de Éxito, lo han consagrado;
y, hoy vuelve a mis lectores inagotables, coronado por ese triple laurel.
Inmarcesible....

VARGAS VILA.

En 1919.

LA SIMIENTE

—¡El también! ¡él también! — murmuró tristemente Leonardo Bauci, dejando caer su cabeza entre las manos, con un gesto lento, de impenetrable angustia;

y, quedó así anonadado, silencioso, inerte, hundido en el crepúsculo, que bajaba sobre él, como una gran caricia de manos beatíficas y tiernas;

y, el grande hombre vencido, semejaba el león de mármol de una columna volcada, extendiendo al infinito la fascinación de sus garras truncas, en la tristeza desoladora de la derrota definitiva;

la tiniebla terrificante de la hora, enorme y lenta, parecía gozarse en la crucifixión dolorosa de aquella alma de orgullo y de voluntad... muda, ante la desgracia que encadenaba su gesto tumultuario de borrascas, y ahogaba

el gran ritmo bélico, la sonoridad heroica de su verbo libertador...

y, aquel silencio, estremecido, era como el plegamiento prodigioso de las alas de una águila, enorme y fantástica, rotas por la tempestad;

ni una lágrima brotaba en aquellos ojos acerados, fulgentes e implacables, como un desierto de desolación;

ni un sollozo, salía de aquel pecho, que se adivinaba lleno de emociones, como las olas de un mar subterráneo gimiendo bajo la tierra;

como un altar de sacrificios, sin víctima y sin fuego, como una cima ríspida de donde ha huído toda vibración de vida, los labios del gran tribuno estaban mudos, desiertos de las águilas del verbo, plegados en un gesto de insondable angustia, amplio y triste, como una soledad;

fué después de largo rato, que de sus labios salieron las dos palabras, que encerraban todo su dolor.

—¡Mi hijo! ¡mi hijo!...

y, volvió a callar, envolviéndose en el duelo de su corazón, herido en el otoño de la vida...

y, quedó inmóvil, la cabeza entre las manos, sobre la gran mesa llena con los despojos de su pensamiento fecundador...

... ...

Leonardo Bauci, acababa de atravesar una

de las grandes crisis de su vida tumultuosa y bravía, que era como un gran clamor de tempestad;

sembrador de conmociones, terrible agitador de conciencias y de hombres, estaba aún estremecido, lleno del estupor de los últimos combates que su palabra profética había lidiado, de pie, sobre las demencias de los pueblos;

las llanuras desoladas, que dormían bajo la noche, habían gritado desgarradas por el arado de aquel pensamiento que ansiaba renovarlo todo;

las aguas estancadas de los viejos lagos meditativos, soñadores bajo la bruma, se habían alzado mugidoras, cuando el huracán de aquel verbo, pasó agitándolas, hasta en lo más profundo de sus limos tenebrosos;

todo lo que dormía y fué despertado;

todo lo que vegetaba y fué llamado a la vida;

todo lo letal y lo fatal, herido por su palabra, gruñía contra él, como una inmensa mar enfurecida;

todo lo que el relámpago había alumbrado, arrojaba sobre el rayo bocanadas de sombra;

nada de eso había lastimado ni inquietado su corazón;

su genio épico, cabalgaba sobre las tormentas como en un hipógrifo de fuego, y volaba sobre los mares en cólera, como un inmenso pájaro de luz;

sus pensamientos vibraban como cormora-

nes enormes, combatiendo en una nube, sobre un mar equinoccial, y descendían y deslumbraban el océano enfurecido de las almas, produciendo en ellas el dolor luminoso del deslumbramiento, el atractivo poderoso e irresistible de las grandes visiones, cercanas y gemelas del Misterio;

cerca de él, la gran multitud de los espíritus sentía la vecindad innombrada del prodigio, la atracción vertiginosa de un océano;

la inacorde ebullición de las pasiones, continuaba, allá, lejos de él, pero siempre en torno de su nombre, con un vuelo circular de buitres enfurecidos, desgarrando su pensamiento, picoteando sobre el blanco impoluto de su escudo, que desaparecía casi bajo la mortaja negra, que formaba, al plegarse sobre él, aquel lúgubre aluvión de alas negras, que se abrían y se cerraban enfurecidas, en una contracción membranosa de vampiros;

su espíritu, estremecido, cual un océano después de la tormenta, vibraba aún, en una como indomable marejada de fuerzas, impetuosas e irresistibles;

su poderosa musculatura intelectual, se destendía apenas en la calma reciente, como un león que estira al sol sus miembros poderosos, y limpia de sus garras las últimas huellas de la sangre;

no hay grande sino el Dolor;

ante este sol de desolaciones que ahora lo

abatía, miró su vida toda, pasando ante él, como un gran río tumultuoso;

pero, no quiso remontarlo; ¿a qué el recuerdo? ¿a qué el clarobscuro indefinible de su niñez, soñadora y fantástica, y el poema rojo de su adolescencia, en que bajo un viento de tempestad se había abierto la terrible flor de su vida heroica?

él, amaba el recuerdo, gustaba de sus voluptuosidades dolorosas, como de un lejano, inviolable refugio, donde brotara un manantial de fuerzas;

el recuerdo era para él, una zona agreste, donde se recogía su pensamiento para fortalecerse; era como la roca contra la cual las águilas rompen el pico ya gastado, cuando sienten nacer otro nuevo, más voraz y más fuerte, más hecho a los combates despiadados;

pero, ahora, ¿a qué el recuerdo? la enormidad de su dolor lo llenaba todo... su hora presente ahogaba su pasado...

tiritaba en su soledad, como un león herido, bajo la luna triste del desierto...

¡solo! ¡solo!

no tenía patria, no tenía familia, no tenía hogar... había visto arder, desaparecer, morir todo detrás de él...

su vida era un desierto, alumbrado por un sol de sangre; las tormentas que él mismo producía, habían arrojado lejos las tablas disjuntas de su barca;

su vida era un naufragio; pedazos de su corazón flotaban sobre esa mar en furia...

y, se encorvaba, un momento, al peso de su vida, cargada de escombros, en la inanidad dolorosa de su gesto heroico, hecho a remover el cromatismo complexo de las almas, la conciencia versicolor de las multitudes, que seguían los senderos parabólicos de su palabra hacia la luz...

todo, todo, había desaparecido del cielo tempestuoso de su vida, como esas bestias quiméricas de jaspe, que el crepúsculo finge, acurrucadas, en el lejano horizonte, bajo el cielo nocturnal, y el viento de la tarde esfuma en un gesto, lento y abrumador de muerte inexorable;

todos los que él amaba habían muerto, para la vida o para su corazón... la tumba o el Olvido los habían tragado a todos...

sólo su hijo, Germán Bauci, un pecado de juventud, cuasi de adolescencia, vivía en su corazón y al lado de él, siendo el único ser en quien se complacía todo el amor de su alma, violenta y temeraria;

aquel amor, era para él, todos los amores;

su pasado, su presente, su porvenir, se sintetizaban en él, y vivían para él;

el desierto moral principiaba y rodeaba aquella pasión única y absorbente; su gloria misma, estaba de rodillas ante ella; ¡no se es nunca bastante fuerte contra el amor!... ¡se

reencarna para vencer, como un mito de viejas teogonías!... ¡la madre, la mujer, el hijo!... ¡siempre el amor! ¿es que no se puede vivir sin él? ¿no puede vencerse su maldita esterilidad? nuestra intensa miseria interior está desarmada ante él;

todo corazón es una llaga;

y, Leonardo Bauci, pensaba en toda su vida de abnegación, de sacrificios, de ternura, consagrada a aquel ser, que había engrandecido bajo sus ojos, como una planta idolátrica ante la cual su vida atea, había sido como una oración perpetua, como una palabra enorme de adoración;

y, recordaba el largo y estremecido proceso, que había debido sostener para arrancarlo al amor y a la codicia maternales, que soñaban atar con él una pasión fugitiva, o asegurarse una ventura monetaria...

y, le parecía aún verlo, cuando por ministerio de la ley le había sido entregado, viniendo a su casa en brazos extraños, dormido entre encajes, blondo como una estrella; entrando en su vida como una aurora de oro, para disipar la monotonía magnífica, de su existencia austera y solitaria, y embellecer esa brutal soledad, donde germinaba la poemización difusa de sus sueños;

su paternidad había sido impetuosa y ardiente como todas sus pasiones; aquel niño llenó su vida;

se aisló en el culto íntimo de su amor, como en un dominio misterioso y deslumbrador, donde su alma de lucha venía a reposar, a la sombra de esa cuna; y fueron las grandes fiestas silenciosas de su corazón...

la infancia de Germán había sido robusta y feliz, y su alma había sido guiada por él, en sus primeros tanteos hacia la vida y hacia la luz;

ninguna influencia extraña había deformado aquella alma, que se alzaba recta hacia la verdad, como la flecha de un templo, en la claridad de un cielo matinal;

y, había sentido el orgullo de su obra, porque su hijo, había llegado a los veinte años, bello como un Apolo, uniendo a la grande armonía exterior de su belleza, el tesoro enorme de una alma fuerte, pertinazmente imantada hacia los altos sueños de la vida;

él, había tratado sobre todo, de vigorizar su alma, despertando en él, la fiebre heroica que hace de la vida un poema cantante, del cual cada estrofa es una acción...

y, he ahí, que esa fiebre heroica, que había hecho la desgracia y la esterilidad de su vida, le arrebataba ahora su hijo...

¡ahora, que él, se apoyaba sobre su corazón como en una fuerza! ¡ahora, en el crepúsculo de su vida, cercano ya a la hora triste de las grandes tinieblas! ¡era ahora, que ese único astro de su vida desaparecía en el horizonte!...

¿la noche, pues, sería completa?

a esta sola idea, el padre pensó, con un rencor feroz, en la diosa insaciable que le había arrebatado su hijo; ¡la diosa implacable y brutal, a cuyo culto había él consagrado su vida toda!... ¡esa diosa, que enloquecida por su palabra, había devorado los hijos de los otros, se vengaba hoy, devorándole su propio hijo! era del contagio de su verbo, que su hijo había sido herido, ¿por qué quejarse? si él, lo había preparado para la demencia del sacrificio, ¿por qué desesperarse ante el holocausto realizado? la ley inflexible se cumplía;

su hijo había sido un héroe rebelde, ¿por qué gritar ante ese heroísmo, él, el cantor de esas heroicidades y el sembrador de esas rebeldías?: todo fructificaba bajo su palabra:

todo: hasta ese inmenso dolor...

—Sufrir, sufrir, sufrir—, gritó su corazón, que sentía el naufragio de toda su vida en ese florecimiento de su verbo;

y, una sensibilidad desconocida hasta entonces, tocó vagamente su alma, como el ala fría de un pájaro marino; como un estremecimiento de la muerte;

y, su grande alma temblaba, como bajo la impresión de su corazón puesto al desnudo... ¡su corazón tenebroso, que temía al enternecimiento, como a la caricia luminosa de una debilidad!

el dolor hace más lúcido, más visible nues-

tro pasado, y se siente una sensación voluptuosa de contemplarlo, como en un vértigo, desmesuradamente;

y, él veía toda su vida de amor paternal, vida de sacrificio, porque, ¿qué cosa es el amor sino un sacrificio? sacudida, por este gran viento de infortunio, como un harapo de miseria;

y, temblaba ante ella, como ante una soledad;

y, le parecía ver a su hijo, dormido en la cuna, bajo la red luminosa de sus cabellos de oro; y, el poema blanco de su infancia, y el florecimiento de sus sonrisas, que llenó su vida entera...

su adolescencia grave y suave como un primer día de primavera; las noches de estudio inclinado sobre los libros y sobre la vida; y, luego el despuntar de aquella juventud, alegre y sana, llena de una lealtad desmesurada;

y, creía verlo, como meses atrás, vagar por aquel apartamento hoy desierto, llenándolo con el ruido de su juventud, entusiasta y gozosa;

y, le parecía sentir aún la impresión de los brazos fuertes, y de los ojos tristes, cuando estrechándolo sobre su corazón, le había dicho ¡adiós! en la *Gare Saint-Lazare*, al separarse para ese funesto viaje, al Continente lejano;

¿por qué lo había dejado partir?... era él,

quien lo había enviado, para ver de salvar los restos de un exiguo patrimonio...

y, cuando lo esperaba de regreso, había recibido la primera carta, anunciándole que partía para la guerra, en defensa de la Libertad, que él: *le había enseñado a amar profundamente...*

y, días después, el laconismo trágico del telégrafo diciéndole: *Germán ha muerto en la batalla de* LAS ROSAS, *como un héroe...*

¡como un héroe!...

¡su verbo hecho carne, se expandía en un florecimiento de muerte!

y, su corazón sombrío, veía claramente la expiación, y no se rendía, desafiando aún al dolor, como a otra divinidad;

y, su cólera contra el Destino, engrandecía confusamente, en el silencio profundo, en el ritmo neutro de las cosas que morían en el crepúsculo, bajo el camafeo taciturno de los cielos, como en una transubstanciación;

y, se erguía, en una especie de inmensidad, en la palpitación netamente humana de la noche, como en un recogimiento...

y, quedó como deslumbrado, a causa del esplendor mismo que había en su corazón...

¡Solo, ante el silencio de las estrellas!... ...

... ...

... ...

... ...

En la insondable acritud de su dolor, se

puso de pie; anduvo como un somnámbulo, se acercó a la ventana, y reclinó su frente fatigada contra el cristal...

sobre horizontes dramáticos, la tarde había sucumbido gloriosamente, en cielos bituminosos, como cielos de castigo;

una calma rumorosa, oceánica, se desprendía de la gran ciudad, movible bajo la niebla;

las cúpulas plomizas se alzaban bajo el reflector estelar, y parecían dilatarse aún, en un inmenso sueño, alzado a lo infinito: eran como una fuga de quimeras, escapadas a la taciturnidad triunfal;

los campanarios se perfilaban en el vasto silencio, como grandes juncos lagunarios, prontos a inmergirse en las tinieblas, y se esfumaban, en la tristeza ilúcida de los cielos, teñidos de un tinte de agonía;

grandes calmas cristalinas, como de estanques lunares, adormecían las cosas, en la lenta transfiguración de la hora;

y, el último rayo del sol, pálido como un crisópalo, brillaba con una luz argentada, sobre los árboles cercanos del *Luxembourg*, acariciando las cornisas del Palacio, con una caricia blanca, y adornando, como una corona de argento, la vetustez austera del *Odéon;*

las manchas de nubes sardónices, fingían películas de naranja, sobre el cielo, de un gris entibiecido, que se extendía en una vaguedad ondulosa, fugitiva, sin horizontes...

la última luz solar, moría bajo la lluvia, una lluvia menuda y lenta, que envolvía las cosas en la opacidad confusa y traslúcida de una gasa opalina, llena ya de los colores de la noche;

la plaza del *Odéon*, casi desierta, parecía temblar con su pavimento negro, bajo los focos de luz eléctrica, que fingían en el suelo húmedo, un tapiz de abejas de oro;

y, en el extraño fervor de su pena, y la realidad netamente humana, su dolor se alzaba ante él, distinto y claro, como un gran cuerpo sangriento, en el salvaje horror de las cosas indiferentes, como muertas, llenas de una incurable atonía;

y, en la inclemencia hostil de la noche devoradora, sintió venir hacia su corazón, un gran viento de inquietudes, cual si el cielo estuviese lleno de amenazas superiores;

y, no tembló;

en lo absoluto de su dolor, su alma permanecía erecta ante lo Infinito; solitaria como una cima; amarga como una imprecación;

en esa alma, altanera y hermética, la tristeza tenía el ademán imperativo y soberbio de un gran gesto de cólera;

el pavor del ánimo, el miedo a las perspectivas en desolación de la vida moral, no asaltaban su espíritu, hecho a las obscuridades de la pena y del misterio;

su tristeza, no era la fluidez brumosa de cier-

tas almas; era una como sensación roja, desplegándose en el manto imperial de los grandes corajes; él, no sabía del sollozo; a manera de los leones, no sabía sino rugir; ignoraba el gemido; no poseía sino el grito estridente de las grandes águilas;

su corazón como un pelícano inmortal manaba sangre, pero no se rendía ante el Dolor; ¡el Dolor! ¿es que él ignoraba algo del Dolor? ¡oh, si lo dijera su corazón!

en ese Calvario, elocuente y luminoso que había sido su vida, ¿qué peripecia de la angustia había faltado en su ascensión estoica y desdeñosa, por la cuesta agrietada y sombría? ¿qué grito de plebe no había desgarrado sus oídos? ¿qué insulto fariseo no había caído sobre su nombre? ¿qué maldición de sacerdote, qué sentencia de escriba no lo habían perseguido? ¿qué saliva de sayón, no había sido lanzada contra su rostro? ¿qué mano de sicario, no se había tendido amenazante hacia él?...

de Judas, había recibido cien veces, el beso tedioso y frío: Juan, cuya cabeza efébica, se había dormido sobre su hombro, lo había vendido también, y con su boca de Evangelista adolescente, había insultado a su Maestro... todos lo habían abandonado en su ascensión lúgubre hacia la Gloria;

y, él, había vencido;

había descendido por los senderos de ese

Calvario, más agresivo que las turbas mismas, apagando los gritos de la plebe, con el tumulto de sus propios gritos, sellando con el puño los labios difamadores, cortando con la espada de Maltus, las manos agresivas, que osaban amenazarlo, e hiriendo en la cabeza, con los brazos de su cruz, a aquellos mismos que habían querido crucificarlo;

no, él, era un temperamento de Apóstol, pero no un temperamento de Mártir; era el Cristo de su siglo, un Cristo apasionado y viril, hecho para el campo de batalla, y no para el holocausto del martirio; un Cristo-león, para el combate, no un Cristo-oveja para el sacrificio; Cristo de agresión, no Cristo de resignación; era hecho para imperar, y para castigar, para ser aclamado y no para ser crucificado; él, moriría combatiendo, no moriría perdonando; eso no; él, era un Cristo de Venganza, no era un Cristo de Perdón; su sangre, era sangre de victoria; no sería sangre de derrota estéril;

así, era una cólera sorda y tenaz, la que invadía su espíritu en esta hora de dolor, y, mudo ante la inmensidad de su pena, expiaba el crimen de haber amado; el amor de su hijo lo torturaba;

hostigado por el frío, que penetraba de fuera, a través de los cristales, se retiró de la ventana, y encendió el gas; la luna de un grande espejo, reflejó su figura en el fondo del salón;

su silueta, aun grácil, de hombre elegante y cuidadoso, se proyectó en el cristal hecho luciente, lleno de tonos áureos, por el reflejo de la luz; se miró, asombrado de su inmensa palidez;

una rara persistencia de juventud, lo acompañaba aún en su cuarentena, que nadie le daría: el rostro joven, la cabellera negra, la dentadura admirable, ayudados del esmero y el gusto exquisito en el vestir, disminuían lo menos de una decena sus años verdaderos;

frente a su propia imagen, se irguió, como un león, que se mirara en las ondas de un río;

su combatividad nativa rugió en él;

no, a él no lo vencería el dolor: no lo vencería nadie, ni nada; sería el Irreducible;

y, como su reciente dolor, gritaba en su corazón, con su odio ciego a la Vida, fué directo hacia su mesa, tomó el retrato de su hijo, lo besó en la frente, y sobre aquellas cenizas lejanas, juró el odio a su simiente;

sí, aquél sería el primero y el último; el *único* hijo de su ser; no florecería más su simiente.

con el gesto de Antipa, él, condenaría a la muerte, todos los gérmenes de su vida;

la simiente del hombre es simiente de Dolor;

él, no la dejaría florecer en vientres extraños;

con la mano tendida hacia la muerte, iría

por la vida, en un gesto de perpetuo infanticidio;

dar la muerte, antes que dar la vida:

GUERRA A SU SIMIENTE;

tal fué su juramento;

y, lo selló con un beso sobre la frente de su hijo, que pareció sonreírle, bajo un nimbo de cosas rojas y gloriosas;

y, sereno ya, con una tenebrosa serenidad, que hacía pensar en una mano negra, que tronchase rosas cándidas, en un jardín de muerte, se dirigió a su alcoba;

arregló su tocado, se cubrió con un grande abrigo, y salió a la calle.

*

La noche era negra y roja, pesada de electricidad;

la armonía artística de un duelo inmenso, parecía haber dibujado los tintes de ese cielo; óxidos violentos teñían el límite del horizonte, conglomerado de rayos ocres, bermejos, con amarilleces de cinabrio, que hacían pensar en la piel de una cebra inmensa, tendida sobre la playa negra: un dibujo a tinta china, hecho por Borrell;

la Plaza del *Odéon* estaba casi desierta; su cuadrilátero negro, parecía engrandecerse desmesuradamente con el reflejo de los reverberos, que comenzaban a encenderse; bajo los portales de las galerías, los libreros se apresuraban a recoger y encerrar sus libros, con dolor de los últimos bibliófilos peripatéticos, que vagaban aún bajo las arcadas, hojeando los volúmenes, con caricias de dedos voluptuosos y ternuras de ojos ávidos;

la calle *Monsieur le Prince*, extendía ante él la línea ondulosa de sus tenduchas sombrías, y el rumor gozoso de sus posadas de estudiantes, mientras la calle *Casimir Delavigne*, se mostraba a la izquierda, con una negrura eclesiástica, prolongándose hasta la masa dentellada de la Escuela de Medicina; y, a la derecha, como continuando la arquitectura basáltica del Teatro, la calma soñadora de las arboledas del *Luxembourg*, extendían su verdura húmeda, tras de las rejas negras, en una dulce quietud de sueño vegetal;

el viento soplaba fuertemente, y Leonardo Bauci, perseguido por él, pensó, hacia dónde se dirigiría;

tenía horror al *Boul Mich*, tan deshonrado hoy por el *snobismo* estudiantil y la alegría macabra y enfermiza de los descendientes degenerados de Murger;

el espectáculo de aquellos estudiantes cosmopolitas, trajeados y pomadeados como *cocottes*, salidos como un modelo de las manos de los costureros de la *Avenue de l'Opéra* o de los grandes Bulevares, donde viejas horizontales y burguesas histéricas, pagan las cuentas de don Juanes soñadores de conquistas sin estocadas y asaltos sin peligro;

la vista de los *souteneurs*, que hechos falsos estudiantes, infestan el *quartier* y otean la presa para sus robos y sus asesinatos, desde el *Luxembourg* hasta el Sena; el escuadrón de

hetairas envejecidas y degradadas, hechas a marchitar en sus brazos tantas adolescencias; las modistillas chirles, empeñadas en ser sentimentales, y preocupadas únicamente de perseguir el franco, con la anemia lasciva de sus cuerpecillos ambiguos y viciosos; todo ese espectáculo de Cafés y *Brasseries*, pestilentes de vicio y necedad, lo enervaba y lo disgustaba hasta la náusea;

la sola idea de encontrarse con él, en esta hora miserable de su corazón, le era tan dolorosa, como si hubiese entregado su cuerpo desnudo, a las inclemencias del cielo, en una estepa granizante;

y, le pareció que por una colusión sarcástica y profanadora, todas aquellas manos se posaban insolentes, sobre la llaga profunda y recatada de su dolor;

enamorado de lo absoluto en todo, lo amaba hasta en su pena; su tenaz voluntad de aislamiento, permanecía firme en esta hora; y en su implacable dominación sobre sí mismo, cuidaba con admirable seguridad, de que su vaso de angustias, no rebosase, no se vertiese, sobre el alma profana de los otros;

la espantosa disciplina moral de sus sentimientos, le hacía conservar intactas en esta hora todas las fuerzas dominatrices sobre sí mismo, el raro privilegio de posesión fría de su *yo*, el dominio de su *espíritu libre*, esa pa-

labra helada, que según Nietzsche, a todo da calor y fuerza;

la acuidad y el poder de su visión interior, intensificaban el cruel escozor de su propia pesadumbre y le daban la triste voluptuosidad de verse sufrir a título de experiencia, y analizaba las fases multicolores de su pena, como habría presenciado la autopsia de su hijo, si hubiese muerto al lado suyo;

con su facultad visual superior, que convertía su cerebralidad, en una especie de cualidad óptica, él asistía a su propio dolor, con una apreciación total y refinada de su intensidad, como un noble artista neroniano, viendo en el Circo la belleza salvaje del león devorando la belleza núbil de su esclava preferida

así su alma compleja y contradictoria, llena de anfractuosidades luminosas, para la cual el espectáculo de su vida interior, con sus ilogismos aparentes, y la discontinuidad superficial de sus matices, era la más bella visión que podían abarcar sus ojos espirituales, de analista voraz;

su alma de excepción, singularmente rica en fuerzas agresivas, entablaba el duelo interno con su débil sensibilidad, y la vencía;

no *quería* sufrir, y su enorme fuerza moral iba toda a ese fin; a la supresión de esa conmoción dolorosa, por la reflexión y el análisis;

la vida no es más que una apariencia, y nada resiste al estudio detenido de la irrealidad

completa de los fenómenos físicos y morales, que nos rodean;

amamos porque no pensamos; sufrimos porque no inquirimos;

creatura de exceso y de excepción, él se dedicaba a matar su dolor, con un refinamiento orgulloso, como había matado en su vida el amor, por el deseo obscuro, y la curiosidad devoradora del análisis, y, a eso se dirigía todo su esfuerzo, ahora, que pasado el primer choque de la sensación dolorosa, la inteligencia volvía a tomar su predominio frío, y la conciencia reaccionaba, con todas sus energías, en la integralidad de su mundo interior;

él, no había sido nunca un sentimental, ni siquiera un sensitivo; la atrofia de su corazón era casi completa, pero, había amado y había sufrido;

nadie se libra de la vida; la vida es eso: un dolor profundo;

el mal está en la vida, como la muerte; es imposible vivir sin ellos; se les sufre siempre; pero, se les debilita, se les desarma, se les vence, con la enorme y firme voluntad de analizarlos; la mirada profunda los paraliza; y, puesto que nada es real en la vida, ¿por qué la omnipotencia del dolor pudiera serlo? no sufrir *voluntariamente*, es un deber; exaltar su dolor es la demencia; hay anestésicos morales que lo duermen y lo anonadan; la reflexión es uno

de ellos. ¡Matad vuestro dolor! la Eternidad no es una cosa de la tierra;

así pensaba Leonardo Bauci, retrocediendo bruscamente en su camino, para evitar el *Boulevard Saint Michel*, en el cual le parecía ver todos aquellos ojos y aquellas manos, posarse sobre su corazón doloroso;

su gran corazón enfermo palpitaba en la enormidad de la noche, como si su imperio hubiese sido estrecho a la seguridad de su victoria;

y, el ardiente soplo de su vida heroica pasó en el silencio ardiente de su alma, como una música marcial, llamándolo a la gran batalla despiadada; gloriosamente, maravillosamente, como una salutación del Triunfo;

y, su dolor palideció, como una rosa, en el ánfora de su corazón;

atravesó la Plaza del *Odéon* en sentido inverso; se dirigió por la *Rue Condé* hacia el *Boulevard Saint Germain;* ganó por *Saint Germain des Prés*, la *Rue Bonaparte* y por el puente de *Saints-Pères*, atravesó el río;

bajo el cielo acerado, de un gris sucio de óxido, las líneas rectas del *Louvre*, parecían dormidas en un ritmo de reposo, en una como lúgubre discreción de sus secretos violentos;

en el triunfo nocturno desaparecían las líneas geométricas del edificio, y las luces eléctricas lo envolvían en una como germinación de ópalos;

entró bajo los pórticos, y atravesó la *Place du Carrousel*, donde la estatua de Gambetta, diseñaba su gesto enfático, bajo la lividez del cielo verdealga, y el fondo ondulante del jardín, en cuyos árboles la lluvia reciente había dejado una como irisación de perlas;

la *Place de la Comédie*, blanca en la sombra nocturnal, era como una gran concha marina, iluminada por una luna hiperbórea;

en un centelleo luminoso de sardonia la *Avenue de l'Opéra*, se extendía como infinita, perspectiva irreal a las líneas severas del Teatro, que la lejanía hacía alzarse como un dije imperial, bajo un cielo de calcedonia, hecho profundo;

en una opacidad de matices misteriosos, la *Rue de Saint Honorat* se veía a su izquierda, mientras a su frente la *Rue de Richelieu*, estrecha y negra, se extendía como una serpiente hacia los grandes bulevares;

en aquel flujo y reflujo humano, que engrandecía lentamente, se sintió como serenado; se palpó solo, en una como soledad triunfal, en aquel océano envolvente de humanidad difusa, en aquel hormigueamiento de debilidades y hostilidades, que era como formas de huracán; todo el huracán del crimen desencadenado;

el aire, creador de bestias gigantescas en las nubes, soplaba frío, bajo las escuadras lu-

minosas de los reverberos, en el ahogamiento obtuso de las penumbras lejanas;

¿a dónde ir? ¿a dónde refugiarse contra la intemperie? él, era un habituado de *Vaufour*, pero no tenía aún apetito, y la idea de hallarse allí con conocidos suyos, que pudieran acaso adivinar su dolor, o que le preguntaran por Germán, pues todos lo conocían; lo hizo desistir de orientarse hacia el *Palais-Royal;* amaba la soledad soberana de su corazón;

no tenía amigos; no tenía querida; ningún sentimiento espontáneo lo llevaba hacia los otros seres;

su soledad, su gran soledad llena de melodía lírica de su verbo, lo llenaba todo, y lo aislaba de todos; él, no amaba la sociedad, los placeres, el ruido, que devoran y disipan la energía del genio y matan o envilecen el sentimiento alto y heroico de la vida; detestaba las *coteries*, agencias nimias de difamación a domicilio: él, no amaba los gestos cortos, las frases sin elocuencia, que se desarrollan en aquella atmósfera de *boudoir;* selva de sierpes sonoras; su gran gesto apostólico pedía la majestad del ágora; su verbo bíblico, pedía para no atronar, las cimas del Sinaí; ¿qué haría él, entre las parvadas domésticas del dilettantismo preciosista y estéril? el solo movimiento de sus alas, bastaría para espantarlas;

él, no sabía embriagarse de esa sensación fácil y pérfida del aplauso intelectual; sabía

bien la envidia lívida que pasa, como la sombra de la muerte, en el fondo de esas almas; no amaba sino el aplauso violento, caluroso, cuasi brutal de las masas populares; él, las sabía inconstantes; sabía que ese mismo gesto de apoteosis, se tornaría en gesto de muerte, si un viento de pasión mala, pasaba por el corazón de la muchedumbre; pero, asimismo la amaba, como un beluario ama sus leones;

la gran pasión de su vida, era la sinceridad: era por eso que amaba las multitudes, porque las sabía sinceras; ¿cómo hallar, cómo encontrar, esa gran pasión viril de la sinceridad, en las almas afinadas, complicadas, detracadas o atrofiadas de la mayoría de aquellos que se dan al trabajo obscuro de pensar? así, huía de ellos, temeroso de aquel contagio de inercia, de subtilidades, de refinamientos, que se traducían por un temor acre a la vida, un ascetismo o, mejor dicho, una reclusión de arte, estéril y suicida, un odio ciego a la acción, al tumulto, a la lucha, a las cosas altas, grandes y sonoras de la Vida; en el fermento de sus innumerables energías, él no buscaba y no amaba sino los motivos de acción;

exegeta tormentoso del pensamiento revolucionario, era de ese arte rojo y nutrido, que sabía los secretos convulsos y maravillosos; y, el pensamiento de la Justicia por hacer, había devastado como una muerte, el jardín de sus quimeras;

esa, triste miseria del Arte por el Arte, se le hacía odiosa; esa teoría cobarde y hermética que hacía del Arte, un Ugolino delicuescente, devorando sus propios hijos, le era de una espectralidad repugnante, que se oponía a todas sus teorías de vida fuerte y fecunda, a todos sus sueños tumultuarios de acción y redención; nada podía velar a sus ojos el esplendor de su sueño inmisericorde;

con una ebriedad de orgullo, que era como el fondo de su carácter, miraba con un acre desdén, ese arte, de subtilidades y refinamientos, que para guardar el deslumbramiento de su propia luz y escapar a la bajeza ambiente, se aísla en la soledad de sus visiones, como en el seno maravilloso de los crepúsculos, lejos del espectáculo portentoso de las multitudes estridulantes, en cuyo fondo, vasto y profundo, canta la vida como un mar...

sumergido en la lucha, como si hubiese fijado el sol de sus sueños, entre esas dos inmensidades: la Libertad y el Pueblo, le parecía extraña y vil, toda forma de Arte, que no concurriese a la realización de ese sueño utópico y vago, como el vuelo azorado de un pájaro, en la vastitud de los cielos;

¡el Arte! ¿qué vale él, qué significa él fuera de la audacia orgullosa, la fiereza obstinada, la voluntad tesonera de la lucha? ¡cortinajes de oro y seda, telas ornamentales, cálices y orfebrerías, hechas para el altar y el sa-

cerdocio, de un culto estéril y magnífico! ¿qué valen?;

el dolor colectivo, el gran dolor humano, al cual cada corazón es un altar, el dolor torrencial y miserando, de la grande alma humana que grita en los desheredados de la tierra, ese dolor tumultuoso y afrentoso, cuyo lamento llena el mundo como el ruido de mares infinitos en la noche... ¿quién lo canta? ¿qué vasos de oro, robados al templo de la Piedad, se ponen bajo esos ojos anónimos e inagotables, para recoger sus lágrimas, que son la condenación inapelable de los dioses y de los hombres?;

¡el dolor de los miserables de la tierra! ¿dónde recibe culto? ¿qué asclépidas se juntan para auscultar su enorme corazón en duelo? ¿sobre qué altar de entusiasmos, se vendan y se ungen, con el óleo aromal de las misericordias, sus llagas portentosas? ¿qué almas pecadoras vienen a besar sus pies? ¿qué cabelleras de oro los enjugan, como caricias de aurora fulgurante? ¿dónde están los labios y las liturgias, que cantan el ¡hosanna! de ese verbílocuo peripatético que va por los montes y los valles cantando su dolor, cuyo nacimiento sólo fué anunciado por la estrella de las desolaciones, lívida como un astro muerto, y por el rugido de los leones exangües, que guardan en su boca negra, el misterio de los grandes veredictos?;

a ese dolor, hecho carne y llamado: el Pueblo; a ese mito hecho de cicatrices y de harapos, con las manos atadas por la iniquidad de todas las leyes, hechas en su nombre, y la boca sellada por el silencio de las grandes piedras blasfematorias, puestas sobre ella, como las garras de una esfinge de mármol; a ese nuevo Cristo, multílocuo y polimorfo, cuya cabeza divina se bambolea, como un astro ebrio, con una ebriedad de lágrimas, pues que bebe su propio llanto, que corre por la cuenca de sus maceraciones, como una tierra, ardida por todos los espantos, bebe los manantiales y los ríos, que corren sobre ella; a ese gran Nazareno de las desolaciones, ¿qué pueden consolarlo los cantos saduceos, las liras de oro, los plectros armoniosos, que cantan las glorias de un dios hostil o indiferente a sus miserias?;

esos grandes lampadarios versicolores, no disipan su tiniebla ascensional hacia la cumbre del Vértigo, a la cual asciende a tropezones; esos cantos litúrgicos de la Belleza, no apagan el grito fariseo de los perseguidores; esas rimas blancas, o incoloras, no vienen como manos de hermanas anémicas, a estancar la sangre que vierte su cabeza lapidada;

si no ha de ser el consuelo del miserable, la alegría del pobre, la protesta del oprimido, ¿para qué el Arte?. Arte que no es lucha, que no es Venganza y no es Justicia, ¡estéril Arte!...

ese Arte, ¿Sardanápalo, no lo agotó con sus prodigios? ¿qué déspota oriental, no lo contó entre sus útiles de domesticidad, cerca a sus aves canoras y a sus tigres domesticados? ¿no lo fatigó Calígula? ¿no lo cultivó Nerón? ese arte es un perfume de serrallo;

así pensaba él, con dolor, recordando la lejanía, la indiferencia, el desdén, de los grandes artistas por las muchedumbres ciegas y violentas, que su genio desdeña conquistar;

¡cómo es vil ese arte! exclamaba interiormente, pensando que en esa ciudad dormida en la tiniebla, bajo el terciopelo azafranado de los cielos, como en un estuche con reflejos de oro, por una sola estatua de Víctor Hugo, que era el genio, se alzaban a centenares las efigies del primer Bonaparte, que fué sólo la fuerza aventurera;

había dejado atrás el arco del *Carrousel*, con su cuádriga de Victorias, guiada por César-Apolo, alada y blanca, bajo los cielos afelpados, en medio a los jardines florecidos, en el fondo de las grandes líneas horizontales del *Louvre*... y, allá, lejos, en la profundidad tenebraria de los cielos, por sobre las casas y los techos, cuyos domos de malaquita, semejaban inmensas pústulas, prontas a reventar bajo las manos de la noche, el *Arco de Triunfo*, se perfilaba agresivo y escueto, con la imagen del Conquistador, soberbio y dominante, en sus múltiples gestos de matanza; y, allá, hacia el

puente Alejandro, como el huevo colosal de una águila de bronce, la Cúpula de los *Inválidos*, se alzaba, amparando de la inclemencia del cielo, la tumba de aquel grande asesino de hombres; ¿por qué tenía templos, aquel dios aciago del Espanto y la Matanza? ¿qué había hecho aquel aventurero voraz, nacido en tierras de Italia, para dormir allí, deificado, dentro los muros de aquella misma ciudad, que había oído el aullido formidable de los lobos hambrientos de la Convención? ¿qué? conquistar, oprimir, asesinar... sorprender aquel pueblo, rendido, uncirlo a su carro de triunfo, triturarlo con los cascos de su caballo de batalla, dispersarlo por el planeta como un puñado de polvo, regar sus huesos por todos los senderos de la Europa, y diezmado, agotado, brutalizado por su furia, entregarlo vencido al poder del extranjero...

y, dormía allí, en su acre gesto de barbarie, amparada la ruda cabeza, por las alas de bronce de sus águilas, que dos veces, *volando de campanario en campanario*, han marcado el camino al extranjero... y, duerme allí, guardado por sus granaderos de mármol, que parecen perdurar el alma entusiasta y servil, de aquellos que murieron por él, ebrios de coraje, ante el gesto de aquella mano exterminadora, que tras la brecha abierta por su orgullo, les mostraba el sendero de la muerte;

y, triste ante aquel monumento de la fuerza

opresora y brutal, cuyas moles globulares, que como inmensas avutardas de zinc, se alzaban allí, entre árboles de formas arácnidas, que extendían sus ramas tentaculares, en gestos desesperados al vacío, bajo la catalepsia divina de los cielos, que pesaban sobre la ciudad dormida como inmensas cogitaciones de un conjuro; pensó, por qué el Sena misericordioso y justiciero, no había engullido esa tumba con el pueblo que la guardaba de rodillas...

pero, no, aquella cadena de miserias iba a romperse, la tempestad que purificaría esa atmósfera, se sentía ya venir bajo los cielos; el mundo iba hacia la Revolución: París a la cabeza;

ya el grito de la Revancha, brotaba de las profundidades de la tierra, como un himno de cristianos de la antigua Roma, ahogando en la noche, el clamor de los leones del desierto, traídos para devorarlos...

el hacha de la Revolución, se alzaba tajante y sangrienta bajo el cielo zodiacal... las trescientas mil cabezas que pedía Marat, se alzaban aún sobre los cuellos, como flores mustias de agotamiento y de crimen... ya venía el huracán que iba a troncharlas... ya venía... él, aventaría lejos, las cabezas miserables, y las cenizas despreciables...; el Sena, hecho rojo, las llevaría juntas, hacia el mar, y hacia la Nada...

y, una secreta y terrible alegría, se apoderó

entonces de su alma solitaria y violenta; una inmensa ventura, le llenó el corazón, como una ebriedad de sangre;

el alma de Leonardo Bauci, era compasiva y feroz, como la de todos los revolucionarios; como en un órgano multicorde, y magnificente, se juntaban en ella las aleluyas aladas y los misereres profundos; su conmiseración era rabiosa y su cólera enternecida;

como todos los pensadores originales y audaces, había encontrado ante sí, todo un muro de obstrucciones, alzado para ahogarlo y para detenerlo; con un golpe de ala furioso lo había saltado;

como ante todos aquellos, que representan una potencia y son infrangibles, por la fuerza de su inteligencia y su actitud dominadora, su patria misma se le había hecho hostil; él, le volvió la espalda, para constituir definitivamente su independencia fuera de ella;

su superioridad lo hacía disidente, su genio lo hacía disolvente; el genio no se amalgama, ni se disuelve; la impetuosidad de su inteligencia era, en él, una fuerza de segregación, que lo llevaba al aislamiento, en cuyo extraordinario dominio, era donde mejor desplegaba las maravillosas cualidades de su genio; él, excedía en el don de hacer la soledad en torno suyo; sólo en la soledad, hallaba el apaciguamiento de su alma: era viéndose vivir, que él

veía la vida; sólo en el silencio, veía la maravilla de las cosas próximas;

el sentimiento de su fuerza, lo hacía clemente hacia la humanidad, pero no lo hacía amoroso hacia ella; todo contacto con el mundo exterior le era doloroso; la resolución inmediata de aislarse, le venía a la sola vista de sus horrores; ¿cómo así había podido ser un revolucionario?;

esta claustración voluntaria, no la guardaba para con sus ideas, que iban por el mundo, dolorosas e inquietas, sembrando en otros las extrañas rebeldías de su corazón; era éste un derivativo poderoso a su pensamiento; el lazo mental que lo ataba a la vida; sin él, ¿cómo hubiera podido dominar su cerebralidad aguda, su intelectualidad impetuosa y combativa?

en la fiereza obstinada, de la sola frecuentación de sí mismo, él, se daba a la multitud en pensamiento y dispersaba su esfuerzo sobre la inmensa masa estancada de los cerebros anónimos;

hay un goce verdaderamente experto en probar la fuerza de sugestión del pensamiento, así, desde la lejanía, sin el artificio del verbo hablado y el amplio ritmo del gesto, e iba hasta el fin, en ese refinamiento de crueldad consigo mismo, que es el fruto de toda cultura superior; así vivía, en ese retiro del mundo que incuba toda originalidad, ese que Nietzsche llama: *el desierto*, y que según él, es: «la me-

jor escuela para todo espíritu libre y fuerte, para toda naturaleza independiente y resuelta»;

no por ser solitaria, la vida deja de ser ardiente y esparcirse desde su austeridad meditativa, persistente en su frenesí de apostolización;

la *existencia catilinaria*, de que habla el filósofo, desenvuelta, amplificada, con un persistente vigor y una asombrosa profundidad, había hecho de él, el hombre verdadero, el revolucionario armado y ferrado, lleno de una fuerza desproporcionada y enorme, superabundante de ideal, superior a su tiempo enervado y cobarde, a la miserable bajeza de sus contemporáneos, en su patria inculta, encadenada e inerme, como una tribu asiática;

sus periódicos y sus libros, eran como grandes gestos pátmicos en el esplendor de una soledad... un grito de angustia, en la noche infinitamente estéril y lamentable de las almas...

su verbo fulgurante, atrajo sobre él, el odio de los topos; su energía terrible, como una convulsión planetaria, su entusiasmo contagioso, como una fiebre, exaltaron contra él todas las debilidades... y, su nombre fué arrastrado brutalmente por la asnalidad triunfal de sus coetáneos y coterráneos, temerosos de quemarse con el fulgor solar que despedía el gran nombre, caído y blasfemado...

pero, una élite, luminosa, silenciosa y grave, le hizo cortejo;

su admiración respetuosa y enternecida, lo vengó del insulto de los establos; los espíritus jóvenes, se agruparon ante la tempestad, hicieron escudo de su nombre, y pulverizaron la legión de falóforos, que lanzaban gritos de odio...

pero, su palabra, quedaba así, en las crestas de la montaña, sobre las altas cimas, como un pájaro extraño: ¿por qué? porque él, tenía el alma revolucionaria, pero, no tenía la vida revolucionaria; no vivía su verbo;

su aislamiento cenobítico parecía hostil a las multitudes; él, no iba a ellas, no se mezclaba a ellas, y amándolas las huía; su verbo era como una sinfonía muy alta, sonando en la noche sobre la Ciudad Terrible, la ciudad ululante del Dolor;

pensativo ardiente, lleno de una vitalidad interior, hecha como de la acumulación de siglos de revuelta, daba su verbo a la vida desconocida de las multitudes, guardando su persona en el silencio significativo, en la decoración taciturna de una vida de soledad, viviendo en lo Infinito por la contemplación violenta y tenaz de los altos y graves problemas de humanidad que la Vida levantaba ante él, como un muro alzado en el horizonte, para cortar el vuelo recto y grandioso de sus sueños;

la dulce melancolía de la soledad, era su at-

mósfera y en ella se desarrollaba el drama poderoso de su vida de aislamiento y sacrificio;

envuelto como en un manto en ese silencio negro y rojo de que habla Nobolensko, era al mismo tiempo qué el Apóstol, el exegeta formidable del pensamiento ácrata;

nada ignoraba él de cuanto escrito habían los grandes visionarios de la Revancha; y su verbo, hermano angélico de aquellas otras voces anunciatrices, había pasado también, por aquel jardín de sueños heroicos, haciendo florecer los grandes nardos de la Esperanza, bajo los cielos ilúcidos de la Desesperación;

del socialismo de ocasión de los Bernstein y los Kausky, al oportunismo socialista de Millerand y el parlamentarismo elocuente de Jaurés; de la intransigencia de Bebel y de Guesde al dulce estetismo de los Janson y los Vandervelde, él, sabía todo de los grandes soñadores del socialismo y su espíritu había ido hasta los antros profundos, donde los grandes lidiadores de la anarquía, buscadores armados de la Gran Quimera, forman con ritmos extraños el himno colosal de la Reivindicación;

amaba las visiones nitráceas, de aquellos visionarios inquietos e inquietantes, muriendo del deseo de iluminar con su ternura lunar la obscuridad rebelde;

las prosas sonoras y estallantes de Bakounine, en el *Antiteologismo* y *Dios y el Estado*,

lo seducían sin encadenarlo a su verbo inconsistente.

Guglielmo Ferrero y Enrico Ferri, sus amigos, le parecían dos Tindáridas gemelos, guiando los caballos encabritados de un carro de desastres y victorias;

la prosa operaria y triste de Jean Grave, le daba melancolía;

la *Psicología del Anarquismo* de Hamon, como *Los Anarquistas* de John Henry Mackay, le parecían la más triste clínica de almas enfermas, que pudieran florecer sobre la tierra, bajo un acre sol de inhumanidad;

ese sagitario armado que es Reclus, le parecía un San Pablo rojo, con mansedumbres de Cristo apesadumbrado;

la alta probidad intelectual de Max Stirner, su lógica acerada y fuerte lo deslumbraban.

Séverine, pintoresca y genial, y Carlos Malato, abigarrado y difuso, Sebastián Faure, de una dureza hercúlea, todos ellos visiones rojas y melancólicas, como de cristianos primitivos, yendo dulcemente ilusionados hacia el confuso blanquear de una alba nueva, le eran familiares por el verbo y por el espíritu, y poblaban su soledad como almas amigas, heridas de un mismo dolor, bajo la colosal injusticia de la vida;

pero, por sobre todo el candor lapidario de aquellos grandes iluminados, por sobre todo aquel profetismo melancólico y severo, él,

amaba y reverenciaba, como digno de una gloria inmortal, a aquel grande utopista obstinado y austero que es: KROPOTKINE;

su prosa roja, que semeja un sol asiático sobre un espejo de acero, lo deslumbraba, y lc encantaba;

el follaje metálico de sus apóstrofes sonoros, montaba como una onda de armonías, hacia el sueño sagrado de su corazón;

la luz brutal de sus aliteraciones y sus metáforas, iluminaba como un perpetuo rayo de Damasco los más obscuros y tenebrosos senos de su espíritu;

sus brazos se habían abierto a su soledad, y había sidō su amigo;

él, no podía olvidar nunca, el día y la hora en que había visto la figura mosaica y redentoral del Grande Acrata;

su perfil tártaro de visionario hirsuto, se le había aparecido entre la selva capilar de la barba y las melenas abundosas y fluviales, como la faz de un león de Apocalipsis, soñador en las zarzas del Oreb;

había sido en una de sus habituales estadías en Londres, cuando como un enamorado loco de infidelidades, huía de Roma, temeroso de que el encanto continuado, invencible de la Gran Maga, pudiese encadenar su pensamiento, que había conocido al célebre anarquista, presentado a él, en un meeting libertario, por una dama francesa, encantadora y espiritual,

escritora de un dilettantismo vertiginoso, momentáneamente enamorada entonces, de cosas revolucionarias, y que se ocupaba con una deliciosa gravedad, de los acres problemas sociales, con la misma infantil operosidad con que devoraría una caja de bombones;

el Príncipe Kropotkine había entrado de los últimos, envuelto en un inmenso abrigo de astracán; hostilizado por la luz, que lastimaba sus pupilas, heridas de cecidad, se detuvo vacilante; descubrió su cabeza calva; la luz de los lampadarios brilló en su cráneo pulido: le hizo un halo; se le quiso llevar a la Presidencia y se rehusó cortésmente: buscó un asilo oculto en las últimas filas de asientos, y, se refugió allí: venía acompañado de un joven alto y blondo, de una belleza misteriosa y siniestra, como de un Luis de Baviera adolescente; de un hombre magro, diminuto, cuasi negro, como la miniatura de un don Quijote húngaro; y de dos damas, con aire de institutrices, graves y tristes, como dos desesperanzas;

el joven blondo, era Admeo Palowsky, el poeta revolucionario y visionario, el exegeta evocador de los esplendores asirios y las tristezas hebraicas; aquel a quien el Príncipe mira como un hijo, y cuyo último drama: *Tanmanasés* había ocasionado la ejecución de cinco jóvenes, que en Moscou lo declamaban juntos, en una posada de estudiantes; y de los cuales el mayor tenía diez y ocho años...

la figura del poeta, inquietante y tenebrosa, como el alma profunda de la noche, era refinada y exquisita, con un vago tinte de snobismo idealista y señorial, que recordaba los últimos discípulos de Wilde, de los cuales fué el más brillante espécimen aquel pomposo y exótico lord Adhell, cuya vida fué como un cuento de pedrerías, escrito con el cincel de Benvenuto en la diadema de un *Rajah;*

su perfil acentuado de halcón flandés, se encuadraba en su cabellera de un blondo selénico, peinada sobre las sienes en largas bandas nazarenas; alto, enjuto, era con el azul sereno de sus ojos de crepúsculo y la blancura hiperdulia de su tez de eslavo crecido a orillas del Támesis, semejante al retrato de un Stuardo adolescente, pintado por Van Dyck;

el enano negro, diminuto y nervioso, era aquel genio caricatural, cuya terrible ironía, se desbordaba en un renacimiento bélico, por todas los hojas ácratas de Londres, y cuyo lápiz era como la espada de un arcángel nubio, que riera deformemente en el dintel de lo infinito; ese aborto intrépido y deforme, respondía al extraño nombre de Serafeo Reuss;

en aquel cuerpo de bufón pisano, hecho para divertir el tedio de un Borgia esplinético, se albergaba y centelleaba la más heroica y luminosa alma humana, hecha de divinas violencias y de humanas piedades, de bélicos corajes y luminosas melancolías.

Serafeo Reuss, era un santo intrépido y belicoso, un asceta mendigo, en cuya alma se juntaban las más trágicas pasiones, a las más encantadoras humildades, y cuyas cóleras de coloso cedían ante las lágrimas, desarmadas e infinitamente dulces;

él, juntaba en el cuerpo deforme de Leopardi, el espíritu implacable del Dante, y su amplio gesto colérico;

sus santas perversidades gráficas, eran ellas solas, todo el río amargo y voraz de la ironía; su verbo pictórico—porque este hombre hacía hablar el lápiz—llegaba a tal posesión del sentido cómico, a tal dominio de la humana deformidad, que el arte caricatural, podría llamarse en sus manos: la divina epopeya del ridículo;

y, ese genio, que habría podido ser rico, si se hubiese refugiado en la vileza para escapar a la voracidad de la vida; que habría sido ilustre y millonario como tantos otros, si hubiese optado por el fácil camino de trabajar para la prensa burguesa al servicio de politicastros simios, arrastraba una vida de miseria, de dolor y de privaciones, porque había consagrado como un voto, su lápiz formidable a la venganza de los desheredados de la tierra; y, había arrastrado su cuerpo magro y contrahecho, de la bohardilla al taller, del taller al hospital, del hospital al pretorio, del pretorio a la prisión, con el movimiento ondulante y tenaz, de un

gusano de luz, en el cual se hubiese posado el foco del Sol;

acababa de cumplir tres años de *hard labour* por su terrible caricatura *The King-Cook*, en la cual los jueces de su graciosa Majestad, la reina, habían creído encontrar alusiones al extraño cariño de Su Majestad por su jefe de cocina;

y, había vuelto a la libertad y a la vida, más implacable, más resuelto, más fuerte en su santidad, con su acre y terrible voluntad dispuesta a llenar de figuras crueles y grotescas las hojas libertarias; y, sus *Gang of Convicts, typs*, llenaban a Londres de un horror semejante al de la noche;

las dos mujeres eran la viuda y la hija del coronel Livitchow, fusilado en Wilna, por haber protestado violentamente contra el asesinato de los estudiantes;

desterradas y despojadas, arrastrando una miseria nueva para ellas, la madre ajena al consuelo de las ideas, agonizaba en la desesperación, mientras la hija, ya nutrida con la savia leonesca, resistía heroica en la actitud de una Victoria alada, que desafía las tormentas, apoyada la punta del pie sobre el plinto de granito;

ella, habría de ser después, aquella formidable Iva Sharacoff, que bajo ese nombre de guerra, haría temblar la autocracia, dejando cortar su mano asesina, antes que denunciar a

sus cómplices de Plevna; muriendo en la horca, abrazada a su secreto, como una madre muerta en el puerperio, estrechando contra el corazón el hijo que le ha dado la muerte;

terminada la reunión, la noble dama que acompañaba a Leonardo Bauci, lo presentó a Kropotkine;

aquella masa de pelos humanos, erguida entre las pieles caucásicas del abrigo, se inclinó, como una montaña de musgos, ante el escritor joven, cuya elegancia severa debió serle sospechosa, y cuyo nombre exótico, debió sonar a sus oídos sármatas, con la pompa sinfónica de una lejana selva tropical;

las frases banales de la presentación, no rompieron el hielo entre aquellas dos almas, llamadas después, a comprenderse y aun a amarse.

Kropotkine—lo dijo meses más tarde a su amigo—había recelado, creyendo ver en él, uno de esos terribles dilettantes de la revolución que por un *snobismo* histérico, se adornan de las ideas anarquistas, como si prendiesen una flor roja en el ojal de su levita;

dos visitas posteriores, bastaron para acercar hasta la intimidad, aquellas dos almas, de una dinámica cerebral tan semejante, en las cuales parecía palpitar la palabra de un dios, y el esplendor luminoso del abismo.

—

Y, Leonardo Bauci, recordaba con un placer intenso, con una exaltación cariñosa, las largas disertaciones, las pláticas ardientes, las rojas *rêveries* justicieras, que había gozado en la intimidad del gran proscripto;

y, aun le parecía ver las tonalidades obscuras de aquel cuarto de estudio, donde flotaban como un perfume, extraños sueños de nostalgia y de revuelta, y los tonos rojos, cuasi negruzcos, de los cortinajes y de los muebles, parecían cantar a cada crepúsculo una sinfonía de cosas sangrientas, una dolorosa y sutil ópera de añoranzas exquisitas y lejanas...

sí, porque allí, sobre aquel bufete, atestado de libros y folletos clamadores y destructores, alzaba sus lividéces de astro soñador sobre alturas lejanas, el retrato de una mujer, cuyos ojos de un violeta intenso, como una enorme expansión de cielos occidentales, parecían reflejarse en todo, como una larga caricia astral, como la luz de una estrella en el agua estremecida;

tenía esa mujer un rostro armónico y bello, como una sinfonía de blancuras, donde durmiesen muchas tristezas y temblasen implacablemente las quejas de muchas desolaciones; belleza opaca, como vista en un espejo veneciano, donde se retratara el alma glauca y taciturna de las lagunas dormidas; rostro de palideces siderales, con nitideces de pétalos, co-

mo de una joven rosa prematuramente muerta de languidez;

imposible pintar bien la refracción del amatista intenso y fosforescente de esas pupilas, sobre las blancuras vagas y vaporosas, de ese rostro sin morbideces, lleno de una gracia otoñal, como venida del lejano imperio del silencio;

una sugestión, inquietante y conmovedora, se desprendía de aquel cuadro, en la cima del cual brillaban como un halo de sirio, como un triángulo esférico de luz, los deslumbradores cabellos rubios, con tonos flúidos, extendidos como una cimera sobre la curva divina de la frente, levantada bajo aquella ala de oro, como una espiral mística; y, la mirada tierna de esos ojos, parecía caer en ritmos lentos, sobre la frente tenebrosa del gran rebelde, toda aureolada de nimbos rojos, mientras el Electo de las multitudes, con voz ágil y penetrante decía el canto de su idealidad absoluta de vidente, en un lenguaje acre y policromo, de corte evangélico, sembrado de parábolas, violento como un huracán en la estepa; obscuro de cosas profundas, con una terrible y fecunda obscuridad de bosque indostánico;

el clamor atormentado y siniestro de todos los siglos, la queja vindicativa de las dolorosas y magníficas generaciones de todos los martirios, cantaban en aquella voz, que salía de entre la barba tumultuosa como un rugido

de rayos, que incendiasen la barba bifurca de Moisés;

la convulsión de la cólera sinaica, agitaba aquella cabeza, que tronaba y fulgía bajo los divinos ojos de heliotropo, con la negrura difusa y sonora, de un volcán bajo las estrellas; pero, la belleza real y suprema, que coronaba aquellas peroraciones fúlgidas, aparecía y culminaba cuando el príncipe, vencido por la divina embriaguez de sus propias palabras, loco de conmiseración ante el dolor de los desvalidos de la tierra, ahogado de emociones torturadoras, terminaba en un largo y profundo gemido, que semejaba un grito de selvas, y sobre el zarzal de su barba blanca, se deslizaba un hilo de lágrimas... y, quedaba así, absorto, silencioso, imponente, como la estatua de un río, sobre cuya barba de líquenes brillara el rocío, divinamente;

y, todos entraban con él en la fuerza cuasi panteísta del invencible silencio...

Admeo Palowsky, inmóvil en la sombra, como en el dintel de una Visión, dibujaba apenas en la penumbra su perfil de dios escandinavo, tal un Hamlet redivivo, soñador en los parques de Elsinor;

él, no abandonaba nunca al Maestro, siguiéndolo doquiera, con la ternura apasionada y filial, de aquel Phedión, de Elio, sobre cuya cabellera florestal, se enredó, para morir, la mano del divino Sócrates; su belleza frágil,

que parecía como detenida en ese limbo de la divina adolescencia, que es como una exquisita feminilidad, y hace el encanto de los Hermes alígeros y de los Apolos lirófilos, parecía prolongar y obscurecer la dulce belleza del retrato, que lo miraba con ojos acariciadores y tenaces, llenos de esa insaciable voracidad que sólo tienen los ojos de las madres.

Serafeo Reuss se presentía más que se veía, hundido, cuasi desaparecido, en el amplio sillón de cuero rojo, en la negrura de su vestimenta sórdida, de la cual, apenas se destacaba su palidez enfermiza y exangüe, como un feto, arrebatado a una clínica de ginecología... era allí, que el sublime aborto se nutría de santas cóleras, para traducirlas luego en furia gráfica, con aquel lápiz, que trazaba sobre el papel las curvas rojas de un solsticio sobre el abismo;

otros, muy pocos, asiduos, concurrían a aquellas veladas íntimas, que eran para el alma ardiente y solitaria de Leonardo Bauci, una excelsa eucaristía de espíritu, horas de éxtasis y de fiereza, regalo de la vida enorme en su abrupta desolación de cosas lamentables y violentas; a la sombra de esa cólera reposaba su alma sedienta de Muerte, de Verdad y de Gloria;

no hay sino el amor de humanidad; todo va y viene a él, como un flujo y reflujo doloroso

de mar; eso ha sido, eso es, eso será, en la Verdad y en la Vida;

es el milagro de pensar, lo que engendra la gloria de vivir;

el martirio de luchar, he ahí lo único que calma la encarnizada sed de Infinito; marchar a lo Absoluto: he ahí el más bello gesto de las almas; la vida es un pasaje inmenso hacia la Nada;

la franqueza voluntariosa y ruda de Leonardo Bauci, la seriedad impecable de su vida, conquistaron pronto el alma tierna y esquiva, del demoledor ruso, hecha cautelosa por la suma de ingratitudes y de dolores recibidos;

la sorpresa del gran Refractario fué inmensa, cuando halló en aquel, que él, creía un *rastaquoère* elegante, curioso simple y exótico de cosas anarquistas, otro refractario de grandes vuelos y hondas profundidades como él; lleno de la tristeza luminosa y amarga de las cosas presentes y el sentimiento alto y doloroso de las cosas futuras y lejanas;

no fué, el saberse leído, sino el saberse comprendido, por aquel espíritu exquisito y rebelde, lo que hizo en Kropotkine, más alto efecto; y, él, también se puso a amar la prosa batalladora y lapidaria de Leonardo Bauci, de la cual Madame de Laurie, que los había presentado, le tradujo fragmentos, tomados de aquellos libros que ella ensayaba traducir entonces, para hacer conocer en Francia, al escritor

heteróclita, desde las columnas de una Revista cosmopolita, que comenzaba ya a hacerse famosa;

la caudalosidad fluvial y estruendosa de la lengua ibera, hecha portentosamente musical y sonora bajo la pluma de Leonardo Bauci, había de perder y perdió sin duda, un caudal de belleza al pasar por el doble tamiz del francés modernista y el inglés incipiente de Madame de Laurie; pero, aun así, las cláusulas sonoras del estilo, guardaron bastante fuego, para encantar el alma épica de Kropotkine, que se gozaba en repetirlas con una amabilidad exquisita, como su voz cantante, de eslavo domador de idiomas;

ni Kropotkine, ni él, tomaban muy en serio las veleidades revolucionarias de Madame de Laurie, cuya alma adorable se empeñaba en penetrar en los obscuros senos del anarquismo, como una luciola, en el fondo de una mina; su alma ligera y sensitiva buscaba un consuelo a su *désœuvrement*, en las emociones terribles de la acracia;

divorciada muy joven; separada de su hijo, había buscado compensación al naufragio de esos amores, en el amor del pueblo y poemizaba con fabulaciones enternecedoras, esta pasión obscura que venía a su alma como una luz de crepúsculo sobre campos devastados;

sus sensaciones cerradas a todo análisis, no le permitían acaso a ella misma, definir la ma-

yor parte de sus emociones a ese respecto, ni buscar las raíces de sus aficiones, en su modo personal, en su pasado afectivo tan rudamente tronchado, que la había arrojado de súbito en el vacío de la vida y la lamentable soledad del corazón;

casada casi niña con un hombre de mundo mucho mayor que ella, célebre por el horror de sus liviandades; divorciada de él, poco tiempo después, huyendo a las brutalidades monstruosas y al espectáculo repugnante de una satiriasis en decrepitud, se había refugiado en el *manoir* de sus padres en *Provence*, con su hijo único, entonces muy pequeño;

pasados pocos años y colocado éste en un colegio, ella vino a París, atraída por la Ciudad-Luz, como una mariposa hacia la llama;

y, entró de lleno en la vorágine;

el raro cromatismo de sus ideas, la llevó de escuela en escuela; pájaro extraño, picoteando en todos los sistemas;

con la fraternidad voluble de un eclecticismo inconsciente, ella ensayó todos los métodos literarios, perteneció a todos los cenáculos, y fué amiga intelectual de todos los escritores, desde los parnasianos de Catulle Mendès, a los bohemios líricos de Verlaine y los adolescentes cerofarios de la Rosa-Cruz;

un raro espíritu de sacrificio y de justicia, la llevó al estudio de las cuestiones sociales, y su alma, en un vértigo de conmiseración, se

inclinó sobre el gran tumulto y la Inmensa sombra: fué ácrata;

su gracia exquisita, su belleza boticelliana, el encanto de su talento poético y vibrador, iluminaron los antros de la Revolución, y como Euridice raptada por Vulcano, ella llenó de cándidos rayos, los grandes infiernos donde vive la humana Desesperación;

era con Madame Adam, Severine y Madame Derval, una de las figuras femeniles más interesantes, que se disputaban entonces la atención del París intelectual.

Leonardo Bauci la había conocido en una *Pension de Famille* en *Boulogne-sur-Mer*, durante un estío, en que, enfermo de alma y de cuerpo, había ido a aquella playa a buscar aire salobre a sus pulmones debilitados, un descanso a su mente obsesionada de visiones, un consuelo a su dolor, frente a la calma brutal del inmenso mar sereno;

las primeras conversaciones en la *table d'hôte*, revelaron bien pronto en él, al puro y raro intelectual que era, y Madame de Laurie, vino hacia él, sin preámbulos, con una franqueza señorial envidiable, llena de distinción; vencida por su invencible altruísmo, sabiéndolo extranjero y solo, adivinándolo enfermo y triste;

y, se hablaron en nombre de una fraternidad intelectual, que por entonces fué de una seriedad perfecta;

solos, aislados los dos en ese medio cuasi hostil a su intelectualidad, entregados a la inclemencia de sus vidas tan dolorosas, a la crueldad de sus sueños tan rudamente martirizadores, al poder de sus visiones igualmente alucinantes, a la impotencia de sus cóleras laceradoras, sus almas se aproximaron como en un naufragio, y se abrieron a la confidencia en una ternura sin mancilla, en una paz de sueño, como fuentes de serenidad, bajo los grandes bosques de encinas, sobre las pálidas playas, frente al inabarcable mar abierto...

una verdadera fraternidad los unió, uno de esos sentimientos de espontánea bondad, que nacen en las almas delicadas y fieras, que caminan solas hacia la muerte.

Leonardo Bauci, atravesaba una de esas crisis dolorosas y tormentosas, de que estaba sembrada su vida; se contorsionaba bajo el fracaso; su gran gesto, trágico y atormentado, que había levantado las muchedumbres, como olas un viento de borrasca, había sido encadenado por la derrota; el exilio, había coronado su esfuerzo...

y, un gran silencio de apaciguamiento, de miedo, de complicidad, se había hecho en torno de su nombre, antes denunciado por los grandes clamores de la celebridad y del escándalo; ¡el largo paréntesis del olvido, que se abre ante los vencidos!

¡jardín de quietud y de desolación, donde en

la dulce beatitud del silencio, se abren las flores indóciles de la esperanza, dardeando al sol del porvenir sus flechas de oro... Heraldos de las batallas venideras;

un librero benéfico le había confiado unas traducciones, y dos diarios, que en una Metrópoli lejana, habían permanecido amigos suyos, le pagaban sus escritos; de eso vivía, aletargando su alma revolucionaria, rumiando sus heroísmos, como un pobre animal vencido agonizando ante el crepúsculo magnificente;

atenaceado por la sorda, implacable enfermedad que minaba su vida, había salido de París, y en esa playa discreta, buscaba un sereno apaciguamiento de su alma, en la atmósfera de dulce simplicidad que envolvía como un manto impalpable, las landas arborescentes.

Madame de Laurie, con esa rara acuidad, que es fruto exquisito del alma femenina, comprendió el misterio doloroso, que se anidaba como un buitre de tortura, en aquella alma de luz y de tristeza, de violencia y de melancolía, y vino a él con su dulce manía consoladora, extendiendo la sombra de su espíritu compasivo, sobre aquel corazón en naufragio, con la suave tenuidad de una caricia;

sus palabras, como manos pacificadoras y lenitivas, tocaron la abierta herida y el óleo aromal de todos los consuelos, vertido fué del

ánfora fraternal, por esa bella samaritana, tocada del culto de las inmolaciones;

es verdad que el orgullo tenebroso de Leonardo Bauci, cerró su alma a toda confidencia íntima, y, que rebelde a las humillaciones de la piedad no dejó ver, sino la orla de su dolor moral, su incurable y monumental nostalgia de león vencido;

fué todo lo que Madame de Laurie vió; pero, eso bastó para apasionarla;

y, en el abismo informe de sus corazones, sintieron filtrar un lento rayo de ilusión que los transfiguraba;

se miraron sus almas, y se sintieron como hermanas, a causa del gran dolor que vivía en sus corazones;

y, la dulzura que gozaban de este acercamiento espiritual, los estremecía de una inmensa esperanza, en el fondo de la cual, dormía la avidez de un gran deseo;

las pasiones sinceras, son graves, como ojos de adolescentes que empiezan a pensar, y, padecen hondas angustias, como si quisiesen ahogar en su corazón, los latidos desmesurados de un gran sueño...

cercanas a la noche patética de la desesperación, las pasiones de las almas desgraciadas, que sienten el instinto violento de morir, tienen necesidad de la dulzura misericordiosa de los grandes crepúsculos mentales, en cuya ar-

monía grande y calmada, el alma pide al alma el beso de las grandes confidencias;

¡nada hay tan triste como la pasión de las almas que han vivido!

la nada es el fondo de las cosas humanas;

la Vida, es un miraje de la Muerte;

la fraternidad de los dolores, acercó aquellas dos almas desnudas y friolentas, tocadas de una misma idolatría; ¡pálidas visionarias del Misterio!

las confidencias esparcidas en esa soledad cuasi maternal, aproximaron sus corazones, por el milagro evocador de los dolores y las desesperanzas, que pesaban sobre sus vidas, con una misma enormidad;

y, se empeñaron, en olvidar y en soñar, inmensamente;

y, la ilusión de las cosas, renació en sus corazones, y se brindó a ellos, como una gran limosna de la Vida, cayendo profundamente en el espanto de sus soledades...

y, entraron en la pasión, cargada de penumbras.

Madame de Laurie, fué allí la mujer vencida, a quien las tristezas del hombre, hacen aún más humana;

la acre soledad, que distendía sus pupilas sobre la mar serena, los hacía presa fácil de la sensibilidad, que se retrataba lo mismo, en los cándidos ojos de piedad y abnegación, que en los terribles ojos de orgullo y de poder;

y, en las tardes expirantes, en las landas arborescentes, cerca a la gran bahía, llena de claridades blondas y opalescentes luces estelares, aquellas dos miserias de almas se juntaban y se recalentaban, como dos niños friolentos sobre el seno de una misma madre, tocados de una sensibilidad misteriosa, ante su amor, que veían nacer como una flor en la gloria de su corazón, coronado de aureolas enemigas;

la milagrosa creatura de sacrificio y de sinceridad, que era madame de Laurie, más amante de lo que adivinaba, que de lo que veía en aquella existencia solitaria, con la soledad acre de una playa devastada por la tormenta, se dió al consuelo y al embellecimiento de ella, con una adhesión silenciosa y grave, que subía, como las olas cariñosas de un océano en alta marea.

Leonardo Bauci, vió venir hacia él, ese sentimiento extraño y no lo rechazó; tenía necesidad material de él;

su alma era incapaz de amar fuera de la suntuosidad lujuriosa que formaba el poder latente de su espíritu en las cosas del amor, pero, su cuerpo joven, abstinente por la misma seriedad tormentosa de su vida, vivificado por los sanos vientos oceánicos, y la atmósfera salitrosa que lo impregnaba, atenaceado por el morbo de la sensualidad, que lo aguijoneó toda su vida, sentía el deseo intenso de aquella belleza exquisita, que venía hacia él con las

palabras del consuelo en los labios y una extraña y muda imploración en las pupilas.

Madame de Laurie, conservaba las frescuras juveniles, cuasi virginales de su cuerpo, como en un olvido absoluto de las desfloraciones maritales y los desgarramientos sagrados de la maternidad;

era bella, de una belleza radiante, hecha de cosas blondas y luminosas, que hacían pensar en los oros inalterables de antiguos relicarios; tenía grandes ojos azules, de un azul beatífico y prismático, azul de contemplación, como el de aquellos ojos de santos extáticos, de las vitelas deliciosas de arte simple, que imploran en las iluminaciones de Alberto de Treves;

su rostro, de una pureza de líneas prerrafaelistas, evocaba el de las imágenes de las cartulinas iluminadas de Hugo Brevet; por la euritmia y la dulzura ideal de sus facciones, encuadradas en los matices áureos de su cabellera de un blondo maravilloso de aureola, rememoraba las iluminaciones claustrales, las encantadoras miniaturas flamencas, de los viejos prioratos neerlandeses;

su gracia seria y contemplativa, el ritmo armonioso de sus formas, su aparente fragilidad de cerámica y los tonos argentados y lunares que parecían envolverla en nimbos e irradiaciones de una tenuidad difusa, hacían pensar en esos milagros de hagiografía pictórica, que

duermen como en un cielo de liturgias, en los bellos libros de horas del siglo XVI, y en el cromatismo místico de los misales abaciales de *Monte Cassino;*

un perfume exquisito de gracia, de juventud, de distinción aristocrática y mental, se escapaba de ella y la misma ternura de su alma, la envolvía en uno como manto de sensualidades tenebrosas;

todo eso, enardecía a Leonardo Bauci, encadenado a sus sueños interiores, ante la mar fatal y resignada;

y, sobre las playas luminosas, en los bosques claros, cerca al ímpetu doloroso de las olas arrulladoras, sus dos almas se buscaban, se confundían, se saturaban de amor, de un amor triste, que en ella tenía el infinito de todas las aspiraciones, y en él, el infinito de todos los deseos;

y, cuando esa emoción se hizo intolerable, se dieron el uno al otro, se poseyeron delirantes en una noche suntuosa, bajo una conspiración de estrellas cómplices, en el jardín salobre, donde la tierra y el cielo se besaban, escuchando la voz de las olas gritar en las tinieblas desesperadas, como sus dos pobres almas, enamoradas de la Eternal Quimera;

y, el vasto silencio que cubría las landas grises y pensativas, cubrió también la intensidad de su gran beso definitivo, en el cual unieron

el ardor de sus cuerpos fatigados, en la terrible esterilidad de una vida sin ventura;

y, continuaron en amarse así, ante la queja lejana del mar, que parecía hablarles del eterno olvido, ebrios del vino almizclado y capcioso de su propia carne;

en Madame de Laurie, el amor era una ternura admirable, hecha de adhesiones; en Leonardo Bauci, era un frenesí loco, hecho de deseos terribles y de insondables lujurias, una rabiosa sed de posesión de aquella mujer que había venido a él, como una aurora, llena de cosas apasionantes y turbadoras, que le daban la larga y profunda emoción de la embriaguez;

y, la poseía con amplios gestos voluptuosos, con extraños rituales, con sabias liturgias pasionales, en que el beso era como un largo manto de caricias que ultrapasaba la sensibilidad carnal, y lo disolvía en un múltiple océano de voluptuosidades paradisíacas;

su amor era una llama priápica, un gesto violento de inacabable concupiscencia;

y, ella, se dejaba amar, feliz de aquella posesión violenta que la martirizaba con extraña delicia, como los calofríos de una fiebre mortal;

y, se empeñaban en aturdirse de besos, en no ver ante ellos nada, más allá de su amor, y su doble sueño de felicidad se hacía más ardiente y más dulce, a medida que cerrando

los ojos sobre el pasado, ambos se empeñaban en engañar su vida;

amándose así, con emociones tembladoras, en las tardes entibiecidas, prendieron sobre el cielo borroso de su vida un nuevo sol;

y, extraños estremecimientos de ventura, recorrieron el gran crepúsculo doloroso que envolvía sus corazones;

y, refugiadas en esa hora de paz, sus almas turbadas hacían el gesto lento y calmado de las grandes mnemonías; pidiendo al olvido dominador, una hora de tregua, para embriagarse del divino encanto de los besos, que brotaban en sus labios como una vid inagotable...

y, desgranaban con una devoción conmovedora y fanática, el rosario interminable de las caricias, en la armonía divina de la hora, en cuyas secretas vastitudes, la ventura, parecía hacer una gran señal de tregua y de consolación, sobre el azur sereno de la esperanza, en el enojo brusco y doloroso de sus vidas devastadas;

la ventura no es sino eso: una interrupción momentánea del dolor... ¡el gesto de una limosna, ante la gran pobreza de nuestras almas, menesterosas, en la extensión de la vida inmensa y abstracta!;

y, ambos apuraron este instante de acalmía, con una sed de febricitantes, desfallecidos de voluptuosidades, ante los mares maravillosos y los cielos resplandecientes del estío, en los

cuales brillaban como ráfagas de oro y azul, las blondeces primaverales, y los divinos ojos ultra-mar de Madame de Laurie;

¡sólo el dolor es verdadero!

¡aquel idilio de mar y de sol, tuvo su fin!

al fin fué preciso, entrar a París;

y, regresaron los dos, el uno después del otro, como dispersados por un gran viento de borrasca; inquietos de presentimientos, como ante fuerzas misteriosas; empujados por el Destino, como por una avalancha, dejando atrás ese principio de idilio, como el eco de una balada de pescadores sonando sobre la costa, en los remansos cómplices, bajo los grandes pinos hospitalarios;

el vacío incolmable de sus almas, entró de nuevo en la gran ciudad, como en una boca voraz tendida hacia el abismo... y, el tumulto los atrajo, como dos cadáveres de ahogados, que el oleaje empuja a una vorágine...

Leonardo Bauci, volvió a su pequeño alojamiento de la *Rue de Vaugirard*, donde sus viejos compañeros, los libros, parecían sonreírle, dándole la bienvenida, bajo el último rayo de un sol, ya pálido de Octubre, que tenía la palidez dorada de una cabeza de niño muerto;

y, a la sonrisa imperativa de sus libros confidentes, se añadían las admoniciones de su ya larga correspondencia aglomerada, y, la enorme masa de los periódicos cosmopolitas,

de cuyo montón informe parecía salir un ronco grito de tumulto;

y, se sintió revivir, ante la llamada de su vida roja y omnividente, que lo hipnotizaba con el sortilegio de sus grandes gritos y la púrpura prismática de sus auroras lejanas...

y, toda su sangre hirvió de nuevo, en una mágica ebullición, como si mil toques de clarín hubiesen despertado su corazón dormido en la batalla;

sus energías todas alzaron el vuelo, como un gran choque de alas en la sombra; su alma heroica cristalizada en el sueño, sintió los grandes vientos homéricos del combate y de la muerte, venir a él, cargados de energías, llamándolo a la lucha, como los grandes soplos del desierto, que azotan las melenas de un león... y, entró de nuevo en su Destino;

el mefitismo sonoro de la polémica, lo embriagó de nuevo e inclinado sobre sus libros inconclusos, perdió otra vez la noción del tiempo y de la vida;

el visionario entró sereno en la selva del Prodigio...

y, el carro de Ezequiel volvió a rodar sobre los cielos incendiados...

Sicut erat...

Madame de Laurie, regresó también a su *Pension de Famille*, de la *Rue Bonaparte*, donde el vértigo de su vida artificial la tomó de nuevo; ¡pero la pasión devastadora había

entrado en su corazón, donde había tantas cosas muertas y mortales y reinaba en él!...

algo de vivo, de dulce, de vibrante cantaba en su alma... y, se puso a vivir en el recuerdo de sus emociones delirantes; a amar con un amor loco, aquel capullo de idilio nacido como un parásito entre las rocas del mar.

Leonardo Bauci, habría visto morir sin entristecerse, el germen de ese doloroso poema, en que dos almas mortalmente heridas, buscaban para curarse, la emoción ardiente de sus cuerpos jóvenes, único vivo que palpitaba en la desolación de sus destinos;

¿a qué el amor? ¿a qué la fiebre torturadora, que enloquece con ebriedad tumultuosa y fatal?

él, sentía bien, el vacío de esa palabra; el amor sentimental era a sus ojos, un olvido y una desviación del sentido neto del amor;

para él, fuera del objetivo puramente sexual, el amor era una aberración; comprendía la pasión que brota al choque de dos epidermis, pero no la que nace a la llamada de dos corazones;

fuera de la fusión de los sexos, el amor, entra en la psicopatría; es la locura devastadora; el incesto tenaz de los espíritus;

su corazón era sordo a las voces de esa forma de pasión, y sus ojos, ciegos eran al deslumbramiento de ese incendio, en el cual se

consumían los hombres, con una pasión de sacrificio;

su vida errante y quimérica, que parecía la odisea de una nave guerrera en los lejanos ponientes, lo había libertado de caer en la muelle y dolorosa esclavitud de la pasión; la tentatriz implacable, no había paseado sus dedos de fuego sino sobre su carne impura: su alma permanecía inmune, ennoblecida por la fría tenacidad de su defensa;

¿a qué amar? ¿a qué esa cadena de eslabones voraces y obscuramente envenenados, sobre la rebeldía estoica de su alma, acre y tormentosa?

comprendía claramente, que estaba en su destino, vivir solo... vivir de pie, cerca a su Ideal, apoyado en su genio, como el dios mitológico en su clava, de pie en la tempestad, hasta desaparecer en una aglomeración luminosa de cosas desconocidas; transfigurado hacia la muerte; y, un frenesí de alto orgullo aureolaba y fortalecía su sacrificio de alma, ante la renuncia a la pasión devastadora, madre del vencimiento y de la muerte;

y, sentía la gran fuerza, enorme e informe, venir de los desiertos ardidos de su soledad, con la pasión abundante y sonora, de un gran río, que va hacia el mar;

y, en éxtasis ante su Destino, inmóvil y crispada su grande alma—fenómeno de voluntad latente y victoriosa—, se alzaba ante la vida,

como una águila de oro, en la cúpula de un templo de Marte...

¡sola ante la tempestad!

y, él se decía esas cosas, en una tarde expirante de Otoño, viendo como fugitivas ante sus ojos, las negruras friolentas del *Luxembourg*, que se diseñaban en la bruma, como una playa muy triste, donde se filtraban lentamente, luminosos y fríos rayos de crepúsculo, y pájaros tardíos, huían con gritos de desastre, ante los vientos terribles, venidos de más allá del océano...

y, se decía esas cosas, tranquilamente, con un poco de tristeza suave, que era cuasi una delicia, pensando que la vida no sería fuerte, sin las mutilaciones dolorosas, que hacen crecer la fuerza como una encina;

y, en el vértigo inconmensurable de la visión de su alma virgen, veía morir las luminosidades conmovedoras de la tarde, suavemente, furtivamente desvanecidas como un matiz de rosas;

e, inclinaba contra los vidrios su cabeza solitaria, cuyas melenas de león no serían tocadas nunca, por las pérfidas manos de Dalila, cuando vinieron a traerle el primer *bleu*, la primera carta perfumada de Madame de Laurie, invitándolo, para ir a tomar el te con ella;

¿cómo excusarse? ¿por qué?

y, pensó con delicia, en las blondeces delicadas y misteriosas. en las frescuras liliales de

la carne aun joven; y como un toro en la llanura, aspiró fuertemente esos olores que el recuerdo le traía, como si la estancia toda se hubiese llenado de súbito de aquel perfume intenso y personal... y, estremecido como un árbol al soplo de la mañana, toda la savia de la voluptuosidad remontó en él... y, prometió ir;

y, fué...

y, recordaba ahora, los años que duró aquella ligazón ardiente y romántica, rota, como todas las suyas, trágicamente, por las manos del Destino hostil, que parecía ser, como una Ménade implacable, el guardián celoso de su libertad.

Madame de Laurie, había sido para él, una querida apasionada y discreta, valerosa y leal; una camarada encantadora, llena de bondad y decisión a la cual sólo hacían sombra sus tocadas literarias y su terrible movilidad de pájaro anarquista;

fué, con ella y por ella, que frecuentó entonces los medios revolucionarios de París, y se tomó de aquella amistad tan fuerte, que se prestó a la leyenda, por Luisa Michel, la deslumbrante y austera *Virgen Roja*, con su busto esquelético de asceta, su rostro brusco de cura de aldea, y sus labios gruesos de eunuco intelectual;

fueron conocidos y admitidos, en ciertos medios literarios y sociales, con esa indulgencia

que París tiene para las parejas que guardan el decoro;

no siendo para nadie un secreto sus relaciones, no las ocultaban, sin salir sin embargo, de la correcta y decorosa actitud, que era el fondo y la forma en la vida de Leonardo Bauci, y la delicada cultura y el tacto exquisito que cubrían con un manto noble, la amable ligereza de Madame de Laurie;

juntos viajaron por Alemania y por Italia; juntos se nutrieron de Arte y de Poesía; ya en las del Rhin, misteriosas y místicas riberas, ya en las del Tíber y el Arno, bañadas de belleza irreal, como de un sol, hecho por los dioses, para iluminar *ad hoc* aquellos medallones de cristal, donde todas las cosas resplandecen divinamente, como en un largo prestigio de aureolización;

y, sus amores, que eran como un cansancio de la vida, se ampararon a la sombra glauca, de esos islotes de piedra, que emergen como mundos de visión con sus cúpulas suntuosas y sus torres góticas, bajo los límpidos cielos difusos, de Dresde, de Colonia y de Estrasburgo;

buscaron el alma de Gœthe, en la suntuosidad rígida y las azules penumbras de los jardines de Weimar; y la de Luis, el hechizado, en la pompa rectilínea, y las penumbras difusas de los parques reales, sobre los lagos poblados de cisnes, donde les parecía aún verlo

desaparecer, en el claror de los bosques, como un divino mito, tras la poesía intensa de la ópera pictórica que sirvió de cuadro a su alma triste, de dios visionario y desterrado;

y, en el Tíber, en sus riberas donde las cenizas de los siglos hacen exultaciones de gloria, sintieron el delirio lúcido de las grandes evocaciones, y vivieron en el pasado, en la comunión misteriosa, con las cosas del Arte y de la Naturaleza, que palpitan intactas bajo la escoria;

apasionadamente, evocaron la belleza antigua, como una sombra de la Heliada, y despertaron las ninfas de la Gran Grecia, dormidas en la concha azul del golfo celadónico;

las vides de Siracusa refrescaron sus labios ardidos por el calor divino de los besos; y, el Salerno jugoso, azul como un jugo de violetas, los desalteró en noches de misterio, cuando las estrellas rielaban como pequeñas luciérnagas, sobre la taciturna mar fosforescente, y el viento parecía preludiar el cántico de Pan, en los arrecifes de la mar córsica, ornados de laureles estatuarios;

albas marinas, púrpuras sagradas de los ponientes, alumbraron su amor cosmopolita, a la sombra de las velas errantes e intrépidas, o de los altos mástiles, que cantan la gloria del hombre, entre las espumas vibrantes de los monstruosos mares rugidores, o los floridos li-

torales de los grandes ríos, que siembran de rosas-perlas, la majestad de sus estuarios;

el Arno, los vió, buscar en el ritmo lento de sus olas, el esplendor del alma antigua, y recorrer en tardes elegíacas, las riberas áridas, donde bajo los acantos de piedra y el oro ajado de los cielos, arrastra prisionero, su alma verde, de esmeralda túrgida;

las palomas del *Palazzo-Vecchio*, cubrieron con sus cálidas alas multicolores, la belleza auroral de Laura Laurie, como en un éxtasis de orgullo, en la *Piazza Signoria*, nimbándola de azulosas penumbras, cerca a la *Loggia dei Lanzi*, donde las sabinas raptadas, irradian sus desnudeces contorsionadas, en un gesto olímpico de deseos domados; el alma de Beatriz, parecía guiarlos, como una sombra misericordiosa, por las veredas rectilíneas de la ciudad impasible, tan clásicamente bella, tan monótonamente radiosa;

sobre la serena altitud de tanta belleza, el alma atormentada de Leonardo Bauci, no evocaba sino el gesto magnífico y el austero fantasma de Gerólamo Savonarola; evocábalo así, tal como una águila blanca, prisionera de las llamas;

las enormes alas níveas de aquella visión, cubrían la ciudad marmórea, en la cual, palidecía ante tanta gloria, como un lucero extinto, la teológica figura de Dante Alighieri, hosca águila rígida de Amor;

ante la visión del terrible fraile blanco, el alma de Leonardo Bauci se inmutaba, como ante una prefiguración de su propio destino... y, mudo, ante la placa de hierro que marca el lugar del suplicio, parecía interrogar el rebelde espíritu del verbo rojo carbonizado allí por la furia salvaje del Pontífice, sobre cuya cabeza de asesino, se alzaba como un sol de maldición, la tiara beatífica de San Pedro; y, aquella inmensa voz de elocuencia muerta, le llenaba el corazón;

¡oh, la divina flor de mármol, en cuya corola inhospitalaria, se ardió el genio, como una abeja de oro! deshojada por la agonía del Mártir, no renacerá jamás;

sobre su crimen inexpiable, el alma de Gerólamo, fulmina;

el águila profética vibra sobre ella un apocalipsis de muerte; no renacerá;

ningún pueblo se ha alzado de la hoguera en que ha sacrificado sus profetas; sepultados están bajo las piedras con que lapidaron el genio;

su alma vivía en esas almas canoras, y con sus labios se cerró su vida;

la patria muere con los profetas muertos; ¡oh, ingratitud, te llamas: Sión! la sangre del Mártir, te secó: no renacerás;

el encanto de este giro artístico y sentimental, no fué turbado, sino por las acritudes violentas del carácter de Leonardo Bauci, por su

culto tenaz y desaforado a las cosas de la muerte, que entenebrecían sus horizontes internos, como en una lenta bituminización de los hombres y de las cosas;

y, eran entonces, largos períodos de silencio, como si saliese más allá del mundo de las apariencias, en una extensión prodigiosa de su sensibilidad, absorto en los fenómenos de su mundo interior, con un pleno sentido de lo maravilloso y de lo abtruso;

y, a estos instantes de subtilidad comprensiva y de profundidad luminosa de su conciencia, sucedían largos intervalos de desaliento, de tristeza, de honda angustia, en que sufría hasta la sensación de un verdadero dolor material;

y, entonces era injusto, cuasi feroz, con la exquisita y noble creatura, que lo acompañaba;

él, no la amaba bastante para tener celos de su pasado; esa extraña voracidad de lo irremediable, no lo atormentaba, pero eran celos infundados del presente, hostilidades sordas, pensando en hipotéticas deslealtades del porvenir, una acrimonia angustiosa, contra el amor, que los encadenaba;

frases crueles, suposiciones inmotivadas, reminiscencias sin concierto, eran dichas por sus labios y aglomeradas sobre su corazón, sin otro deseo de hacer sufrir, con una crueldad inaudita, que era el fondo de su carácter, en esas

crisis agudas, de su alma contradictoria, inexplicable:

—Tú sufres, amigo mío, tú sufres—decía ella con una admirable comprensión de las cosas del alma, pasando su mano lenitiva, por la frente lívida, que las luchas del pensamiento, hacían casi sonora, como un mar...

y, arrepentido, desarmado, él, se ponía a amarla, con un amor colérico y brutal, lleno de presentimientos...

y, la idea de la muerte, dominaba entonces su pasión con el imperativo de una fórmula algebraica: ¡como una lluvia de cenizas sobre un campo de rosas!...

¡morir! ¡coronar de flores de Eternidad el poema de su vida! ¡desaparecer por los caminos pálidos hacia la Nada Inexorable!

esta idea violenta de la muerte, se le aparecía como la poemización de todos sus amores;

una vez, en el lago de *Nemi*, fanatizado por ella, había hecho voltear la barca en que Laura y él, navegaban, en la calma hidrófana de aquel paisaje irreemplazable; pescadores y guardas cercanos, los salvaron de la muerte;

una tarde, en Florencia, en las *Cascine*, al pie del monumento del Príncipe Indio; Laura, acostada en tierra, le pareció tan bella, que la cubrió de rosas, como de una mortaja, y enamorado de esas palideces, le habló del suicidio y de la muerte, con tal vehemencia, que

ella, aterrada, se puso de pie, sembrando el suelo de pétalos, que semejaban alas...

ese movimiento la salvó;

así regresaron a París;

de tantas divinas cosas como fueron llenas sus almas, y de tantas melodías como cantaron en su corazón, Leonardo Bauci hizo un libro: su novela otoñal: *Nardos Crepusculares;*

aquel su amor imperioso y tardío, cantado fué allí como una añoranza vesperal, con una sensacional y voluptuosa tristeza, de muerte y soledad;

los crepúsculos todos, lloraron en su corazón... y, él, los dejó llorar... murieron en él, como una lluvia de rosas estelares; y, él, los dejó morir... y, de esa muerte hizo un cántico;

y, él, odiaba ese libro suyo, con un odio sombrío;

su melancolía armoniosa, su casta diafanidad vesperal, su intenso perfume de rosas agonizantes, había seducido y cautivado las almas tiernas y meditativas, enamoradas de los amores crepusculares; y, un coro de alabanzas, había coronado aquel poema extraño, como un epitalamio de dolores; y, ni una voz, ni una sola, se había alzado para insultarlo;

era, pues, a sus ojos, obra de mediocridad y de maldad;

aquel pedestal de rosas blancas, sobre el cual se alzaba la figura blonda y crepuscular de Laura Laurie, idealizada por la pasión, co-

mo una gran flor de oro espolvoreada de rayos de luna, repugnaba a su mente y a su corazón...

era obra de sentimentalidad, por consiguiente, obra de mediocridad;

el sentimentalismo, es un instinto que asemeja el hombre a los seres inferiores...

la acogida hecha a su libro, hacía germinar en su corazón, una sorda cólera contra él;

libro aplaudido: libro mediocre; libro perseguido: libro grande; él, no amaba sino sus libros enconados y bravíos, que habían levantado contra su nombre, todos los vendavales de la persecución;

él, no quería alzar su genio, sino sobre un pedestal rojo de odios; sobre los negros guijarros de las lapidaciones; frente a los gritos del furor humano desgarrando su nombre; ante los brazos amenazantes tendidos hacia su rostro, en una apoteosis de patíbulo sobre el cual se alzara su alma como un sol;

él, no amaba coger la flor del Triunfo, sino arrancada por sus manos incombustibles, del corazón radioso del incendio; conocer el secreto del Dolor, es conocer el alma de la Victoria...

el perfume intenso, sutil y vigorizador de aquel jardín de la Belleza; el alma inmortal de Italia, impregnaron y dominaron de tal manera su alma y su obra, que apareció a los ojos de grandes artistas, como un *revenant*, de épo-

cas lejanas, impregnadas de Arte y de Misterio; fué el último caballero del Renacimiento;

el fin de aquella pasión, que tuvo las tristezas de un crepúsculo tras un olivar toscano, y las suntuosas magnificencias de un otoño sobre un mar glacial, fué ensombrecido por la tragedia como por la mano brutal de un anacoreta bárbaro, empeñado en borrar con un pincel de sombras, los horizontes pacíficos y las figuras radiosas, de un fresco áureo y blondo, hecho por un Fra Angélico alucinado, en el muro blanco de una Abadía sonriente;

su idilio se había roto brusca y sonoramente, como una campana de cristal;

le parecía leer aún, las cartas tiernas y conminativas del hijo de Madame de Laurie a ésta, suplicándole romper aquellas relaciones, que iban a pesar sobre su vida y sobre su nombre, ahora que salido de una Escuela Militar, iba a entrar al Ejército con su espada de oficial; pedía a su madre algo a que tenía el mayor derecho: el honor;

la pobre mujer vacilaba entre sus dos mares, como una nave en la tormenta;

la violencia del hijo precipitó el drama.

Leonardo Bauci, recordaba bien la escena terrible; la irrupción del joven subteniente en aquella cámara de hotel, donde la madre fué sorprendida *in fraganti*, en brazos del amante;

el furor salvaje del hijo; la lucha mano a mano; la ofensa irreparable; el duelo que na-

da pudo evitar; el adolescente herido; el amor materno renaciendo como un fénix... la separación definitiva y violenta;

a este recuerdo, Leonardo Bauci, tuvo un atroz sufrimiento interior, que estuvo a punto de hacerlo gemir; y, un dolor inmenso y lacerante, lo despertó a la vida, en el espectáculo feérico de los Campos Elíseos, donde París cantaba;

la ciudad-diosa, irradiaba de luces en la pompa nocturna, tal un ídolo de oro en una cripta de basalto;

eran verdaderas redes de luz, áureas y multicolores, que se extendían en las dos riberas del Sena, reflejándose en él, y acariciándolo, como cintillos de pedrerías, sobre un seno de mujer;

bajo un cielo muy lejano, las estrellas titilaban apenas, muy pálidas, como una floración de aljófares marchitos; la catalepsia divina de los cielos, pesaba sobre la ciudad somnámbula, como en las cogitaciones de un conjuro; la noche metopéyica llena de ruidos armoniosos se extendía sobre el mundo, como una gran melopea de luces; los lampadarios, eran como una arborescencia fosforescente, con vicisitudes y metamorfosis de cosas vivas y ondulantes, con esplendores de olas vagas y distintas, extendiéndose melancólicamente, como la caricia de un gran dolor, en el seno de la noche; la palidez cenital del gran globo glauco de la

luna, lívida como el rostro de una Gioconda hermética y fatal, diafanizaba los archipiélagos astrales, envolviéndolos en una lactescencia opalina, de un verde claro de ajenjo; a la luz difusa de aquella emanación lunar, vaga bajo un cielo de anilina, donde las nubes parecían plantas enigmáticas, ranúnculos parasitarios de una vegetación amorfa, sobre un estanque de plomo; en la diafanidad cándida del cielo, que semejaba un escudo de plata pulido, el oro estelar hacía extrañas decoraciones de heráldica celeste, entre los grifos descomunales, cuya animalidad difusa, se movía y se borraba, vagamente, en los vuelos espiraloides del gran capricho de la noche;

el rumor sordo y confuso de la gran bestia humana, lo llenaba todo.

París cantaba;

el inmenso París, lírico y lúbrico;

cerca *l'Horloge, et des Ambassadeurs*, lanzaban las notas agudas de sus músicas, los clamores ruidosos de sus *claques*, el centelleo hormigueante de sus lampíridos policromos, cuyas vicisitudes de esplendor desfallecían a intervalos, en el misterio suave de la noche;

adentro, Polin hacía sus imitaciones contorsionantes, que alternaban con la voz canallesca de Paulette Derville y los gritos bohemios de Ivette Guilbert, agitando sus negros brazos de momia carbonizada, sobre el público, lleno de una enojosa hilaridad;

afuera, parejas de enamorados baladeaban bajo los árboles; otras, sobre los bancos se entregaban a disimuladas obscenidades, mientras creaturas rubias, como ángeles flamencos, amaestradas por el cuidado maternal, se deslizaban hacia la obscuridad, despertando las ansias ateridas de ancianos libidinosos, que erraban en torno de ellas con cautela, mientras señores condecorados y soldados en *congé*, seguían los movimientos de jovenzuelos equívocos, que con las ancas ceñidas y los cabellos buclados, evocaban lubriqueces neronianas y noches de Bizancio...

los edificios rectangulares, parecían inmensos bloques de antracita, sobre los cuales la luna abismal, hacía lucir la negra arboladura de las chimeneas, como una vegetación fantástica de arbustos tentaculares;

la obscuridad espléndida del cielo, florecida de lirios de oro, parecía reinar tristemente, sobre aquel cerebro del mundo, atrofiado de animalidad feérica y ruidosa;

un olor de hembra elegante, el olor de las mujeres de París, rivalizaba con el de los *parterres* ya escuálidos, y el de las *serres* vecinas, donde toda una flora de acuarela, aprisionaba su alma capciosa, y llenaba la atmósfera y se prendía a los árboles como si el alma de Hubigant, cantara entre las ramas madrigales de violeta y serenatas de heliotropo;

una gran lira venérea, parecía vibrar en el

espacio, sobre la opulencia suave de los jardines, las masas globulares de las cúpulas lejanas, y la red de luces que como abejas de oro, parecían volotear sobre la gran colmena humana, fabricadora de un panal de besos.

Leonardo Bauci, retrocedió triste y pausado, con la náusea que le inspiraba siempre el comercio desvergonzado de la carne;

solitario adusto, tenía en sus vicios—intensos y voraces—el pudor hondo y dormido de las grandes aguas profundas;

como todos los animales de fuerza, hermanaba la hembra y la soledad, en los ritos del amor;

los leones, no fecundan en público; las águilas, mueren de castidad en sus grandes jaulas, antes de cubrir con sus alas aprisionadas, la hembra vencida, cuyas pupilas rojas parecen mirar en el espacio la tenebrosa visión de los desiertos;

y, retrocedió hacia la Plaza de la Concordia, como perseguido, huyendo a la vista del Amor, ¡que tanto había azotado y asolado su vida! apartando la vista de todas las parejas felices, en los cuales, cada joven fuerte y sonriente, le recordaba su hijo, su pobre hijo, enfermo como él, del mal de la Libertad, y muerto allá lejos, sobre una ribera hostil, en una selva incógnita, bajo un cielo tórrido, en el esplendor de una naturaleza opulenta y venenosa;

y, pensó, con un rencor sordo, en su patria.

su eterna enemiga, que después de arrebatarle todo en su juventud, le había arrebatado también a su hijo, que era toda la lumbre de su frío, y el sol misericordioso de su tarde de angustias...

¡ahora, ya envejecería solo, solo y desfalleciente, como un león ciego y vencido!...

su silueta altanera, se plegó al peso de esa pesadumbre y se deslizó bajo la misericordia de los árboles, encorvada, sombría, como la de un pobre animal herido, que huye presuroso;

atravesó el Puente de la Concordia, y por el *Boulevard Saint Germain*, tomó el camino de su casa;

al llegar a *Saint Germain des Prés*, se acordó que aun no había comido; hizo memoria de un pequeño Restaurante que conocía en la *Rue de Sèvres*, y se dirigió hacia allí;

fatigado de la larga travesía y de los dolorosos recuerdos, se sentó ante una mesa, mudo y sombrío;

el camarero que vino a servirle, esperó largo tiempo sus órdenes;

no sabía qué pedir;

ordenó al fin un *menu* sumario, y volvió a replegarse en sí mismo, con la sorda cólera que ocasionaban en él, todas las cosas malas de la vida;

al salir del Restaurante, vió que la noche se había hecho súbitamente inclemente; la luna vencida, se había ocultado tras de nubes con-

fusas que semejaban grandes promontorios de anilina; el horror firmamentario tenía silencios de enigma;

apresuró el paso bajo la lluvia menuda y fría, que empezaba a caer, y no encontrando un coche cerca, se dirigió rápidamente a su casa;

en el ángulo del *Boulevard* y de la *Rue de Condé*, una forma negra y esbelta, como un tallo de lirio, que marchara, se acercó a él, y deslizó a su oído, las mismas palabras de invitación, que más de diez hetairas del *trottoir*, le habían dirigido ya en su corto trayecto; pero, esta vez, la voz era dulce, tímida, de un raro timbre musical y profundo, sin el tono avinado de las otras; era, cuasi suplicatoria, con inflexiones de temor y de angustia;

él, se detuvo;

la mujer quedó inmóvil;

en la inclemencia nocturna, ella se dibujaba como una interrogación, coronada de flores, delgada y erecta, bajo el inmenso sombrero, ceñido como de una llama por grandes lirios acuáticos, rojos;

se miraron en la sombra, intensamente, confusamente, como en el fondo del agua;

ella, no repitió la oferta; no avanzó un paso, como arrepentida y cautelosa.

Leonardo Bauci, se acercó a ella y le tomó el brazo;

caminaron en la sombra, silenciosos, bajo la lluvia batiente;

ráfagas de vendaval, que hacían oscilar los reverberos, les daban en el rostro;

la mujer temblaba aterida, con el traje empapado por la lluvia, y sin ningún abrigo que la cubriera.

Leonardo Bauci, ensayaba cubrirla con el paraguas, y sentía con angustia, el temblor convulsivo de su brazo; al fin, llegaron a la casa de él; ya en la puerta, Leonardo la invitó a entrar: ella entró;

¿por qué había él, cometido esa debilidad? ¿por qué entraba allí esa mujer, en una hora tan triste para su corazón? él mismo no podría decirlo;

acaso por vengarse de su propia soledad; aquella casa estaba llena de la muerte; ¿qué hacía allí aquella mujer de amor? el alma del hijo muerto sollozaba en todo aquello, como una lamentación...

¿por qué el padre profanaba aquella cámara del recuerdo, con aquel amor intempestivo y brutal? las cosas mismas parecían gemir en el misterio, preguntándose el por qué de esta profanación; en el silencio hondo y lamentable, se sentía que iba a brotar el beso... y, las cosas temblaban, como sobrecogidas de un sagrado horror: ¡oh, el alma fiel y sensible de las cosas!

la invisible presencia del muerto parecía lle-

narlo todo, como para expulsar la intrusa que entraba en la morada paternal, horas antes, llena del dolor de su recuerdo;

en la sala, ante la luz eléctrica, la mujer permanecía de pie, confusa y extraña; su silueta grácil se alzaba dulcemente en la penumbra tibia, mostrando sobre su cuello frágil de orquídea, un pálido rostro de exquisito dibujo, cuya delicadeza de líneas, se desvanecía en la exangüe blancura del cutis, con transparencias hidrófilas, como la opalescencia anémica de un viejo iconostacio;

sus ojos irisados, como el más caprichoso mosaico de pedrerías que un orfebre colorista pudiera soñar, tenían del azul intenso del mar, del verde profundo de las selvas, y del azufre ocroso de ciertas gemas calcáreas; tenían color de césped marchito y tonos vívidos de flor; se dirían dos urnas transparentes de ámbar, donde aletearan prisioneras dos abejas de oro;

sobre el blanco mate del rostro anemizado cuya palidez tenía el raro color de una hidrófana, y como la coloración monástica de una Virgen del Gozzoli, sus labios diseñaban la línea pura de un gran arco de desdén, apenas visible por el rojo imperceptible de los labios, un rojo desteñido, cuasi blanco, como el de los geranios en Octubre;

de bajo el sombrero negro, se escapaban como locas paletadas de colores, hechas de ocre

y de ceniza, la cabellera tumultuosa, de un rubio pálido, que parecía un nimbo de plata;

su cuerpo de esas líneas armoniosas e imprecisas, queridas a los maestros toscanos, se diseñaba bien bajo su vestido pobre, casi miserable, que denunciaba en ella una triste flor de fatalidad y de miseria;

en aquel silencio, que era como una alba de eternidad, esos dos seres se miraron, con una mirada triste como la vida: sin amor, sin deseo, sin voluntad, como en un naufragio moral, donde sobrenada un gran pesar;

una pálida luz de esperanza lejana parecía caer entre ellos; ¡esperar! ¿en quién? ¿en qué? en nadie, en nada...

la esperanza es el crepúsculo de un bello sueño.

Leornardo Bauci, venció sus pensamientos de tristeza, y fué, ante la figura bella y obscura, que tenía delante de sí, la abrazó por el talle, la trajo contra su pecho y la besó en los labios;

calmada y grave, ella se dejó besar, con una docilidad conmovedora, y una sonrisa fría, que era como una llamada desesperada a la serenidad de su corazón;

sus labios fríos no revelaron la pasión sabia de las sortílegas del arroyo.

Leonardo Bauci, sintió en aquel beso un sabor amargo, su ardor engañoso decayó, y sintió en el fondo de su corazón, un descontento,

una angustia implacable, como siempre que se sentía, confusamente empujado por su destino hacia un sendero peligroso;

su corazón abrumado por tantas miserias de esa hora amarga, parecía hacerle obscuras admoniciones...

un tumulto sordo subía en su corazón, como si todas las cosas interiores de su alma gritaran con voces desgarradoras y lamentables;

furioso de verse casi vencido por el sentimiento, se apoderó de la mujer inerme, la levantó en brazos, y la llevó así hasta el lecho, en el cuarto vecino, como una presa, una victoria de su animalidad, que no sabía ver en el amor, sino la obra armoniosa de la carne;

la desvistió con la maestría sabia de los hombres expertos en amor, hasta verla desnuda, con un encanto de lirio y una radiosidad de sol;

ella, temblaba, en los estremecimientos de la luz, temblaba angustiada de esas violaciones; de la caricia de esos besos ávidos, que se posaban sobre la frescura rosada de sus carnes, como pájaros devoradores; de la presión dura de las manos nerviosas, que violentamente estrechaban las azucenas retráctiles de los senos estremecidos...

ella, se dejaba acariciar, con una mansedumbre triste de holocausto, mas, al verse desnuda ante esas violaciones, como si sintiese que su energía la abandonaba, huyó a las ma-

nos inquietas y se refugió en el lecho, cubriéndose prontamente hasta los hombros.

Leonardo entró con ella bajo las sábanas, persiguiendo su desnudez, presa de una espantosa exasperación sensual, ante el rosa virginal y el mármol tibio de aquel cuerpo que pedía besos locos...

... ...
... ...
... ...

Leonardo Bauci, tenía la sed despiadada de la psicología; pertenecía a la raza cruel e insaciable de los analistas; el problema difuso, obscuro y amargo de una alma de mujer, lo atraía siempre con una fuerza irresistible de abismo;

inclinarse sobre la tenebrosidad sutil de esas almas, que tienen en sus alas de mariposas, la resistencia terrible de las alas de bronce de los dragones míticos, era un intenso, un apasionante placer de su espíritu conquistador y contemplativo, un placer semejante al de un viejo fraile, inclinado sobre las exégesis obscuras de la Biblia;

y, cuando tenía a su alcance, una alma de mujer, la examinaba, la interrogaba, la interpretaba, como si tuviese bajo sus ojos, una filacteria del Deuteronomio.

—¿Cómo te llamas tú?—le preguntó él, cuando ya satisfecha su pasión, la miró, des-

nuda sobre el lecho, como una margarita de desolación.

—¿Yo?—balbuceó ella, como esquivando la respuesta inmediata, y cubriendo con los abrigos de la cama, en un gesto noble, lleno de una gracia pudorosa, su cuerpo pálido que semejaba un monumento en la noche, bajo las claridades lunares.

—Sí, tú.

—¿Yo? me llamo:... una mujer;

la respuesta evasiva y extraña irritó a Leonardo hasta la cólera.

—La respuesta es idiota—dijo él—; ése no es un nombre sino un sexo;

temerosa de haberlo disgustado, y como miedosa de una brutalidad, la joven dijo:

—Perdonadme, pero, ¿qué os puede importar mi nombre? ¿es que las mujeres de mi clase, tenemos uno? todas nos llamamos el Placer; algunas más felices, se llaman: el Amor;

y, calló como temiendo romper su vida con una palabra más;

y, quedó muda, como en un abandono inmenso, aspirando un perfume de recuerdos removidos por el verbo profanador.

—El Amor—murmuró Leonardo Bauci con un sordo rencor, como en una resurrección súbita de visiones, donde gritara el gran duelo de su corazón...—¡el Amor! ¿sabéis vosotras las mujeres, lo que es esa palabra?

—No sabemos de ella, sino lo que los hombres nos enseñan, lo que ponen en nosotras para llenar el gran vacío de nuestro corazón; él, es verdad o es mentira, según lo dijeron los labios que nos iniciaron en sus secretos; ellos nos enseñaron la sinceridad o la falsía; nuestra alma está hecha por la modelación de sus besos; fué la presión de sus labios, la que la hizo alma de lealtad o de perfidia; todo iniciador de amor es un modelador de almas: la nuestra está siempre llena de su presencia;

absorto, inquieto, ante la obscuridad reminiscente de estas respuestas, Leonardo, a la vista de este corazón misterioso, del cual el secreto pugnaba por escaparse, como un perfume, dijo:

—Y, la tuya, ¿quién la modeló para el amor?

—¿La mía? por las formas de un mármol, se conoce el escultor; no podéis conocer sino mi cuerpo; es lo que llevo al lecho de los otros; mi alma, mi pobre alma, ésa no la ha visto sino aquel que la modeló, despertándola de su sueño de arcilla; y, que acaso, no la verá jamás...

el codo en la almohada; apoyada en la mano larga y diáfana, de blancura prismática, la cabeza extraña de camafeo persa, trágica en el desorden de la cabellera que parecía medusaria, la joven quedó inmóvil, bajo los párpados sobre los ojos abismales de gema multicolor,

plegados en amargura los labios delgados que semejaban un rictus de flor.

Leonardo Bauci la miró con interés creciente;

¿no era eso lo que él deseaba en su implacabilidad de analista sistemático? una alma de mujer, así, brumosa y misteriosa, intangible e inasible, con obscuridades de abismo e inasibilidades de onda... atractiva, esquiva, fugitiva...

él, era bastante conocedor de almas, para no ver en aquélla, algo más que la graciosa ornamentación de una sensibilidad romántica;

conocía bien la psicología fangosa de las hembras de París, para ver que aquélla, no era una voluntaria de las huestes de Citerea;

¿qué ola de cosas turbias y fatales la había arrojado a esas riberas?

¿qué obscura y tormentosa catástrofe de alma la había empujado a ese abismo?...

... ...

La mujer permanecía en silencio, apenas visible en la luz osinoseada y los esplendores hidratados del aposento;

hundida en la bruma débil, su cabeza de un blondo claro, como hecha de condensaciones de vapor, parecía soñar, en los tonos lentamente fundidos del lecho y la penumbra;

la veladora, a través de un globo opalino, daba a la habitación, tonos de un malva claro,

envolviéndolo todo en una lactescencia pálida; y, la cabeza divina de la joven, lucía en esas claridades dudosas, cuasi hidrógenas, como sobre un cielo de azófar un pálido sol amarillo;

en el ritmo neutro de aquellos colores, sobre la superficie roja del cobertor, el brazo extendido de la mujer, parecía un resto de estatua mutilada, con el pequeño dedo dirigido hacia la sombra, rompiendo el gris complexo y brumoso, que pesaba sobre las almas y las cosas, en el poder nervino del ambiente;

ella, parecía soñar vaporosamente, bajo una lluvia de cenizas tenaces;

un olor de *licky*, escapado de la mesa de *toilette*, voloteaba delicadamente, uniéndose al de *trèfle rouge*, que exhalaban los vestidos de la joven, dispersos sobre las sillas y el sofá;

en esa soledad, el silencio era profundo, como un crepúsculo, en la montaña;

sobre los muros, que se inmergían en la sombra, las flores, y el papel, con óxidos aterciopelados, fingían criptógamos negruzcos, dibujos aracnoides, coníferos informes, largas manos de crisópalo, laureles globulares, pájaros de alas febriles entre ramas cataléptica, y se mezclaban, se confundían, como en un enmarañamiento de ranúnculos bajo un cielo agonizante;

en la calma oceánica de esa hospitalidad amable y discreta, ambos dejaban dilatar su

sueño por el jardín tentador de los recuerdos, viendo resucitar las horas anonadadas, del amontonamiento fúnebre y clamoroso de las inexorables cosas del pasado;

una inagotable onda de pesar, brotaba de sus corazones, que parecían tenderse con un largo estremecimiento hacia el pasado;

en el azulamiento lívido que envolvía las cosas, el silencio parecía recorrer senderos parabólicos, iterativamente;

asaltado del morbus feroz del analista, Leonardo Bauci interrumpió ese silencio, y con la calma gris del psicólogo profesional, interrogó a la joven, que parecía dormida en un dulce poniente de cosas profundas y calladas.

—¿Qué edad tienes?

ella abrió los ojos, y en sus pupilas color de selenio, pareció brillar un horizonte de devastaciones.

—Diez y ocho—respondió débilmente—; pero, los años de mi corazón son infinitos.

—¿Quién te ha enseñado a hablar así?

—Aquel que me enseñó a pensar.

—Y, ¿quién fué él?

—El mismo que me enseñó a amar.

—Y, ¿dónde está?

—El, me enseñó también el abandono.

—¿Su nombre?

—¿El nombre suyo? ahora, se llama: Dolor; ¿después?... se llamará: el Olvido...

—Ese no es un nombre.

—Él, encierra y devora todos los nombres;

y, como si hubiese tropezado con algo la desnudez de su herida, la joven clamó, más que dijo:

—¡No me interroguéis, no me interroguéis! ¿qué puede importaros mi vida? ¿quién sois vos? ¿quién soy yo para aspirar a conoceros? hoy, somos dos náufragos del vicio, arrojados sobre la misma playa; nuevas olas nos separarán mañana; ¿a qué interrogarnos? el hambre me arrojó a vuestros brazos, ¡gozad la presa del hambre! mi cuerpo ha sido vuestro, ¿qué más queréis? gozad mi cuerpo, pero no toquéis mi alma; ¿con qué derecho miráis en ella?

y, luego, como si temiese que por debilidad le arrancasen su corazón para mirarlo, se arrojó del lecho y comenzó a vestirse apresurada.

—¿A dónde vas?—le dijo Leonardo, ya tocado de interés por ella—: ¿queda lejos tu casa?

—Yo, no tengo casa, desde ayer.

—¿No tienes familia?

—Si la tuviera, ¿estaría aquí?

—¿Vas pues a la intemperie?

—Dormiré en un hotel.

—Y, ¿mañana?

—Continuaré mi vida, si puedo resistirla.

—No te vayas—le dijo él, ya ganado por aquel hondo acento de dolor—; ¿quién te arroja de aquí? quédate;

la joven, que había empezado a vestirse, dijo, como si hablara consigo misma:

—Es verdad, ¿qué voy a hacer fuera?

y, miró los cortinajes de las ventanas, y sintió que tras ellas, el viento rugía, como una asechanza;

ella calló, como vencida, inanimada, y quedó inmóvil... emergía en el sillón rojo su cuerpo blanco y áureo, con tonos tiernos de icono en la opacidad de un relicario: ¡la divina flor pensante!

Leonardo la tomó en sus brazos, la colocó de nuevo sobre el lecho, y la cubrió con las ropas de la cama, en un movimiento de verdadera y tierna solicitud:

y, sólo emergía del rojo profundo de la colcha y del blanco nítido de las sábanas, la cabeza rubia, en un amarillo exhausto de auréola, y el rostro exangüe, en el cual los divinos ojos de mosaico, daban luces tristes, como de sol tras los vidrios de un cristal gótico en una vieja capilla veneciana;

y él, la miraba así, arrebujada, insomne, como abrumada de una laxitud infinita, en la calma marescente que los rodeaba, en esa penumbra hidratada, como hecha de grandes vidrios adamantinos;

y, un gran sentimiento de piedad le vino al corazón, ante aquella mujer silenciosa, llena de la poesía del vencimiento, tan miserable-

mente sola, tan inconsolablemente triste como él;

estaba habituado a oír la narración de la misma odisea, de todas las mujeres decaídas, que habían dormido en sus brazos, aves de paso, que un momento habían detenido el vuelo en su lecho, para darle un poco de amor: ¡la misma historia sobre diversos labios!... sabía de memoria, todo eso de la seducción, del abandono, de la prostitución, de esa capa de romanticismo novelesco, en que ellas envolvían sus más bajos instintos y su ineluctable depravación;

pero, su dolor, su agudo dolor, que él no quería confesarse, lo hacía aquella noche vagamente sentimental, y un instinto profundo de su soledad irremediable, le hacía subir extrañas savias de misericordia al corazón;

¡cómo el dolor hace tiernos a los hombres!

el dolor es una decadencia, como la piedad: ¡inexorable, como la muerte!...

la mujer permanecía inmóvil, nítida y áurea, como una gran flor que edenizase aquel cuadro de tristeza, aquel caos mórbido donde dos almas heridas aleteaban, en un gesto de anonadamiento y mansedumbre;

las pestañas enormes, proyectaban sombras de alas, sobre los pómulos salientes, en los cuales, un rojo triste, parecía el botón mortal de las grandes fiebres;

sus mejillas, tenuemente exangües, conser-

vaban sin embargo, una armonía de formas, que marcaban hacia la barba, aquella línea pura, cuasi azulosa, que distingue las Vírgenes de Gérolamo de Siena, y los adolescentes enigmáticos y duros de los maestros cuatrocentistas; nada igual al pliegue de amargura de aquella boca, que parecía la de un niño muerto, que acabara de soltar el pezón exhausto de la madre;

toda una vida trunca, parecía residir en el gesto amargo de aquellos labios, que semejaban la herida de una flor; aquella boca, aun cerrada, parecía gemir.

Leonardo, pasó una de sus manos delicadas sobre la cabeza de la joven, que abrió los ojos sorprendida; y, cuando él la besó, su beso triste fué como una eucaristía de dolores;

el beso no engaña; el beso cortesano, sobre todo; no: aquellos labios, no eran labios expertos, hechos a la armonía polimorfa de la caricia pública; eran labios tristes y desalentados, como los de un ser que ha renunciado al beso;

todo en el abrazo de aquella mujer acusaba una inexperiencia dolorosa, que la hacía aparecer en el acto del amor, con un gesto triste y violado, de mártir sobre la hoguera;

él, que era un sabio refinado en los secretos del vicio, no se engañó ante aquel mármol herido, que el Destino había arrojado sobre su lecho;

¿de dónde venía?

la mortificante ironía, que era la forma usual de su trato con las cortesanas, había pasado y su punzante inquietud de cosas psicológicas, volvió a despertarse furiosamente en él; el terrible cazador de almas, asomaba con el hipnotismo agudo de su mirada de halcón;

saber algo de aquella mujer, saber su vida, sorprender el alma tras el rostro hermético: he ahí el deseo violento y profundo que lo poseyó;

toda la astucia de su alma, toda la eufonía de su voz, la empleó cerca de aquel ser débil, que ensayaba cerrarse a sus preguntas; llena el alma sin embargo, de un deseo infinito de expansión;

el dolor es comunicativo, y no se encadenan fácilmente las ternuras desoladas de nuestro corazón... ellas van hacia afuera, como manantiales crecidos que rompen la superficie de la tierra;

hablarse, confiarse, sentirse comprendido y compadecido, he ahí la gran necesidad y la gran debilidad del corazón... contarse, entregarse, en una confianza ilimitada para no morir de su soledad...

el silencio es el dintel de la Muerte, y, es para sentirse vivo, que habla alto el corazón... así, como un hombre en las tinieblas... como un viajero que grita a presencia del desierto... no sabemos quedar solos sobre la tierra;

no sabemos quedar solos con nuestro cora-

zón; cegados por la luz que él nos dió, no sabemos callar en la obscuridad; callar es sufrir; callar es morir; compartir su secreto, es como compartir su dolor; he ahí por qué las almas hablan, como un gran movimiento de liberación;

y, la joven abrió sus labios y su corazón, como un yacimiento misterioso, al contacto de aquella alma, superior y misericordiosa que la interrogaba;

y, su secreto, dormido bajo la grande ala de la sombra, voló a la luz pálida, como libertándose de interminables olas de bruma...

y, su historia fué dicha, con voz dulce, temblorosa, cuasi tímida, que parecía un ruido de alas, en la tibieza conmovedora de la estancia.

Elbina Valdebereng, era belga, hija de profesores y profesora ella también; contratada para educar los hijos de un rico comerciante de Lucerna, había venido a aquella ciudad y vivía allí, apacible y seria, cuando el inevitable, el invencible amor había salido a su camino, bajo las facciones de un joven estudiante que la cortejó;

su idilio, había sido al principio, puro y austero, como los picos de las montañas nevadas, que sus ojos veían alzarse en una serenidad eterna y aérea, vibrantes de belleza, bajo los grandes cielos de visión; y, tuvo la profundidad luminosa y ardiente de los grandes lagos extáticos de luz, que se abren bajo el inexora-

ble sol, pensativamente, pero, esa serenidad fué pasajera, como el verde intensamente pálido de las llanuras, que mueren bajo la noche;

él, era bello, como el Sigfredo de Wagner y atrevido y soñador como el Cirano de Gascogne...

y, la inevitable caída tuvo lugar;

el idilio fué rápido y fugitivo, como un rayo de luna en una clepsidra, de la cual se escapa el agua; rápidamente, armoniosamente;

llamado por su padre, él, debió regresar a París, y la trajo consigo;

y, ella lo abandonó todo, familia, honra y porvenir, por seguirlo;

era una pasión loca y profunda, cerrados los ojos a la triste realidad;

en París, vivieron la vida alegre y tierna, del *collage* enamorado, en un pequeño apartamento de la *Rue Gay Lussac* que él había buscado y arreglado para ella;

un día, la desgracia cayó sobre el sonriente idilio, como un rayo en la cuna de un niño; él, se vió obligado a partir a América, su padre lo enviaba para volver muy pronto; partió... y, empezaron para ella, los largos, inconmensurables días de la soledad, que asolaban lentamente su alma, como un elemento devastador...

el amado no volvió;

el silencio se añadió a la soledad; ¡el silencio más desgarrador que la ausencia! ¡el si-

lencio! el Hermes mensajero de esos dos inexorables crepúsculos de amor: el Olvido, y la Muerte;

el huésped obligado del abandono, llegó luego: la miseria;

en el fondo de su dolor, ella sollozó tristemente, como un niño abandonado en un portal, y, ensayó luchar;

ella, era institutriz, era pianista diplomada: lucharía; ¡vano intento! el hambre la cercaba, y cuando el hambre cerca, siempre acaba por devorar su víctima;

el hambre es el verdugo lento y pálido cuyo inexorable dilema, no deja escapar la presa: el Crimen, o el Sepulcro; la Deshonra o la Muerte...

en vano buscó discípulos: no los halló; se pedían referencias... ¿Cómo darlas?

puesta en la pendiente, la brutalidad de la vida la arrastró abajo, con la fatalidad de una flor que se deshoja;

su belleza triste halló postores;

y, se dió, por hambre;

pero, estaba enferma;

el disgusto, el asco de su propia vida, ayudaban a matarla;

y, cayó en cama;

y, permaneció sola, abandonada ante la muerte, como en un gran éxtasis de la Nada y de la desaparición;

después de quince días de cama, sus ahorros

se agotaron... empeñó sus alhajas, vendió sus trajes, para huir de un lecho de hospital...

y, eso también tuvo fin...

aquel día, fué la *débâcle*...

el dueño del *Hôtel meublé* en que vivía, la puso a la puerta, conservando en gaje de su deuda sus menudos enseres de *toilette* y el retrato del Amado...

y, esa noche, había salido bajo la lluvia, a pedir a la prostitución, un mendrugo de pan...

y, había hallado a Leonardo Bauci...

y, éste la oía absorto; sentía un gran enervamiento físico, que lo llevaba a la tristeza, algo inquietante y vago, como el estremecimiento de una landa autumnal ante el preludio de un Crepúsculo;

él, no era un simple, ni un simplista; su conciencia amplia y profunda, amaba las profundidades; el enigma abrumador y solemne de una vida, lo atraía; el bello tejido lógico donde convergen las sensaciones de otros seres, era el más alto goce de su concepto crítico; la acre alegría y el íntimo orgullo de sondear y descifrar el alma de los otros, era superior a toda otra preocupación y a todo otro encanto;

y, sin embargo, se sentía invadido por una tristeza honda y calmada, una melancolía bella y fuerte como la de una selva...

se es demasiado pobre, demasiado desam-

parado en ciertos momentos de la vida para estudiar su corazón...

se está siempre desarmado ante él;

¿por qué esa alta melancolía, llena de misericordia y, esa piedad apesadumbrada, que subían a su corazón, como las olas de una mar serena, donde cantaran sentimentales añoranzas?

¿por qué una otoñal dulzura, como hecha de pétalos enfermos, una avalancha lenta de cosas dolorosas y apasionadas, lo llenaban de una morbidez terrible, ante los gestos imprecisos y las palabras desgarradoramente reveladoras de aquella seducción hecha mujer?

¡algo subía letal e irresistible en su corazón!...

¿era la compasión? su alma, asesinada por uno de esos acontecimientos, que son para la vejez que comienza, la irreparable desolación, ¿se había abierto, pues, a la ternura? la omnipotencia de su dolor, ¿dejaba lugar para sentir el de los otros?

la amplitud vital de aquella carne joven, que era como la simbolización del amor, ¿venía a agitar las versatilidades inquietas de su sueño, su acre actitud de superioridad, hecha de amor y de fatalidad?

¿por qué ese jirón de historia, lo había hecho inquieto, doloroso, cuasi enternecido?

miraba fijamente a la mujer, que yacía inmóvil como una cosa, refugiada en el Silencio,

como siguiendo las ideas que surgían de los rincones de su encéfalo, mirando en la sombra, con los ojos de un herbívoro cobarde interrogando la selva;

con un gesto sacerdotal, con una voz amiga, que se hacía paternal, cual si vertiese una ánfora de angustias extraídas de su corazón, se inclinó sobre la joven, en un gesto desfalleciente, y mirándose en sus grandes ojos extraordinariamente tristes, la interrogó sobre el nombre del Amado:

—¿Su nombre?

Germán García...

Leonardo Bauci no tembló; aquél era el nombre que su hijo daba, cuando no quería ser conocido; se amparaba en el apellido materno como en un seudónimo, en cosas ligeras, en que no quería comprometer la gloria del paterno nombre;

aquella mujer, que estaba allí, en su lecho, era la querida de su hijo...

¡ella también sufría el inevitable rapto de la diosa roja! ¡ay, pero ella no sabía la terrible verdad, que aquel mismo día, había desgarrado su corazón de él!...

¿debía decírsela? ¿a qué? ¿con cuál fin? acaso sufriría menos... la muerte es menos triste que el abandono...

saber que el ser amado, duerme para siempre, solo, en el seno de la tierra, es menos

cruel, que saberlo vivo, y dormido en otros brazos...

¡decirle la triste verdad! ¿tendría valor? ¿esa pobre alma, no se espantaría de verse así, despierta ante la realidad, en los brazos mismos del padre de su amante?

¿no se escaparía de la fatalidad incestuosa de aquel lecho? ¿no huiría? ¿a dónde?...

ante esta sola idea, un temor loco de perderla se apoderó de él... le parecía que esa mujer era un deber de su vida; que el Destino la arrojaba así, en su camino, para que él, remediase el mal, hecho por su hijo...

él, salvaría de la muerte, aquella a quien su hijo había sumido en el dolor;

arrojarla de aquel lecho, era arrojarla en la vida, es decir: en la incertidumbre, en la miseria, en el oprobio...

fuera de aquel lecho, fugitivamente hospitalario, no quedaba a ese ser perseguido por la tempestad sino el naufragio...

y, ¡qué naufragio!... el de una rosa caída en un torrente, que deja un pétalo en cada ola, antes de caer despedazada en la muerte...

¡la muerte! ¿no era eso lo que la esperaba? y, ¿la dejaría él, correr así desventurada hacia el sepulcro?

ante esta idea, una impresión dramática de ineluctable fatalidad lo asaltaba; todo su pasado y todo su dolor, lo oprimían como una visión de fiebre; y, los recuerdos rumoreaban

en su alma, como cantos suntuosos de violines en el silencio de una tarde entristecida;

una visión de desamparo y soledad, le venía de las cosas todas y de aquella mujer vencida, que suspiraba en la sombra ámbar y violeta, como en un mar de duelos inconsolables, sedosa, luminosa, armoniosa, como una sinfonía de cosas bellas y profundas, como un pastoral de Lulli, como un preludio armonizante...

un madrigal de silencio, como una teoría de luminarias sobre una página blanca pasaba entre los dos... por todo el cuarto se difundía una luz argentada, cuasi hidrófana, como una cristalización de sueños;

la mujer parecía dormir: el terciopelo nocturno de sus pestañas se proyectaba sobre el alabastro diáfano del rostro, como grandes alas de pájaros hipnotizados;

él, la miraba, en el estupor exquisito y la embriaguez cerebral de la visión, como en un sueño de haxix; se dejaba ganar por la melancolía de las cosas familiares que lo rodeaban; y, la tristeza esparcía sobre él su filtro prestigioso...

abrumado de una indecible fatiga moral, reclinó su cabeza, cerca a la cabeza dolorosa de la mujer, que parecía exánime, insensible como una flor tronchada, en una gloria de soledad...

y, entró de nuevo en la melancolía de su alma;

el Infinito está en nosotros.

... ...

... ...

Esa semisomnolencia, que semejaba una noche de fiebre, se disipó cuando las primeras luces de un día tardo en venir, filtraron lentamente, por las disjuntas puertas del balcón; era una luz lívida y sutil, que llenaba la estancia de tonos espectrales;

afuera el viento rugía, como una selva de lobos; la lluvia azotaba los cristales desmesuradamente...

la inclemencia del tiempo lo hizo compasivo; miró a la joven dormida al lado suyo y pensó en la intemperie que afuera la acechaba... y, le pareció que en la sombra, el fantasma de su hijo, extendía brazos desesperados pidiéndole misericordia...

y, enternecido por el recuerdo de aquel que había sido su sol y su alegría, juró poner su corazón como un escudo, entre el Destino y aquella mujer, que allí dormía, con una gracia atenuada de viejo pastel flamenco; como una cerámica del Danubio, realzada por luces boreales...

en esta evolución de su conciencia hacia la piedad, todo el lodo existente en su alma subió a la superficie, y dominó también;

en esa hora de monomanía sublime, de alta obsesión benéfica, todos los bajos instintos de

la carne y del pensamiento, se mezclaron, y un ciclo de sensaciones animales y tenebrosas, pasaron obscureciendo su espíritu, con las visiones ululantes de la sexualidad;

hubo una como estagnación cerebral, en torno de ese sueño siempre vivaz; una como mineralizacion de su deseo en torno a la conformación atrevida y tentadora de aquel cuerpo de mujer, que era como una poemización de la carne, un suntuoso canto de animalidad, un grito a la pasión...

un deseo vasto como la vida envolvía todo su ser, y se dijo a sí mismo, se confesó sin énfasis, que él deseaba esa mujer, que le sería grato poblar con ella su soledad, porque ella le recordaría constantemente a su hijo, muerto en la terrible hoguera... y, continuando en mezclar así, sus altos pensamientos de dolor, con sus bajos instintos de placer, intentaba razonar, en el desconcierto que la pasión siembra en la mente de los hombres, cuando germina en ellos su semilla imperecedera;

sus pensamientos tenían del vértigo...

dialogaba consigo mismo para hallarse razón...

¡la querida de su hijo! ¿podía ella ser su propia querida? y, ante aquel imposible quimérico, uno como sordo rencor le rebosaba en el corazón; ¿contra qué? ¿contra quién?

y, ¿esa mujer no había sido ya suya? ¿qué podía contra el pasado?...

miró su soledad, y tuvo miedo de ella...; miedo de su vida sin ventura... ¡su triste vida sin amor! y, soñó con un rayo de amor en el azur sombrío...

el Amor; ¿era capaz de él su corazón? no; era la embriaguez de la voluptuosidad, que deliraba en él...

una simplicidad heroica borraba de su alma todos los escrúpulos... su hijo no vería nada, no sabría nada...

él, dormía para siempre, allá en la selva lejana, tapados los ojos y los oídos con la gran tierra piadosa, que lo había recogido en su seno, al caer de cara a la victoria, exánime en el triunfo, como un ayáxida glorioso;

y, al recuerdo de su hijo, de este gran amor de su corazón, su carne toda se saturó de enternecimiento...

y, tuvo la debilidad de sufrir...

y, presintió el horror creciente de un drama de alma, donde podría hundirse la paz laboriosa de su vida...

y, examinó bien esa piedad febril que lo corroía como un ácido y vió que era falsa y mala; miró neto en su conciencia y vió que era un hecho atroz, eso de hacer suya la querida de su hijo;

eso era como robar a un muerto; como despojar un soldado caído en un campo de batalla;

analista implacable, examinó bien su senti-

mentalidad obscura, que era morbosa y pútrida, como todas las sentimentalidades, y que era un atavismo de hipocresía genealógico y religioso, lo que lo hacía disfrazar su sentimiento ante sí mismo, enmascarar su pasión y darle actitudes de sentimiento noble a la pasión tremenda de la carne;

descifró claro su momento psicológico; él deseaba esa mujer, quería perpetuar su posesión; ¿podía? sí; ¿debía? eso del deber es relativo;

toda moral principia en el propio bien; ser de voluntad y de acción, por consiguiente ser de fuerza y de triunfo, no sabía de las vacilaciones; iba derecho a su fin, como a una fortaleza sitiada, y, lo asaltaba;

su bandera ondeaba indiferente sobre el tumulto acre de los vivos, y el silencio protestatario de los muertos...

y, sin embargo, sentía en su alma agitada, la presencia latente de algo que lo hacía insondablemente triste... un fragmento de su Destino se agitaba en el Misterio... mil poemas temblaron en su corazón como ruidos de la selva, en la calma armoniosa de los divinos crepúsculos;

no vaciló; fué hacia su Destino, seguro de vencerlo;

el Destino es eso: la hidra insaciable: o se le mata o nos devora;

el hombre fuerte no vacila: conquista su

Destino... vive solo... y, muere solo... solo sobre la cima, lejos del rebaño que devoran los tigres carniceros...

vencer es una forma de perecer; el mundo no perdona la victoria; todo vencedor es un aislado; muere de su lepra gloriosa.

Leonardo Bauci, era tallado para la victoria, en el mármol ideal en que el Destino crea los luchadores y los vencedores;

y, si un momento el huracán parecía hacerlo vacilar sobre su alta columna de estilita, era sólo un miraje que hacían en torno de él las alas de los vientos;

él, hubiera podido vencer ese deseo, que lo atraía hacia la mujer rendida, pero no quiso vencerlo; sabía que aquel ser, dormido en la sombra tibia, con la preciosa cabeza de camafeo hundida en la almohada, bajo la semifluidez difusa de la cabellera, debía serle sagrada, según el Código de los hombres; ¡sagrada! pero, ¿por qué? porque su hijo había puesto en ella la simiente de su vida...

él, no podía saciar su sed en la misma copa en que los labios de su hijo habían aplacado la suya... ¿por qué? porque el egoísmo humano, que es la base de la moral humana, lo prohibe... la raza de Adán, nacida de todos los incestos, los condena...

y, los muros agrietados de una Moral metafísica y nauseabunda se alzan ante el amor libre de los seres; esa inmunda puerilidad lo

rebelaba; ese precepto, como todos los preceptos, le era odioso; esa ley de inepta hipocresía, absurda como todas las leyes que violan el instinto humano, sublevaba su corazón;

toda ley moral es un freno de imbecilidad; sólo los débiles la soportan;

un hombre fuerte, vive fuera de la ley, como un león vive fuera del rebaño; y vive sobre la ley, como las águilas vuelan sobre las lúgubres horcas;

el estado de rebeldía, es el estado natural al hombre superior; ser rebelde a la cadena, es el instinto de las grandes fieras, y la virtud de las grandes almas;

no se es un ser de excepción, sino viviendo fuera de su tiempo, sobre su tiempo y contra su tiempo...

para las almas de *élite*, la ley no tiene sino un solo atractivo: el de violarla...

nada hay igual a la voluptuosidad de violar las leyes hechas contra el instinto;

el incentivo de ir contra la moral, es el más poderoso encanto del placer; no hay más delicioso aguijón de la voluptuosidad, que el grito de la moral: es un automedonte que enloquece la bestia humana;

el placer sería monótono, si el vicio no estuviera en el fondo de él, como un filtro de encantamiento: es en su frontera, que principian los grandes paraísos de la carne;

el amor legal es un amor de *ménagerie;* el

ayuntamiento imbécil de dos bestias bajo el ojo del beluario... la ley es el domador: procrear ante él y según él, es el deber social;

fuera de esa jaula, no queda sino la libertad, es decir: el crimen...

era ese *crimen* lo que atraía con incitante tenacidad, el alma vibrante de revueltas, de Leonardo Bauci;

era por él, y para él, que anhelaba, hacer entrar esa mujer en su vida, poseer constantemente ese cuerpo, estremecido aún por la nostalgia de las caricias de su hijo muerto... eso daba a su pasión, algo de cinerario, que lo exaltaba...

dejando las apariencias vagas de las cosas, entró dentro de sí mismo, y, halló que su conciencia, hacía allí una apoteosis a su designio...

y, avanzó resuelto en el plan de su nueva vida.

... ...

... ...

Dejó el lecho muy quedo, sin hacer ruido, como para no despertar la mujer que dormía al lado, con una calma vegetal, en el silencio vencido...

se dirigió al salón, y su primer cuidado fué quitar de sobre su escritorio el retrato de Germán, y de los muros sus diplomas escolares, guardar los libros que tenían su nombre y en-

cerrarlo todo como en una tumba, semejante a aquella que guardaba su cuerpo despedazado;

su corazón se estrechó dolorosamente ante aquel exilio de reliquias, que le arrebataba de sus ojos, la imagen de su hijo...

y, ante la soledad insondable, que se abría en torno suyo, como un abismo que de hoy más devoraría su vida, nombró a su hijo: ¡Germán! ¡ah, Germán!

y, este nombre cayó en la soledad, como un suspiro en la noche profunda...

y, como sangre que manase de sus pulmones desgarrados, o de su corazón despedazado, los versos de Pétœfi le vinieron del alma hacia los labios, y los dijo automáticamente... y, corrían las estrofas como un hilo de lágrimas, y, sollozaban ellas solas, como el violín de un ciego, en una noche invernal...

Tu étais ma fleur unique:
Tu t'es flétrie; ma vie est un désert.
Tu étais la clarté de mes jours,
Tu as disparu; il fait nuit autour de moi.
Tu étais l'aile de mon rêve,
Tu t'es brisée; je ne puis plus prendre l'essor
Tu étais la flamme de mon sang,
Tu t'es éteinte, je meurs de froid.

y, como un himno de desolaciones, como un adiós al esplendor de sus sueños, repetía maquinalmente:

Tu étais la clarté de mes jours,
Tu as disparu... il fait nuit autour de moi...

¡oh, cómo era triste esa voz del hundimiento y la desesperación!... ¡voz del lamentable abandono! voz que sollozaba miserablemente, como el canto de un pájaro sobre los grandes jardines devastados;

y, el silencio cayó sobre el último verso, como el sudario sobre la rigidez de un cadáver;

anonadado, Leonardo Bauci, se dejó caer sobre el sillón, apoyó los codos sobre su mesa de trabajo, y miró con ojos extraños las páginas blancas, que esperaban el calor de sus pensamientos...

intentó trabajar; vano intento; el tumulto de su corazón lo ahogaba;

todo allí parecía estar lleno de la presencia de su hijo; creía escuchar su voz clara y varonil, cantando a media voz como cuando se vestía antes de ir a clase; le parecía oír sus carcajadas sonoras, ráfagas de alegría que llenaban la casa toda... y, le parecía oír el:—*Bonjour, papa*... y sentirse prisionero en los brazos fuertes y el gran beso filial en las mejillas.

... ...

... ...

Su corazón rebosante de ternuras, parecía estallar...

—Oh, mi hijo, oh, mi hijo—exclamó en un grito ahogado, como un clamor de soledad...

¡Mi hijo!...

y, calló, abismándose en su tristeza latente

y profunda, en su gran duelo desmesurado como una selva bajo el otoño funerario;

ante esta vaga presencia de su hijo, la gran miseria de su corazón triunfaba:..

¡sólo el dolor es inagotable en su magnificencia!...

¿por qué triunfamos sobre el dolor? a causa de la soberanía de vivir;

la vida es un alto, entre dos inmensidades...

el dolor es la miseria del corazón... se vive de rodillas en una eterna imploración a la ventura;

los días del hombre sobre la tierra son días de mendicidad... ¡el pasado es un muerto que llevamos en nuestra vida! ¿quién nos librará del pasado? ¿quién? el deseo es una confrontación con lo Infinito.

... ...

... ...

—Ah—se dijo de súbito, poniéndose de pie—; es necesario gustar la vida; esta pobre vida, fugitiva como un reflejo de aguas... puesto que todo cambia, todo pasa, todo muere, es necesario ir hacia la ventura que pasa; —¡la instantánea ventura!—; vivir su vida;

y, entró a la alcoba;

al ruido de sus pasos, la mujer dormida despertó; abrió sus grandes ojos, cargados de sueños, como un canal enorme e inmóvil, donde

se reflejaran las pompas agonizantes de un poniente;

él, descorrió las cortinas del balcón y una luz gris, difusa, como hecha de cadmio y barita, entró como una nueva tristeza, anunciando la desolación de la mañana;

el viento soplaba con una furia cuasi animal; la lluvia caía afuera con monotonía desesperante; la estancia toda se entristecía con esta luz jaspe, que llenaba todo de un verde translúcido como en el fondo de una gruta marina;

en este azulamiento confuso, las carnes de la joven cuasi desnuda, estallaban triunfalmente, como una apoteosis de blancuras;

ante aquella alga glacial, a la vista de aquellas claridades inclementes, que parecían venir de los lejanos cielos, como nuncios de desamparo, sintió como un miedo instintivo y se cubrió, refugiándose en la sombra, contra el muro;

y, después, como si hubiese reflexionado que su permanencia allí no debía prolongarse, que era necesario partir, arrojó lejos las ropas del lecho y se dispuso a vestirse... sus carnes temblaron estremecidas por el frío de esa aurora mala, de esa lamentable mañana de intemperie y de amenaza.

—No te levantes—le dijo él—, el tiempo está horrible, y, eso podría hacerte mal.

—Tengo que irme—replicó ella—; no debo importunaros.

—Y, ¿a dónde vas?

—¿A dónde?...

desconcertada ella no sabía qué responder· ¿a dónde iba? sus divinos ojos se nublaron, como el amatista muriente de los cielos ante el triunfo nocturno, y dobló su cabeza pensativa, como vencida ante la suerte.

—Quédate—le dijo él con voz cariñosa y taciturna, tomando entre las suyas una de sus manos febricitantes.

—Quédate, ¿no ves que el tiempo que hace afuera puede serte fatal?

ella continuaba absorta, contemplándolo con sus dos ojos hechos de una obscuridad mineral, como dos aerolitos extintos; no comprendiendo nada en aquella palabra de misericordia, que caía sobre las cenizas de su corazón; ¿qué podía importarle su vida miserable a aquel hombre extraño? sin embargo, había un gran acento de sinceridad en esa palabra de compasión; y, por el calor comunicativo de aquella caridad, ella adivinaba que aquel hombre sufría; ¿por qué? ¿por quién? ¿qué desolación lloraba?

el frío de la estancia, tocando sus carnes descubiertas, la hizo agitarse en un terrible acceso de tos;

él, la miró sufrir con una compasión profunda y sincera; la fraternidad de su pena los

unía; ¿no manaba sangre de la misma herida? ¿no era uno mismo el dolor que los mataba?... y, la imagen del muerto querido se alzaba en aquellos dos corazones, llenando la estancia toda con su presencia invisible;

¡nada supera al horror de saber muerto lo que se ama!...

y, los muertos viven; los muertos llenan con su presencia incierta, nuestros corazones y nuestra vida...

el gran sufrimiento y la gran aprensión de la vida está llena del soplo de los ¡muertos... ellos viven!... la gran obsesión de Hamlet ante el fantasma, es un diálogo vivo:

> What may this mean?
> That thou, dead corse, again in complete steel
> Revisit'st thus the glimpses of the moon...

cuando ella acabó de toser, él, la tomó en sus brazos, la puso de nuevo sobre el lecho, la cubrió con las ropas y se acostó a su lado...

el calor de la carne joven lo contagió pronto;

abrazó aquel cuerpo de nardos, besó los labios de berilos pálidos, los grandes ojos de violetas, y la poseyó ardiente, brutal, frenéticamente...

y, ella se dejó amar con una mansedumbre de bestia, fríamente, tristemente, mansamente, como un animal vencido...

*

Elbina Valdebereng, no salió ya de aquella casa a la mendicidad rastrera del Amor;

fué la querida de Leonardo Bauci;

la grande obra varonil que glorificaba el genio soberbio del apóstol, tenía ya sobre ella ese dulce rayo de pasión, que la iluminaba, como una flecha de oro del sol, a través de una nube de borrasca;

la mujer, que es la necesaria matadora de la fuerza, entraba tarde en la vida del Maestro; la quimera del Amor se alzaba frente a la quimera de la Libertad, ¿sería omnipotente? el Símbolo de la pasión frente al símbolo del Arte, ¿vencería? ¿la llama triunfal quemaría el Genio?

al contacto de esa pasión, Leonardo Bauci sintió como un despertar obscuro de las grandes cosas tiernas que dormían en su corazón, y se puso a amar con fervor extraño, como si esa pasión fuese un culto a las cósas de su hi-

jo; seguía con la extraña obsesión misericordiosa y funeraria, de amar en aquella mujer algo de su hijo muerto, y salvar del contacto de otras manos aquellas formas sobre las cuales su hijo había delirado.

Elbina era una querida exquisita y grave un poco triste, que le hacía la vida amable por mil matices de atenciones que producían sobre él, el efecto de una cura milagrosa;

a la edad en que había llegado y en esa hora de naufragio, el encuentro de aquella alma era como una consolación astral, llena de renacimientos supremos y de perfumes de renovación.

Elbina, también volvió a respirar la vida, pero de un modo grave y triste, llena siempre de la presencia del ausente;

¡y, no sospechaba que la misma sombra llenaba el corazón despedazado, de aquel que permanecía largas horas a su lado, sumido en un gran duelo, inconsolable sin decir por qué!

¡era el muerto, la cadena que los unía en un florecimiento de amor y de tristezas! la misma melancolía nimbaba sus corazones, con el mismo halo crepuscular de dolores infinitos;

sus almas se abrazaban en una fraternidad de naufragio;

la soledad de una duna llena de tumultos los cercaba, y, veían a sus pies rugir las olas de la vida, con un grito de sirenas enfurecidas, que alzáran hacia ellos sus pechos líricos,

repletos de cóleras; y, amparaban en ese instante de tregua, el desamparo de sus vidas estériles, como sobre una isla desierta, con las riberas consteladas de cosas hostiles y trágicas; era como un otoño consolador que caía sobre ellos;

en sus corazones la esperanza batía sus alas como un cisne salvaje;

ella, era cariñosa y tierna, sin fingir un amor que no sentía, y llenaba la vida de su amigo —porque no otra cosa era Leonardo Bauci para ella—, de exquisitos cuidados, que eran como pálidas flores de fraternidad, en la aridez que rodeaba aquella alma poblada de tormentas;

mujer de hogar, *ménagère* admirable, pronto introdujo un orden y una meticulosidad perfecta en todas las cosas de la casa; económica, limitó los gastos; artista de un gusto raro, transformó el apartamento, embelleciéndolo, hasta hacer de él un coqueto *chez soi*, admirable de *confort*, y el cual, ella llenaba con su encanto;

culta, seria, instruída, habría sido el ideal de Leonardo Bauci, si ella hubiera podido amarlo, pero, ¡ay! él no se hacía ilusiones sobre ese sentimiento; no podía hacérselas;

el alma de Elbina era una alma de rectitud; la difícil sinceridad de las pasiones reinaba en ella; no hacía ningún esfuerzo por ocultar su

corazón, por engañarlo a él, por fingirle un amor que no sentía;

no ocultaba su alma, llena de la memoria del ausente, triste por el recuerdo del ausente, inconsolable por la nostalgia del ausente; era una plenitud de amor, que no daba lugar a ningún otro;

lo trágico irreparable parecía residir en su corazón, donde toda flor de alegría era rebelde a abrirse, y toda luz de consuelo era tarda en bajar de los grandes espacios desconocidos... era una alma en duelo, tenazmente cerrada al alba de toda consolación...

Leonardo Bauci no se engañaba sobre la incurable pesadumbre que enlutecía la armoniosa simplicidad de aquella alma, ni sobre el sentimiento verdadero que inspiraba a Elbina; sabía bien que era una estimación respetuosa, una gratitud ardiente, una admiración apasionada... todo, menos el amor... y, se resignaba a ello, con pequeñas rebeldías interiores, que no estallaban nunca, ¿a qué fin?

su grande alma no sería jamás saciada por una pasión humana... y, no se rebelaba contra los dictados de aquella alma absorta en el pasado, extática en el culto cinerario de un muerto... ¿no tenía él, la misma adoración? ¿no profesaba el mismo culto? ¿no estaban sus dos almas de rodillas ante el muerto lejano?... como dos condenados a la pena capital, ¿no era una misma el hacha que los hería? su dolor era

el mismo dolor; morían de la misma muerte...

¡oh, inanidad de la conciencia humana! ¡su voz es la más fuerte de todas las sombras! su clamor sirve para engañar a lo Infinito! ¿cuándo el hombre será sincero? ¿cuándo el gesto de las almas será leal? ¿cuándo sabrá el hombre la verdad de su corazón? ¿cuándo?... ¡tarda el advenimiento de Dios sobre las almas! Dios es la Verdad; y, la Verdad no existe; todo es mentiroso y fugitivo sobre la tierra...

¿quién fijará el aspecto fugaz y transitorio de las cosas humanas? ¿quién inmovilizará el gesto de una alma? el alma humana es la apoteosis del Engaño... el corazón humano es un pudridero de mentiras; la mentira está en los labios y en la vida de los hombres: es la sangre de su corazón... se enmascara su propia alma... se cierran voluntariamente los ojos sobre la vida... se tiene miedo de mirar en el fondo de su propio corazón... no se es sincero sino ante la muerte...

cuando Leonardo Bauci, retiró del Monte de Piedad, todas las ropas y las alhajas de Elbina, fué sobre un medallón que contenía el retrato de Germán, que ella se lanzó con una avidez desesperada... y huyó a la alcoba con él... y se encerró allí, largas horas se le oyó sollozar, y fué como un festín de besos...

y, Leonardo tuvo un momento de celos, celos del muerto querido, que dormía tan lejos

bajo la tierra, en la selva abrupta que las fieras poblaban de rugidos...

eso es el corazón del hombre: eso, miseria y podredumbre; es a causa de este estercolero que se asfixian nuestras almas;

no se puede vivir en el Bien; no se puede sonreír en la Verdad; la vida es la locura de la carne: morimos de vivir;

la angustia letal y silenciosa, la lucha contra el Olvido, habían empeorado la salud ya muy quebrantada de Elbina;

grandes crisis nerviosas que ella se empeñaba en dominar, y que se resolvían por depresiones abrumadoras, venían a agravar su enfermedad del pecho, que no necesitaba, sino la más débil causa, para mostrarse en su gravedad aterradora.

Leonardo Bauci, consultó un gran médico, amigo suyo;

su diagnóstico, fué un veredicto cruel, como una sentencia capital:

—¡Pobre muchacha!—le dijo el sabio—; ella, se irá a la entrada de un invierno cualquiera; esa enfermedad no perdona, pero, como es tan joven, podría aún luchar algunos años, prolongar una vida de miraje, como la de todos los tísicos; los pobres electos de la *fiebre blanca*... una vida confortable, ajena de emociones, podría restablecerla, casi curarla... ¡se han visto tantas cosas! la ciencia no puede nunca decir su última palabra; desgra-

ciadamente la ignora... el amor hace milagros; es el único que los hace ya; acaso el vuestro salvará esa vida.

Leonardo Bauci, tembló al oír ese veredicto; él, sabía bien que no era su amor el que debía salvar a Elbina; ella moría del Amor de su hijo...

ante la idea de la desaparición se puso a amar perdidamente; la idea de la muerte intensificaba su pasión...

un ser que huye, que se va, que desaparece... ¿por qué nos es más querido?... es lo irreal, lo fugitivo, lo quimérico, lo solo que vive del amor...

la visión de la soledad llenaba su vida de un terror engrandeciente... le parecía que la tierra toda iba a morir... ¡solo! ¡solo sin su hijo, solo, sin ella!...

había edificado sú castillo sobre las olas; ¿cuánto duraría su ventura? pocos años, pocos meses, pocos días acaso... la muerte llega siempre demasiado pronto sobre los seres que se aman; la muerte de su hijo lo había sorprendido anonadándolo, como la caída de un rayo a sus pies... y, ella, Elbina, también se iría, a la entrada de un invierno como la primera rosa caída de un rosal a la llegada de los vientos del Norte... ¡y, él, quedaría solo, otra vez solo!

tuvo necesidad de todo su valor, para mirar frente a frente, el regreso de su vida pasada...

sin embargo ella no había sido solitaria, Germán la había llenado toda... pero, ahora, ¿qué sería de él, cuando hubiera desaparecido aquella que caminaba hacia la muerte, por la amplia avenida sembrada de rosas de ilusión?;

¡oh, cómo es triste la soledad en la tarde de la vida, cuando todo se obscurece lentamente, con la infiltración difusa de la noche que avanza!

el crepúsculo de la muerte lo tiñe todo de vagas negruras... se diría que la luz misma tiene el color de los blandones; un perfume de cosas cinerarias lo llena todo, como pétalos de flores agonizantes sobre un catafalco, y el gran órgano de los recuerdos toca el *requiem* de todas las esperanzas...

los muertos velan nuestra vida y proyectan sobre ella su sombra misteriosa... no, los muertos no son el pasado estéril; los muertos son el pasado vivo; ellos están tan cerca de nuestro corazón, que desde las vastitudes de la muerte llenan toda nuestra vida; ellos son como rosas inmóviles de un jardín obscuro: lo llenan todo con el perfume de aquello que fué su vida... así, era su hijo muerto quien llenaba la vida de Leonardo Bauci; él había enlutecido su presente, muriendo prematuramente; él amenazaba enlutecer su porvenir matando con su recuerdo aquella en quien su padre había pensado rehacer su vida...

desde el día que el médico dictó su diagnós-

tico terrible, Leonardo se dedicó al cuidado de Elbina, como al de un talismán en el cual residiesen su fortuna y su vida;

y, la vió revivir, como en una maravillosa transfiguración;

su vitalidad declinante tuvo una reacción de fuerza y de energía; todas las perversiones sápidas de la inercia y de la anemia, recularon como vencidas ante la tonificación de los nervios y la renovación de la sangre; era un admirable renacimiento físico, que su incurable melancolía aureolaba de nimbos tembladores, como una germinación de auroras hidrófilas;

al mismo tiempo, consolada y conmovida por aquel afecto que la rodeaba de cuidados y de atenciones cuasi paternales, se desarmaba ante aquella cosa inmensa que es la piedad, y en la muda aceptación de su destino, ponía tal candorosa humildad, se hacía tan filialmente tierna para con Leonardo Bauci, que éste sentía también revivir su corazón, como bajo una caricia de alas;

al influjo de esta atmósfera de paz, de tranquilidad, de noble afección, el alma de Leonardo Bauci se distendía en una atmósfera de suave serenidad, como la que reina en un jardín dormido, de donde sube como un himno odorante la plegaria de las corolas abiertas;

fué entonces que compuso sus *Sinfonías Cromáticas*, serie de liedes apasionados y turbadores como un ramo de mimosas, y que te-

nían por lema el: *es war, als hätt' der Himmel die Erde still geküsst*, de Schumann; versos asoladores y extraños, de una sensibilidad cerebral ultra-profunda, que por la difusión armonizante, la coloración vitriosa de santuario, el oro pluvial de las estrofas, y las exóticas modalidades del metro, hacían pensar en las más bellas poesías de Stephane Mallarmé, prodigiosas de brocado y pedrería, como la dalmática de un Exarca;

sus libros inconclusos, aquellos en que vivía gloriosamente su alma tempestuosa y viril, volvieron a sentir la fuerza opresora de su pensamiento, y la garra de su verbo sonoroso y conquistador, hecho para embriagar las multitudes, como un vino capcioso;

la fiebre del trabajo, la radiosa alegría de producir, volvió a apoderase de él, y la maravilla de su genio llenó las páginas vírgenes como un gran río acrecido inunda la llanura.

Elbina, añadía a sus otros cuidados, el de una solicitud admirativa, por los trabajos y la gloria de su amigo; velaba cerca de él, como para reflejar en sus creaciones su rostro de augustas serenidades; ella misma pasaba a limpio los borradores, le ayudaba a corregir las pruebas, recogía y catalogaba los originales;

sólo en su correspondencia, no le dejaba él, poner la vista ni las manos; con una discreción exquisita, que era el fondo de su carácter, ella no lo intentó jamás;

salían muy poco, no recibían visitas; apenas si frecuentaban los teatros; no se les veía jamás en los cafés y *brasseries* del *quartier;*

con el pudor miedoso de los grandes dolores, temían el bullicio, la publicidad, la vida febricitante de todo lo que los rodeaba; apenas convalecientes de ánimo, se abrazaban a su tranquilidad como a un escudo;

sólo los domingos buscaban aire, luz, renovación de fuerzas para sus pulmones, fiestas de colores para sus almas de artistas;

y, se iban al campo;

tomaban al acaso el primer tren que les venía en mientes, y suavemente gozosos, se embriagaban de luz solar en la perpetua fiesta de la naturaleza, que parecía invitarlos a hacer un florecimiento de primavera en sus almas rebeldes a olvidar; no faltaba a su ventura sino el Olvido.

Leonardo Bauci, había rejuvenecido, como por un elixir mágico; la juventud eterna de Fausto cantaba en él; su corazón conquistado para el Amor, tenía la dulce y aterradora mansedumbre de un león dormido; se diría que había amado siempre;

en esa capitulación inesperada, no quedaba nada de hosquedad hacia la pasión terrible; él, que había sido amado hasta el delirio, sin amar, amaba ahora hasta el éxtasis, sin ser amado: sí, porque él no se ocultaba la verdad: Elbina no lo amaba; era una gratitud apasio-

nada, una admiración, un respeto, lo que ella sentía por él; todo, mas no el Amor;

¡ay! y ese sol lejano, sol de misericordia, bastaba para embellecer su vida... y, él, sí la amaba... la amaba como hembra, con toda la pasión posible de la carne...

la carne es tenebrosa; la lujuria es un sol, sobre el valle mortal de los deseos; nada hay igual al amor de la carne, a la tristeza de la carne, a la angustia de la carne...

la voluptuosidad: he ahí la fuente prodigiosa de las grandes melancolías... es por la sexualidad que conocemos la única ventura posible sobre la tierra; y es por ella que conocemos el dolor...

el sexo... he ahí el principio y el fin de la vida... de él nacemos, hacia él vamos, por él morimos... el sexo es Dios. *Causis generis*... el hombre es un holocausto ante ese altar... una antorcha resinosa de deseos, que la llama del Amor consume...

y, Leonardo Bauci estaba de rodillas ante el sexo; era el prisionero de su deseo;

aquella pálida flor de carne lo atraía con el encanto de los lagos cambiantes y profundos... cuando se inclinaba sobre ella sentía el vértigo voluptuoso de la muerte; el amor es un sol de Eternidad;

en los ojos patéticos de aquella mujer, ojos cambiantes de mar, dormía su vida, como en un lago profundo, acariciado de céfiros; la irisa-

ción de aquel espejo mórbido y lento lo hacía palidecer: ella encerraba su Destino; sentía que aquella boca enigmática y pálida, como una herida mal cerrada, guardaba en la humedad de sus labios fríos, la palabra definitiva, el vocablo oracular de su vida ya tan miserablemente rota;

ese seno túrgido y sin embargo inexorablemente enfermo, era la única blandura que le quedaba en su soledad profética, para reclinar su cabeza, que la tempestad había hecho augusta; él sabía que al reclinarse sobre ese seno, se reclinaba sobre un sepulcro; ¿quién vivía en ese corazón?... un muerto; él, Leonardo Bauci, no era sino un huésped fraternal de aquel tabernáculo enlutecido... aquélla era una alma en vela, en espera del milagro; su rara fe de Penélope no decaía; amaba... esperaba... su vida era un culto y una espera... la esperanza vivía en ella, como la estrella en la noche...

—¿Lo amas aún?—le había preguntado él, una vez, lleno de una tristeza retrospectiva y fatal.

—Sí...

—¿Lo esperas?

—Sí.

—Y, ¿si él volviera?

—Suya sería si él me amaba...

—Y, ¿yo?—sollozó él...

—¡Ah, pobre amigo!... tú eres otra cosa...

algo más sagrado que el amor, algo más alto... pero, ¿a qué entristecernos? ¿a qué hablar de eso? vivamos el momento de la vida, no ajemos la pobre flor que muere;

y, con sus delgados brazos liliales había ceñido la cabeza pensativa, obscura de tristezas, y sus labios se habían puesto en los suyos, fríos, como los corales en el fondo del mar;

¡y, aun aquella limonsa del Amor, él la amaba! ¡miseria irremediable del corazón!... estas confesiones le daban la impresión de un sufrimiento muy agudo, mezclado a no sé qué vaga dulzura que le venía de la idea de verse así vencido por su propio hijo...

la revancha del muerto no lo indignaba, gozaba con fervor extraño el sabor amargo de los besos, en esta pasión solitaria y ardiente, y sabiendo cómo su ventura era ilusoria, pedía al tiempo la misericordia de una espera antes de destruir su sueño de ventura...

aquella mujer era lo único que le quedaba de la ventura de su hijo... amarla a ella ¿no era amarlos ambos? la amaba tanto, que no había tenido el valor de romper su sueño, de decirle toda la verdad sobre la muerte de Germán; antes bien, con piadosas mentiras la consolaba; le había hecho una como ventura ideal y prismática hecha de visión falaz y piadosos espejismos, un jardín de esperanza, lleno de lirios míticos y rosas irreales;

había fingido saber por amigos suyos, no-

ticias de Germán, viajes a regiones inexploradas, de donde no podía escribir; y, llegó su indigna conmiseración, hasta encargarse de cartas para aquél, que nunca fueron despachadas...

¿cómo decirle la verdad? ¿cómo hacerle saber que aquel muerto adorado era su hijo; que él, Leonardo Bauci, tenía también la vida llena de aquel recuerdo, y de las horas lejanas y siempre presentes, de aquel grande Amor?

retrocedía ante la verdad, como ante un abismo abierto, que fuese a devorar su vida; se refugiaba en el silencio como en un jardín de olvido, único en que podía abrirse en seguridad el lirio critalizado de su pasión; la verdad deshojaría sus pétalos, moriría la gran flor como despedazada por el viento, arrastrada lejos, en una avenida eterna en un largo crepúsculo de otoño...

¡quedar solo! solo sin ella, sin el fulgor de sus ojos glaucos y profundos, donde se miraba como en un espejo de consolación, sin escuchar su dulce voz que lo mecía en la vida como un suave rumor de olas lejanas; no tener ya más la caridad de sus miradas y la limosna de sus besos... ¡quedar solo en el camino desierto! ¡solo ante la noche!... retrocedía loco de horror, estrangulado por la angustia ante esta inmediata idea de soledad... y, se abrazaba a su amor tardío, aquel triste amor vesperal, que era sólo suyo, y temblaba ante la

noche, que subía como un mar, bajo los cielos hórridos sobre los campos en desolación;

la soledad no es triste sino en esta hora de crepúsculo, cuando ya no hay sol, cuando la vida, vencida, comienza a entrar lentamente en la muerte como una selva en la noche... ¡todo se magnifica de horror en esta hora! todo tiene el terror desconocido que guardan las entrañas del sepulcro... ya no hay día; es la hora miserable en que el alma desamparada busca el calor y vueltos los ojos al sol que huye, tiende hacia él los brazos con desesperación;

la juventud no está nunca sola: el solo ritmo de sus arterias y el torrente impetuoso de su sangre, le cantan el himno triunfal de la ventura; salir de esa zona de sol, descender lentamente hacia la llanura melancólica, entrar voluntariamente en la sombra... ¡imbécil cobardía!

no hay dolor bastante grande en la vida para castigar la debilidad infame de vivir.

... ...

... ...

... ...

Sus veladas, eran graves y melancólicas... en la hora dulce de esa fraternidad enamorada, sus almas llenas de visiones recorrían el mismo cielo de sueños; la imagen del muerto, el recuerdo del muerto, llenaban sus corazo-

nes... se alzaba ante ellos, como el ángel del paraíso, prohibiéndoles la entrada en la felicidad;

sus almas fieras y rectas no se confesaban esas extrañas peregrinaciones; él, sabía en qué pensaba ella... ¿quién les diría la verdad de su corazón? y, subían en silencio, lentamente, hacia el vértigo de su duelo...

cuando sentían la incurable tristeza, llegando a sus almas como un himno odorante de bosques en la noche, leían sus autores predilectos, como para perderse en el río de las armonizantes bellezas y la pompa de las eternas melancolías... Elbina, amaba las poetisas: Marceline Desbordes-Valmore, por cuya casta y serena inspiración, tenía un culto cuasi fraternal; Judith Gautier; la condesa de Noailles; la de Goulain; Aimée Fabrègue; y la apasionada y exquisita Elena Vacaresco;

con qué dulce voz, rimada como las estrofas mismas, decía el final de: *l'Ame et la Mort*, de Antonia Bosu:

Je crois à la vertu, sérénité de l'âme,
Qui fait douce la vie au long des mauvais jours.
Elle est le phare où veille une suprême flamme
Sur le flot ravisseur de dieux et des amours.
J'aime un noble devoir comme une haute cime,
Je crois qu'ils ont tous deux un horizon sublime
Et que la paix du cœur vaut la paix des contours.

y, su voz, cantaba leyendo, como una alma prisionera en una flauta;

y, cual si viviese en el pasado, parecía sollozar:

Oh, je pleure en songeant à ce soir de décembre
Où glissait le bonheur en mes doigts enlacés!

y, él febricitante ante aquella tristeza, prisionero de esa alma que lloraba en los cantares, le respondía en los *Rondeles* de otra dulce canción; y su voz emocionante vibraba, como un adiós en la noche, sobre una colina, cuando decía:

O ma jeunesse, adieu! ta main quitte la mienne,
O suave jeunesse au souvenir divin,
Tu t'en vas au regret, moi je t'appelle en vain.
Ah, que de notre amour ton âme se souvienne!
O ma jeunesse, adieu. Ta main quitte la mienne.

y, en este ¡adiós! a su juventud sollozaí toda su alma;

y, ella, leía en la *Messe Bleue* de Noël Bazan:

Automne, triste automne, automne douloureux,
Prends mes rèves, prends-les et descends avec eux
Au tombeau grave où vont les calmes et les fièvres
Les sourires, les voix, les pleurs et les chansons.

y, luego, en un suspiro, que parecía condensar toda su alma, gemía:

Mon âme ne sait plus l'amour et ses frissons
Et nul baiser ne peut ressusciter mes lèvres.

pero, como si comprendiese todo el mal que

había hecho en aquel corazón doloroso que agonizaba cerca de ella, repetía como para él, para él solo, la sinceridad conmovedora de los versos de Rosemonde Gérard:

Toi dont la robuste tendresse
Me soutient, ô doux compagnon,
Des jours de joie et de tristesse
Je viens te demander pardon.

y, sus dulces ojos se volvían hacia él, que la abrazaba entonces, y la besaba en la frente, dulcemente, tan dulcemente como un niño dormido...

y, quedaban así unidos, silenciosos, ante el abismo de sus corazones, absortos ante el enigma pavoroso de las almas.

¡Oh, cómo el Amor es triste!

Leonardo Bauci tenía más que el horror, el odio violento de la paternidad;

la obra de la fecundación, le parecía obra de crimen y de miseria: obra cobarde;

¡imponer la vida a seres que no pueden defenderse de ella! despertar creaturas de la Nada, para lanzarlas en el dolor, en la angustia, en la voraz tortura de la Vida, le parecía infame y cruel;

perpetuar la obra mala de la naturaleza ciega y productora, hacerse el cómplice de los dioses en la perpetuación de este horror inconmensurable y lamentable que se llama la Vida, lo hallaba de una odiosidad repugnante, obra de una torpe animalidad, ciega a la misericordia;

a la muerte de su hijo, aquel odio de toda su vida se había acrecido hasta la neurosis; cerca al retrato de aquél había jurado no dar vida a nuevos seres; frente a la Muerte había ju-

rado el odio de la Vida; no, él no fecundaría, o al menos no dejaría abrirse a sus ojos, la flor odiosa que su pasión sembrara; el odio de su simiente era una obsesión;

soñaba en la noche con vientres odiosos hechos grávidos por su amor, con fetos deformes que él extraía de allí para arrojarlos al viento y al espacio... y, extendía sus manos en la sombra, en un gesto colérico de estrangulación...

desde que el amor por Elbina, había entrado en su cuerpo como una fiebre, la idea de la paternidad lo había perseguido también, pero la excesiva debilidad de su querida, y los más refinados preservativos de la higiene, lo aseguraban contra todo evento de fecundación;

y, la calma entró en su vida antes tan tumultuosa, como el reposo en un paraje de sol;

la ley fatal reside en el fondo del Destino, ciega e inexorable...

Elbina, cuya salud florecía como un rosal en primavera, bajo las dulces ternuras que rodeaban su existencia, empezó a sentirse mal; náuseas, languideces, inapetencias...

él, absorto ante un libro al cual daba los últimos toques para su publicación, no daba mayor atención a esas novedades de mujer, que él atribuía a la Naturaleza, tan cruel con ese sexo, con ese niño *doce veces impuro* de que habla Vigny;

ante la ausencia de ciertas novedades, se

creyó en algún desarreglo grave y se consultó a un médico;

la brutal respuesta dejó a Leonardo Bauci anonadado... ¡Elbina estaba encinta!...

un rayo caído a sus pies, lo hubiera sacudido menos brutalmente...

¡era el fin de su idilio! ¡era su ventura evaporada!; no era la Muerte, era la Vida, que entraba por las puertas, armada contra su felicidad...

su amor, todo su amor, crecido en el abismo de las lujurias, se sintió morir de súbito, como en un anonadamiento fatal...

y, un odio, un inmenso odio de tigre, surgió en su corazón, contra aquel vientre maldito, que había fecundado su simiente, y en el cual se movía la vida como una maldición contra su Destino... un ímpetu ciego de atravesarlo a puñaladas, le venía a la mente;

entonces no vaciló;

inexorable como en todas las cosas que se referían a su ventura, fué directamente al fin;

cambió los medicamentos, enviados de la farmacia, por los más fuertes abortivos: Elbina sufría horriblemente, pero el fin deseado no se consiguió; su castigo se empeñaba en vivir... ¡ah, él lo mataría! en este duelo ya empeñado entre su hijo por nacer y él, él vencería, él mataría, él anonadaría, ese enemigo, refugiado en el claustro maternal como en un abrigo inviolable;

sin fórmulas y sin piedades inexcusables, abordó francamente el asunto con Elbina; era necesaria, indispensable, una operación; la joven retrocedió aterrada... ¡eso jamás! ¿matar su hijo? eso nunca;

ante esta rehusa formal, la cólera de Leonardo Bauci, no tuvo límites...

esa mujer, ¿era pues su enemiga? ¿entraba también en lucha contra su felicidad? ¿para eso la había recogido, la había protegido, la había librado de la miseria y de la muerte?... ¡para eso! para que viviera contra él...

un rencor ciego, un odio cruel se apoderó de su ánimo, contra aquella mujer, que se alzaba así en su camino, amenazando su ventura...

frente a este duelo inexorable, a este enemigo imprevisto, su vida cambió por completo;

huraño, sombrío, implacable, no tuvo ya sino un solo pensamiento: matar; matar su vida; anonadar su simiente;

en las noches, mientras Elbina dormía, él, se inclinaba sobre su vientre y escuchaba, ponía las manos suavemente... le parecía sentir la vida odiada germinar allí, moverse allí... y, llamaba sobre ese vientre fecundado por él, todas las desgracias de la tierra;

ante nuevas rehusas de Elbina a sufrir la operación libertadora, todo comercio de cuerpo y de espíritu cesó entre ellos; él, la trató ya como enemiga;

imperativo, brutal, no ahorró desprecio ni humillación que no le prodigara...

en escenas de una crueldad revoltante, él, le ordenó muchas veces abandonar su casa;

ella, no era ya allí la mujer amada, era como un animal apenas tolerado;

el idilio se había trocado en un calvario para la mujer desventurada, que se rebelaba a dejar matar el hijo refugiado en sus entrañas...

Elbina sufría resignada, sin palabras, sin reproches, llena de una doble dulzura, aquella brutalidad que la mataba...

su salud tuvo una recaída súbita, y su tuberculosis, apenas dominada por la ciencia, reapareció en una nueva crisis.

Leonardo Bauci tuvo una gran esperanza; ¡si la tisis la matara! y, la muerte, que hace pocos días se le aparecía como una amenaza, como la brutal extinción de su ventura, se le presentaba ahora como salvadora, como la única protección de su felicidad; ¡eso es el hombre!

pero la muerte no llegó;

entonces Leonardo Bauci apeló a la astucia;

teniendo cartas de Germán, acudió a un calígrafo, para que imitando la letra de aquél, escribiera cartas de una ternura inusitada, anunciando su próximo regreso, y las mandó a su país, para que de allí fueran remitidas con la estampilla respectiva... y, las cartas llegaron... Elbina deslumbrada, desconcertada por aquella felicidad, miró cara a cara su situa-

ción... Germán debía ignorarlo todo... y, su maternidad la denunciaría... era pues preciso suprimir su maternidad;

entonces, ella misma vino al sacrificio, y manifestó sumisa a Leonardo Bauci, su voluntad de ir a casa de la *faiseuse d'anges*, la comadrona que debía extirpar el germen denunciador;

pero, como eso es muy peligroso en París, donde la policía vela paternalmente por la propagación de la especie, se buscó una, fuera, en una aldea vecina, donde la autoridad aldeana duerme como Homero;

y, Elbina partió;

él mismo, la acompañó hasta la estación, desarmado ante esta sumisión que lo libertaba, aunque no era ¡ay! sino un sacrificio al amor de otro; eso le era ya del todo indiferente.

Elbina, ya muy enferma, partió sin embargo, sonriendo a la esperanza; su amor, su solo amor la transfiguraba; iba serena a dar la muerte, y no temblaba; así como habría ido a dar su vida por su amor...

un germen de odio a Leonardo Bauci, despuntaba en ella... no era su brutalidad, era su paternidad, lo que ella no le perdonaba... confusamente, vagamente, pensaba así, pero su alma noble no se detuvo en estos pensamientos y volaba más alto, más alto, hacia la gloria pura de su amor; amor que no es capaz del crimen, no es amor.

Leonardo Bauci respiró;

su alto y salvador egoísmo parecía haber matado en él, o al menos adormecido, aquella que él creía la última y más bella pasión de su vida: ¿amaba verdaderamente Leonardo Bauci? ¿era capaz de amar? él mismo, se lo preguntaba en ocasiones, ante el tumulto confuso de su alma;

la dulce y triste figura de Elbina, ya apaciguada y pacificada, llena de resignaciones, serenada por la ausencia, volvió a alzarse en su corazón, con una mansedumbre llena de blancuras, como una hostia en la penumbra;

disipado a sus ojos el peligro, ahogada, exterminada la simiente fatal, su amor resucitaba y pugnaba por alzarse de nuevo, como un sol de fuego, magnífico y dominador;

¡qué ser de incertidumbre, de debilidad, y de mentira es el hombre! nada hay durable, nada hay cierto en su corazón... la verdad no reside en él; su alma es como la superficie del mar, cambiante, instable, movediza... ¿qué vida tienen las nubes que se retratan en las olas? ¡movible el cielo, movible el mar! todo es instabilidad, como en el alma de los hombres;

vivimos de la apariencia de las cosas... no hay cierto sino la incertidumbre; formas, matices, apariencias... dilución de contornos en lo infinito de las cosas... eso es la Vida... y, aun creemos que vivimos: como un lago bajo la tempestad, así es el corazón...

... ...
... ...
... ...

Las primeras noticias que llegaron del campo en donde estaba Elbina, fueron muy buenas; la operación había logrado su objeto; las manos sabias de la extirpatriz, habían anonadado y extraído bien el germen maldito; bajo sus dedos herodianos, la vida había muerto sin nacer...

¡oh, ventura! ante su simiente triturada, anonadada, se sintió feliz...

¡ya podía amar libremente a Elbina!... la amenaza de la paternidad, al disiparse, mostraba otra vez, rojo y ardiente el deslumbrante sol de su pasión... y, por uno de esos fenómenos de que sólo es capaz el miserable corazón del hombre, condenado al absurdo, rudimentario y obscuro como un cráter, se puso a amar perdidamente a la ausente y se hundió de nuevo en las ardientes tinieblas de su pasión carnal, fascinante y extenuante...

la fuente inagotable del deseo se abrió otra vez en su corazón voluptuoso, inexorable, inagotable, y, deseó ardientemente las carnes blondas, llenas de supremos regocijos, los grandes ojos de mosaico, brillando como soles a través del azul aterciopelado de un cielo triste, las grandes bandas cobrizas de los cabellos de orfebrería, con manchas violentas de som-

bra, donde se quebraba la luz como en las ondas incoloras de una mar equinoccial, y los divinos labios melancólicos, como uvas marchitas por el sol, y en los cuales había apurado él, todo el encanto de las supremas embriagueces...

aquella mujer lejana le pareció más bella que antes y comprendió que no podía separarse de ella... todas sus ternuras antiguas, todos sus deseos antiguos, le subían al corazón en un flujo desbordante... ¡oh, la divina visión, toda perfumada de aromas de voluptuosidad!... ¿cómo había pensado en desprenderse de ella? ¿cómo había querido arrojarla fuera de su vida? el odio de su simiente lo había cegado... y, se estremecía nerviosamente al recuerdo de sus ingratitudes, de sus brutalidades, que hoy se le hacían odiosas y monstruosas... ¿cómo había podido hacer llorar tanto aquellos ojos prismáticos que eran como el espejo de su alma?... una sed infinita de hacerse perdonar le subió al corazón... la imagen de la amiga lejana, lo llenaba de un dulce enternecimiento, bocanadas de recuerdos le traían la imagen querida, entre paisajes de adoración... y, el pensamiento caía vencido en esta lucha enervante con la pasión... ¡el corazón es un escollo... solo..., solo, en el Misterio!

nuevas cartas vinieron a sembrar la turbación en la sombra maravillada de su alma: El-

bina retrocedía en su curación; una hemorragia imprevista se había presentado, y, su debilidad orgánica no podía casi resistirla...

la comadrona asesina que había hecho la operación, escribía alarmada, pidiendo que fueran por la enferma, pues si una catástrofe tenía lugar en su casa, la ley descubriría su inmundo tráfico...

un justo cuidado de su propia dignidad impidió a Leonardo ir a buscar a Elbina, pero ordenó que fuese remitida a París, con todos los cuidados necesarios;

y, esperó con el corazón lleno de incógnitas tristezas y de graves presentimientos; otra vez su vida volvía a obscurecerse... estaba escrito que la serenidad no sería nunca en su alma;

como en ciertos parajes del cielo la tormenta no daba tregua; era una sucesión de borrascas; era el castigo de su miseria de luchar, de su miseria de amar; era su naufragio entre dos abismos... y, rodando así, de luz en luz, de sombra en sombra, alzaba su cabeza supliciada, orgullosa en un crepúsculo de soles... ¡solo, como un mundo en el silencio!

en los falsos caminos por donde la pasión nos lleva, se llega a este estado de crítica impotencia, de debilidad lúcida, en que nos vemos obrar contra nuestro Destino, y quedamos inmóviles, incapaces de detener el sacrificio... el amor es un anonadamiento;

¡cómo fueron dolorosos y tiernos los dos

días que precedieron a la llegada de Elbina!;

la imagen de la amiga, surgía, crecía, luminosa, radiosa; la mujer amada, la mujer deseada, aquella que arroja el olvido sobre todo un pasado de amores quiméricos, la mujer rara, que os viste de entusiasmos y os da alas para volar por la vida, la enigmática, la fatídica, reaparecía entera en su corazón... ¡oh, la única, la fiel amiga que le había dado un momento de paz!

todas las horas felices, todas las alegrías pasadas reflorecían en su corazón, ante la larga teoría de paisajes encantados y calmas silenciosas;

el hombre se agita fatalmente, eternamente ante la quimera; nadie lo librará de su inquietud, de su debilidad, de su miseria: son su lote sobre la tierra; mirar el dolor divinamente; mirar el dolor serenamente; ir hacia él desnudo y desarmado: eso es la Vida;

la noche anterior a la llegada de Elbina, Leonardo Bauci febricitante, inquieto, lleno de sensaciones tumultuosas y amargas, presa de un éxtasis doloroso y de tristezas encantadoras, exasperado en su amor terrible y maravilloso, no pudo dormir; no entró en su casa, donde la soledad le hablaba de dulces recuerdos y dichas evaporadas; se volvía ávidamente hacia el mañana, y lo esperaba en una como obsesión enamorada que tenía las facciones del espanto...

pasó la noche en un café del *Boulevard*, queriendo aturdirse, hipnotizarse de ruido, olvidarse de sí mismo, mientras llegaba la hora de abrazar la Bien Amada... y, se deleitaba con el beso apasionado, que daría sobre los labios tristes, y le parecía sentir ya, sobre su pecho, el peso de la cabeza adorada, esa cabeza de auréolas, que parecía una gloria...

desde por la mañana estuvo en el andén de la estación, paseándose inapaciguado, inquieto, interrogando los empleados sobre el itinerario de los trenes, observando el horizonte, sin apercibirse de las bellezas del cielo donde agonizaban exquisitas melancolías...

al fin el tren llegó;

como un loco, corrió hacia todos los wagones, inquiriendo con los ojos todas las portezuelas, para descubrir aquélla, por donde debía descender ella;

al fin alcanzó a verla; inmóvil en la puerta de un coche; le tendió los brazos para recibirla, e hizo un esfuerzo bárbaro para no sollozar; aquello no era una mujer, era un espectro; era el fantasma de la belleza y de la juventud, que se evaporaba, como un perfume de rosas en la tarde;

la operación la había matado;

la hemorragia sobrevenida, se había unido a la implacable tisis, y aquella flor de encanto, flor de dolores, sucumbía.

Leonardo Bauci quedó aterrado... aquélla

era su obra; su terrible egoísmo había sacrificado aquella mujer... él, la había matado... Elbina volvía sin traer ya la vida, la odiosa vida, en su seno; pero, volvía trayendo la muerte, la muerte implacable, que no perdòna...

la bajó en brazos, del carruaje; Elbina sonrió, con una sonrisa de resignación cuasi divina;

partieron en un coche;

al llegar a la casa, la primera pregunta, fué:

—¿No hay carta?

—Sí—dijo él, pensando en la última, que había hecho venir por conducto de un primo suyo, residente en su país, y al cual había contado parte de la triste historia, para interesarlo en la piadosa mentira; éste, había juntado a la carta, el último retrato de Germán, en traje de campaña, y unos pétalos de flor, junto a las frases más amantes, anunciando su regreso, para muy pronto, al fin de la contienda, que ya acababa, por anemia bélica:

Elbina, se transfiguró de felicidad, y como si hubiese apurado algún maravilloso licor, sus mejillas se incendiaron, sonrió al sol y a la vida, besó con pasión, la carta idolatrada, y cerró los ojos, como para entrar ampliamente, en la atmósfera lúcida del sueño...

él, le cerró los ojos con un beso triste, y la dejó entregada a la dulce ilusión que la hacía vivir;

el corazón henchido de beatitud, Elbina lloró dulcemente; un reparador llanto de felicidad;

él, la miró llorar, hundida en esta embriaguez de ventura, lleno de una extraña sensibilidad, ante aquella felicidad que parecía un crepúsculo... y, se calló largo tiempo.

—Perdóname—dijo ella volviéndose hacia su amigo;

y, reclinó sobre el pecho varonil la cabeza triste, como para sentir cerca aquel corazón lleno de tumultos...

y, un gran soplo de melancolía, pasó por aquellas almas, como bajo un cielo incoloro, sobre un río de silencios;

la mentira misericordiosa, hacía efectos anestésicos, pero no destruía el terrible mal;

haciendo esfuerzos sobre su debilidad, Elbina se alzaba del lecho y ensayaba andar, pero, las fuerzas le faltaban, y debía renunciar a la empresa; sentada en una *chaise longue*, cubierta de pieles, pasaba los días largos y tristes de la fiebre, con un libro de versos en la mano, silenciosa y soñadora; ¿en qué pensaba? en el ausente; la esperanza brillaba en su sombra profunda, como un sol...

un día, no pudo ya levantarse del lecho; entonces, fué preciso llamar un médico, un viejo médico de barrio, que no vió en la enferma, sino una joven tuberculosa, a la cual el aire sano

podría prolongar la vida, y ordenó llevarla al campo.

Leonardo, que ya había pensado en eso, arregló todo y partieron para *Saint-Maurice des Alpes*, la aldea saboyana, desde cuya dentellada agreste, como a través de un prisma colosal, alcanza a verse *Chamonix*, solitario en la escalada obscura que lleva al valle, cerca al lago de una pureza divina, verdoso, transparente, como una difusión de ágatas;

¡oh, cómo fué triste el viaje, cerca a la querida enferma, en la noche solitaria, de la cual el apaciguamiento parecía prorrumpir a lo lejos en grandes gritos de espanto!

Leonardo Bauci había tomado un wagón reservado, para poder estar solo, al lado de la Bien Amada;

así, apenas la colocó en el estrecho lecho, se sentó silencioso cerca de ella, después de cubrir la luz con la cortina verde que hace tan extrañamente lúgubre la calma de los wagones en silencio...

y, la miró vencida por la fiebre, calmada bajo la influencia de la morfina, extenuada, flébil, apenas visible bajo las grandes pellisas que la cubrían;

la luz acuática-marina que se filtraba a través de la tela verde que cubría la lámpara, hacía grandes huecos de sombra y rectángulos negros, en cuyas desgarraduras fantasmagóricas parecían crecer vegetaciones extrañamen-

te ranunculares, como en el fondo de un remanso lagunario, en la dulce quietud de las aguas armonizantes;

la pupila pálida de aquella lámpara de agonía cayendo sobre la enferma, hacía más tenues las diafanidades de la piel, cuasi espectrales las palideces del rostro exangüe, más enigmático el pliegue de los labios amargos, que parecían plegados en un gesto de eternidad, turbadora hasta lo infinito la opulencia astral de los cabellos, que nimbaban de auroras blondas aquel rostro enrojecido por el pincel lumino-calórico de la fiebre voraz, y envolvía en penumbras de un cromatismo raro, la adorable cabeza refugiada en la sombra, como una rosa muerta bajo las estrellas;

las pestañas inmensas proyectaban sombras profundas sobre el globo alabastro de los ojos cerrados, sombra como de zarzales negros, sobre la calma hialina de los lagos hiperbóreos... la boca triste se hacía cuasi angustiosa, pavorosa, con algo de eterno y de infinito, como una interrogación sobre la nieve... vuelos espiraloides de la luz, inmaterializaban aquella figura efímera, cuyo cuello delgado, descubierto, semejaba el de una ánfora toscana que hubiese contenido vino de Fiesole;

en el denso silencio, donde el ojo humano apenas veía la cambiante apariencia de las cosas, él, le tomó la mano, y casi de rodillas la miró dormir; aquella mano ardía como una

brasa, y el pulso apenas se sentía palpitar bajo la piel;

¡cómo crecía su amor ante aquel ser frágil, asesinado por él, y hacia el cual se sentía ya marchar lo Inexorable!

su corazón, su carne toda, asesinados por el dolor y la voluptuosidad, temblaban en la desolación de la hora, movidos por un grande y desesperado amor, hacia esa forma tenue, cuasi desaparecida que apenas se dibujaba allí como un sueño de luna...

y, un gran deseo le vino de morir también al lado de aquella carne asesinada, que guardaba aún el recuerdo de las caricias pasadas;

su espíritu extraño y adivinatorio hizo el gesto negativo y sensorial de aquellos que han matado su corazón... y, lloran sobre él...

ante aquella imagen de la muerte imperante tuvo un grito de rebelde... ¡estéril rebeldía! ¿qué somos? ¿qué valemos contra nuestro corazón?... ¿a qué tender la vista hacia algo de estable, si no se fija el gesto del Destino, si es imposible encadenar la Nada?

afuera, la noche gemía como un grande órgano sonoro; el crepúsculo había muerto en tonalidades anaranjadas, que cubrieron la llanura como de un mar de miel, y bajo la suavidad del cielo de un heliotropo pálido, que las hacía semejar aguas movibles, azafranadas por el fulgor de astros lejanos...

y, él saludó la primera estrella, que apareció

en la taciturnidad firmamentaria, en las vicisitudes esplendentes de aquellos cielos en metamorfosis; la saludó con una mirada de desesperación, como si temiese de ella que pudiese llevarse en sus redes de luz, esa blancura inerte, gemela de la suya, que dormía entre las pieles negras, al borde del eterno abismo;

el tren filaba en un vértigo de velocidad; era el *express* de Roma, que devoraba las distancias como una bestia en fuga perseguida por lebreles;

las estaciones se sucedían unas a otras, como devoradas por la voracidad creciente de la noche, y él, absorto por su dolor hipnotizante, las oía nombrar con un grito gutural, como un grito de fiera perdida en la sombra;

indiferente a las solemnidades limítrofes que lo rodeaban, ante los senderos artificiales que la luz abría en los campos negros donde perfumes pesados de una flora campestre llenaban el aire de aromas sofocantes, que atenaceaban los nervios, y hosco ante la gran noche extática, se refugiaba en su dolor, y su corazón sollozaba ante el infinito latente y confidente, ante la calma letal de aquel paisaje perfumado como una tuberosa;

las cosas exteriores son pequeñas, indiferentes, en el espacio estancado como un miraje perpetuo; nada pueden sobre la paz ritual de nuestro corazón... ¡pobres cosas, tristes cosas, ínfimas cosas; ellas también sufren!... sufren,

y no son sino una apariencia, una forma, en la armonía triste y desesperante de la Vida...

y, él miraba, miraba infinitamente, de rodillas ante el ídolo de su corazón... y, sufría del castigo de esa idolatría, a la cual había dado su esperanza, cándidamente...

y, su dolor crecía siempre inmensamente, desnudo, inconmensurable como un cielo;

y, sintió cómo la mendicidad de su corazón era vasta, vasta como el espacio;

y, vió que no había limosna terrestre, para su soledad espantosa, que era como el principio eterno de la muerte...

... ...

... ...

... ...

Caricias de frescuras se levantaron al fin sobre la tierra, levemente estremecidas en una lenta vibración de vida; el alba rodaba en la penumbra, y lentamente en esas claridades lívidas las siluetas rosa y malva, de montes lejanos, se erigían en el horizonte, en la gloria blanca de la hora matinal hecha toda de purezas, en el presentimiento de la luz;

el tren parecía deslizarse hacia la claridad difusa, como si se libertara de una cadena de sombras y, entraba como enloquecido en las gargantas de la Saboya;

era una visión pastoral y agreste, en el horizonte vasto, hecho todo de acritudes; en el eri-

zamiento prodigioso de las montañas, el *Signal*, alzaba su frente borrascosa, sobre la cadena de *Lépine*, como una galera encallada en un mar de nieve; era como una tapicería de rocas cinceladas, multicolores, como gemas de un esmalte; arboledas profundas, como refugios adorables de Amor; senderos blancos como para voluptuosos peregrinajes hacia las obscuridades cómplices; todo emergiendo de la sombra, del vasto imperio del silencio y de la soledad;

esa luz matinal hizo abrir a Elbina los ojos pesados de fiebre y de morfina, llenos de un sueño malo, como una aglomeración de visiones; se incorporó penosamente.

Leonardo fué en su auxilio, la tomó en los brazos, arregló en torno suyo los cojines dispersos, la acarició como un niño, la besó en la frente sudorosa, y la abrazó tristemente contra su corazón.

—¿Has dormido bien? amor mío.

—Sí.

—¿Sufres?

—No.

su voz era débil, como un gorjeo de pájaro, y de sus ojos febricitantes, se escapaba la gratitud como un himno.

—Y, tú, ¿has dormido? amigo mío.

—Sí, toda la noche;

y, la mentira corrió de sus labios como una miel de misericordia, y se extendió como un

bálsamo sobre los bordes de aquella herida incurable...

y, su corazón cargado de verdades, se miró en los pozos grises de aquellos ojos cargados de penumbras, ojos que esa mentira hacía luminosos, como lagos de asfalto heridos por el sol;

haciendo un esfuerzo penoso, Elbina se sentó en el sofá, arregló sus cabellos bajo la toca negra, y penosamente apoyada en el brazo de Leonardo se acercó al cristal de la ventanilla y miró ávidamente, largamente, casi vorazmente el paisaje...

el tren filaba ya en plena Saboya;

un aroma de fragancias resinosas, densificaba la atmósfera, como venido de muy lejos, de los últimos rincones de la sombra, ya casi disipada por completo;

la magia de las perspectivas lejanas llenaba el horizonte... las siluetas misteriosas y gigantescas de los Alpes, se revelaban progresivamente, como islotes de una mar inmóvil y formidable, alumbrados de glorias fulgurantes; las montañas descendían abruptas hacia el lago *Bourget*, idílico y triste, en cuya copa de rocas donde se mezclan todo el índigo del cielo y los oros del oriente, las cimas proyectan sus masas grises, en la armonía de una vasta contemplación;

enorme y accidentado, el paisaje se extendía por el valle angosto y blondo, y la teoría

de rocas grises y azulosas, estriadas en venazones multicolores, daban a la Naturaleza no sé qué horror de cataclismo, como surgido de un grito bíblico... largas filas de abetos blancos, se escalonaban como en lenta ascensión a la montaña, y semejaban siluetas de monjes meditativos, escapados a la cercana abadía de *Haute-Combe*, que alzaba sus torres blancas en la paz religiosa del paisaje...

los bosques de *Vimines*, se extendían allá, con tonalidades de bronce, obscuros, misteriosos, lejanos, como un estuario quieto, inerme en la caricia de los vapores matinales;

el *Granier*, horizontalizaba todo el paisaje, como un gran grito de púrpura, una enormidad de esplendores, inmóvil en el encanto engrandeciente de la hora, triunfador en la vastitud de las tinieblas, en el admirable desierto blanco de las cimas heladas...

en la derrota de las sombras, un perfume de rosales en flor llenaba la campiña; una exquisita melancolía, que parecía bajar del cielo, de un color perla azafranado, sobre el paisaje en reposo, llenaba la hora, y envolvía como una atmósfera la silueta grácil de los árboles, la línea verde de los bosques ahogados en la penumbra, y los reflejos luminosos del lago, en el cual la lineación violescente de las montañas, hacía visiones disimétricas, como grandes bloques de níquel, sobre un abismo de la-

zulita, en el cual grandes franjas diáfanas retrataban la quietud firmamentaria...

con la frente pegada a los cristales de la ventanilla, con la mano en la mano de Leonardo, en una actitud de éxtasis, Elbina, seguía las peripecias del paisaje wagneriano que se desarrollaba a su vista como una superposición de sensaciones objetivas, como la superficie movediza de un río, reflejando el esplendor de los campos diafanizados;

su torso se alzaba, inclinado bajo las pieles sedosas de las cuales apenas emergía el rostro exangüe, como una cristalización de blancuras.

Elbina soñaba;

y, él, la miraba soñar, con una angustia penetrante... él, sabía bien en qué soñaba, con quién soñaba... y, su pensamiento seguía el mismo vuelo... y, la misma sombra los esperaba al fin como una emboscada... ambos pensaban en el ausente, que llenaba su alma de una presencia real... ¡se vive en el pasado, se muere del pasado!... no se escapa nunca a la obsesión de los muertos; sin ojos ellos nos ven; sin labios ellos nos hablan; no hay realidad igual a su apariencia... la vida es eso: una apariencia de la muerte...

la fatiga de la noche había agotado talmente las fuerzas de Elbina, que aquella estadía en pie la rindió; no pudo continuar, sintió un

vértigo, se apoyó en el hombro de Leonardo, y desfalleció en sus brazos...

él, la llevó alzada hasta el sofá, le friccionó los témpanos con alcoholes aromáticos, le hizo aspirar sales inglesas;

aquella solicitud conmovía a Elbina, que agradecía con miradas profundas, que eran como un cántico mudo de gratitud...

un rudo acceso de tos le vino entonces, se sacudió bajo él, tembló como un árbol bajo la borrasca; gemía desgarradoramente...

vencida, anonadada, quedó exánime... reclinó la cabeza en el pecho de Leonardo; parecía muerta;

éste, la llamó a grandes gritos desesperados:

—¡Elbina! ¡Elbina!...

Abrió los ojos brumosos, llenos de penumbras, y lo miró vagamente, como si volviese de limbos muy remotos...

—Elbina, Elbina—sollozó él...

—No es nada, no es nada—dijo ella débilmente, intentando sonreír;

él, la abrazó con desesperación, ante esta visión de la muerte en los ojos adorados;

y, ambos temblaron en conjunto, en ese silencio lleno de amenazas...

¡Cómo la muerte es augusta!...

... ...

... ...

... ...

El tren llegó a la estación de *Aix-les-Bains;*

alarmado por este síncope terrible, temiendo que la debilidad exagerada de la enferma, no le permitiera continuar sin peligro el viaje de aquel día, Leonardo resolvió hacer alto en la célebre estación balnearia.

Elbina pudo penosamente descender del wagón y tomar el coche que los condujo al hotel;

tres días pasó en el lecho, presa de las ficciones de la fiebre, inerte en una laxitud atáxica; los ojos cerrados, el pensamiento ausente, parecía huir del horror y la demencia, de las cosas exteriores... el silencio mismo le parecía lleno de hostilidades;

la blanca soledad del cuarto parecía compartir el espanto resignado de su espíritu... y, bajo el desastre que doblegaba sus esperanzas, todo su ser parecía rebelarse inútilmente contra la inevitable catástrofe...

la gran visión, y el gran sufrimiento de su amor, parecían refugiados en una calma ficticia, a la sombra de sus párpados cerrados, pesados como grandes cortinajes de una capilla mortuoria... impotente ante el dolor parecía dejarse morir sin desesperación.

Leonardo velaba al lado del lecho, en la lúgubre soledad, y la abrumadora tristeza, de esa cámara poblada de hálitos de fiebre, y vagos silencios de necrópolis;

poco a poco, la quietud, la alimentación, el

régimen medical, reaccionaron sobre la juventud de Elbina; su temperamento se sobrepuso a la crisis, y la vida apareció de nuevo en sus ojos, abiertos a la luz como dos flores resucitadas.

—Amigo mío—decía ella besando con gratitud la mano de Leonardo—, ¡qué sacrificio os imponéis! ¡Gracias! ¡Gracias!

—Callad—decía él, cerrando con un beso sus ojos espejeantes y diamantados, en los cuales creía él, ver renacer otra vez las visiones expectantes de la fiebre;

entonces ella se gozaba en acariciar, lentamente, los negros cabellos de Leonardo, en uno como gesto litúrgico de hipnotización, y ponía besos silenciosos, como apósitos lenitivos, sobre la frente triste, que ella sentía azotada por un viento de borrasca;

afuera, el jardín se extendía en una indolente beatitud, evocando la imagen de los grandes jardines italianos, sembrados de naranjos, deslumbrantes de sol; perfumes de flores esparcían en la cámara un entibiecimiento de sueño, como prematuramente entrado en la hora violenta y misteriosa de las tinieblas nocturnales;

en el benéfico silencio de las cosas, sus almas enardecidas, temblaban ante la palabra, y en ese mutismo acorde sus corazones se desangraban herméticos, verídicos, en el holocausto de su religiosa sinceridad;

una tarde, mientras el jardín nocturno, empezaba a dormirse bajo el vago claror de las estrellas, oyeron en la penumbra tierna la voz de los cantores ambulantes, que al pie de sus ventanas, ensayaban preludios, en la quietud del aire entibiecido...

bien pronto la melodía ardiente de las voces, subió suave, deliciosa, lánguidamente, bajo los árboles jóvenes hacia los cielos eternos; la voz de un niño, que semejaba una voz de mujer, sonaba, cadenciosa, vibrante, lírica como un solo de flauta, repitiendo el ritornelo apasionante:

Oh, amore, amore mio...
Per te voglio morire...

y, cuando el niño callaba, el arpa hacía aún la ficción de voces delirantes gimiendo perdidamente como una inmensa pena gritando en la soledad:

Oh, dolce amore mio,
Dove voi siete?...

desfallecientes, absortos, se daban sin reserva al encanto cautivador de la música, al sortilegio de la enervante melodía...

largo tiempo duró aún la voz del niño gritando en el silencio, bajo el miraje de los cielos plácidos... y, era como la canción de un

pájaro sin memoria de la selva, ante la placidez hipnótica del paisaje indiferente;

y, sus dos pobres almas torturadas, sollozantes en la penumbra, vagaban en los mares del silencio hacia las playas milagrosas del recuerdo...

él la veía pensar, la veía sufrir, inmóvil en la sombra, maravillosamente pálida, en el duelo astral de sus ojos extáticos... y, seguía el vuelo de sus pensamientos... ambos seguían el mismo rumbo... iban hacia el ausente;

el muerto llenaba sus vidas como una soledad... el muerto imperaba, el muerto triunfaba, sobre los sueños, sobre las esperanzas, sobre el dolor mismo de aquellas dos almas supliciadas; él residía todo entero en sus almas y era toda la divinidad de sus corazones... en ese momento no se sentía sino su presencia, llenándolo todo, en aquellos espíritus vencidos en un gran gesto de adoración...

adorar es arder, es consumirse; adorar es morir... ellos morían... la voracidad de la llama devoraba su corazón; todo ídolo devora al adorador; toda adoración es una muerte...

el paisaje se había desvanecido con el sol, en una soledad de ámbar; una ternura infinita parecía desprenderse del anonadamiento de las cosas entradas en el vértigo del silencio; los rosales embriagaban; parecían cantar en la noche; se dirían grandes ópalos líricos enamorados de las aguas verdes, que los retrataban

como grandes ojos de mujeres en un espasmo de amor; era dulce aquella caricia del silencio sobre esas almas crepusculares;

tales melancolías asaltaron el alma de Leonardo Bauci, que por consolarse tuvo necesidad de estrechar contra su corazón aquella cabeza pálida, tan pálida que parecía una perla... y, con un orgullo tan grande como su dolor, la retuvo allí prisionera, al amparo de sus besos, como para protegerla de tantas cosas fatales, que no eran acaso sino otras tantas formas de la muerte;

y, una angustia inmensa asaltó su corazón impotente contra la fatalidad, no pudiendo nada contra el Destino, que lo terrificaba; el espanto de lo inminente, lo cubrió como un crepúsculo lleno de lamentaciones...

y, soportó su propio silencio: inútil como la vida...

el silencio es la lengua de la Verdad...

... ...
... ...
... ...

Dos días después, Elbina pudo alzarse del lecho, y salieron en coche, fueron hacia *Marlios*, por el camino de *Chambéry*, visitaron las grandes grutas y volvieron hacias las riberas del lago diamantino y cromático, lleno de visiones tentaculares, y desde la terraza de un café, miraron morir el sol tras de los Alpes,

llenos de nimbos tembladores, fosforescentes, hidrófilos en la sonoridad cantante del paisaje;

y, regresaron entre las fragancias enervantes de los jardines, ante la inmensidad desierta de luz, donde la silueta brusca de los montes emergía nebulosamente, y sus cimas como eterizadas eran una luminosidad...

por la noche concurrieron al *Casino* y a la *Ville des fleurs* donde la belleza melancólica y mortal de Elbina, un momento victoriosa, llamó la atención enternecida de todos;

en los pliegues discretos de su traje malva pálido, bajo su gran sombrero adornado de orquídeas, sobre el seno un pesado ramo de violetas, era como una visión de sueño, idealizada, misteriosa, turbadora, ante la cual gemía el alma de los jardines solitarios;

al día siguiente partieron;

llegados en tren hasta *Chambéry*, allí se apearon para seguir en coche hasta *Saint-Maurice;*

y lentamente, bajo un sol benéfico de rayos acariciadores, en una decoración de belleza inmutable, hicieron la ascensión;

los grandes montes dentellados que hacían horizontes pétreos, quedaron pronto a sus pies, como pedestales derruídos; los torrentes rugidores, antes suspendidos sobre sus cabezas, como amenazas tronitantes, quedaron pronto abajo, muy abajo, como serpientes de cristal,

rotas en un caos de cosas vencidas; los abismos profundos, se borraron por la lejanía, bajo la niebla hecha de un ópalo violeta; como bocas de dragones los grandes vórtices se cerraban a la sombra de los arbustos esplinéticos que semejan alas enormes de pájaros petrificados;

y, ellos ascendían como vencedores, en la luz resplandeciente, hacia las nieves inagotables;

grandes bocanadas de aire fresco, rarificaban la atmósfera, llena de esencias balsámicas, escapadas a los arbustos resinosos que se alzaban allí con una gracia de ánfora, dúctiles y contorsionados, hechos a vibrar bajo el ala enfurecida de los huracanes.

Elbina estaba feliz, en esa feria suntuosa de luz y de montañas, respirando a plenos pulmones, el aire saturado y pródigo, cuya virtud esencial parecía arrancada al alma misma de los pinos;

sus mejillas se teñían de un rojo fugitivo, un rojo pálido como el del corazón de las rosas exhaustas; sonreía, y en la lividez neutra de sus labios parecía vagar su alma enigmática; en sus ojos patéticos dormía el paisaje, en una sobria visión de oros lejanos y aguas quietas de lagos autumnales;

su alma infantil estaba llena de sorpresas ingenuas, ante el gesto tumultuoso de aquella Naturaleza llena de un mágico horror, violen-

ta, como hecha de estupros de la tierra, decoración de abismos y de vestigios, de desgarramientos y de estupores, mientras abajo se veía el candor de los llanos graves, y de los valles sonrientes, en una incandescencia de miraje, llenos de vibraciones, magníficamente idílicos, en el horror sagrado que se desprendía, de las grandezas limítrofes en ese horizonte bíblico;

declinaba ya la tarde, cuando llegaron a la pequeña aldea, cuya torre blanca se alzaba sobre las somnolencias vegetales del pequeño campo, como una banderola de paz, en el horizonte diáfano, bajo el cielo próximo donde como grandes lustres litúrgicos oscilaban las estrellas con un ritmo de alas; la noche nacía: melodiosamente;

en la quietud panorámica de hojas y de estrellas, el *cottage* se alzaba, afuera del poblado, hacia un lado del camino, en vía hacia la montaña, en la sombra híbrida de un bosque muy triste, de árboles dispersos, en un decorado de exilio y de desolación, al cual el aspecto pintado y claro de la casa, no alcanzaba a contagiar de la alegría de sus colores;

por la avenida silenciosa, de árboles endebles, donde la luz de una luna naciente, hacía arpegios de plata sobre el paisaje amorfo, y las flores como cristalizadas del jardín, entraron a la casa, penosamente impresionados por la tristeza de la hora, por la lúgubre soledad de los campos tétricos, por los contornos ambi-

guos de los castillos cercanos y de los montes blancos, que se alzaban ante ellos, como un gesto vago de hostilidad y de amenaza;

la casa, que él, había alquilado por conducto de una agencia de París, era confortable, lujosa, con ese lujo *snob* habitual a las *garçonnières*, y a todo nido de paso para aves del amor;

grandes balcones abiertos, iluminaban de luz blanca de luna y de matices blondos de estrella, los aposentos enormes donde dormía el enojo suntuoso de las cosas abandonadas; los sofás grandes y muelles llenos de consejos, cómplices de amables perversidades; los sillones de elasticidades silenciosas, como grandes reposorios de voluptuosidad, hechos a ceder lánguidamente al peso de los cuerpos fatigados; los espejos obscuros, que daban no sé qué vaga idea de lineamientos gloriosos y bellos cuerpos desnudos; los paisajes como metálicos que decoraban los techos, que eran como una escenografía pompeyana, llena de sugestivas incitaciones, todo parecía hacer de aquella casa un relicario de amores, un iconostacio de sexualidades...

allí debía haberse amado mucho, ante la esmeralda cambiante y el ámbar diafanizado de ese paisaje como cataléptico, ante ese horizonte de montañas hecho de grandes cimas narcotizadas...

la vieja sirvienta que los esperaba, campesina astuta y sórdida, hecha a servir parejas de enamorados, los sirvió silenciosa y ceremoniosa, con gestos borrosos y difusos, con ductilidades y borrosidades de sombra, y, se alejó después de tender el lecho, cautelosamente, con deslizamientos y movimientos de animal nocturno;

la fatiga del viaje los rindió y durmieron esa noche, libres del enervamiento de su dolor, de la acre desbordación de sus recuerdos; pacíficamente, como en una hipnosis...

... ...

... ...

Al día siguiente, su vista tuvo un deslumbramiento de maravilla, ante la belleza solar, fría, y límpida, como una cristalización de auroras, y el encanto de los paisajes paradojales, que se extendían ante ellos, llenos de sonoridades luminosas;

sobre el balcón abierto, Elbina inclinó su gracia frágil de adolescente apasionado, su cabeza de esmalte antiguo; su cabellera brilló al sol; miraje de orfebrería;

en la aureolización de la hora, sus ojos de carbunclo sondearon las mansedumbres panorámicas, y, fué como la musa del paisaje;

en un vapor malva ambarizado, que llenaba las cosas de indecisiones delicadas y sutiles,

las teorías de montañas, se desarrollaban en un azul claro de mayólica, en un verde áureo de oricalco;

celajes de un lila violáceo, extendían como una gasa tenue sus diafanidades ondulantes, sobre los bosques empurpurados y profundos, y, la selva filarmónica era una lira de pájaros;

sobre el brocado moaré de los bosques vencidos, las cimas lejanas, vestidas de nieve, alzaban el orgullo de su belleza inhospitalaria, grandes azucenas hostiles bajo el sol naciente, que las nimbaba de un oro tenue, como una vaporización de astros;

los lagos de ónix, se mostraban en su placidez obsesionante, grandes abrevaderos de nubes, donde vienen a beber en las tardes, los corceles rojos, que arrastran el carro del sol agonizante;

abajo, el abismo de la montaña se extendía, negro, como una pincelada de Ribera; líneas de arbustos encorvados se dibujaban en descenso por la ladera, como frailes viejos, llamados al coro en una noche visionaria de novilunio...

tras del terciopelo misterioso del valle, el perfil fuerte del *Pas de la Fosse* y la cima lactescente y vagamente rosa del *Garnier*, limitaban el horizonte auroral; en el descenso, irisado de un amatista profundo, los campanarios se alzaban de entre los castañares, como can-

tos de idealidad, hacia el beso enorme de la luz: el de *Montagnol*, era como una águila de ópalo, soñadora ante el abismo; el de *Belle-Combette*, se diría una garza blanca, pronta al vuelo; *Saint-Cassin*, era como un lis de cristal, alzándose en la indecisión pensativa del paisaje... allá, más lejos, *Chambéry*, como un joyel de gemas irisiformes, opalizado por la distancia, y, más allá el lago, en un verde cambiante de lentisco, dormido en una calma magnética de mar.

—Cuán bello es todo esto—dijo Elbina, cuya alma de divina ternura y altas armonías, vibraba como una arpa al contacto solitario y desnudo de la Naturaleza.

—Bello como para ti—le dijo él—; es un cuadro digno de tu belleza; aquí irradiarás; aquí vivirás...

—Vivir—dijo ella, como si soñara al arrullo de aquella voz sinfónica, evocadora de grandes cosas retrospectivas.

—Y, ¿por qué no?

—Vivir, esperar—murmuró ella, como en el fondo de una alucinación.

—Sí, esperar, triunfar...

—¿El dolor da derecho al triunfo?

—Sí;

y, calló él, que sabía bien que la vida es un vencimiento, y que no hay más triunfo cierto que la muerte...

y, sus almas fatigadas de sufrir, se refugiaron en el silencio, como en una invocación;

el hombre es un Job macilento, sobre un hacinamiento de cenizas:

¡Nada consolará su corazón!

*

¡Cómo agobia al hombre llevar sobre sí mismo el peso de su propio corazón!

¡cuánto más felices aquellos que la muerte ha inmovilizado en las riberas de la Eternidad!...

qué augusta gravedad encierra el verso divino de Virgilio:

Heu! miserande puer! Si qua fata aspera rompas...

¡cuán miserablemente ascendemos hacia la Muerte!

es por el camino del corazón que vamos al vencimiento; es por él, que somos un sufrimiento vivo; es por él que se permanece adherido a la tierra y al amor... todo el dolor de la vida viene de él... él, contiene toda la debilidad de la idolatría; él es una adoración;

la mirada de amor, la palabra de amor, el sueño de amor, ¿quién los dicta? esas cosas va-

gas y terribles que entenebrecen nuestra vida, ¿quién las forja? el corazón... ¡el corazón! ¿de dónde esa fiebre de amor que nos hace agonizar, bajo un firmamento de sueño, en un jardín de esperanzas supliciadas? del corazón, de la dulce claridad del corazón, que es una pena; todo el infinito de las lágrimas está en el corazón...

la mendicidad del corazón, es un desencadenamiento de miserias; no se sacia jamás; por eso nuestra vida es un gesto de anonadamiento, un vacío incolmable en la tranquila inmensidad;

y, era de su corazón que agonizaban los dos peregrinos del dolor, que el destino había llevado a aquel *cottage*, solitario en la selva, aislado como una interrogación en lo infinito;

la juventud radiosa de Elbina, reaccionaba poderosamente, con grandes vuelos de resurrección... se diría que la vida volvía a ella en interminables oleadas, en aquella feria de aire y de luz de la Naturaleza;

y, Leonardo Bauci, revivía con ella;

la monotonía unísona de su dolor, se callaba en su alma tumultuosa;

la vida cantaba en los paisajes estrofas solitarias; y había ditirambos rojos en la luz estremecida;

¿cómo habían podido creer en la muerte tan cercana? el dolor es una ofuscación;

fueron semanas de ventura y de delicia para

aquellos dos seres que parecían vueltos a la vida de un lejano verjel de cosas muertas...

aspiraban la vida a plenos pulmones, con una ebriedad de anhelos, como dos labios sedientos hacia el agua, como dos palmas amantes tendidas hacia el polen.

Elbina era la flor resucitada, y su corola se tendía hacia el sol;

desde el alba estaban en pie; vestidos de alpinistas, con fuertes zapatos ferrados y bastones de montaña, íbanse por los cortijos a tomar leche de vaca, o desayunábanse en las aldeas cercanas y ascendían lentamente hacia las cimas luminosas;

muchas veces Elbina se fatigaba, y él la llevaba largos trechos en brazos como a un niño dormido, otras veces reposábanse a la sombra de los árboles milenarios, rugosos, grises y sin hojas, hermanos del huracán y de la nieve, cuya vejez arropa como un consuelo, porque guardan en su desnudez esquelética, la misericordia eterna de los siglos;

costeaban los precipicios, como pájaros jóvenes picoteando en la grama, y descendían por los senderos estrechos, apaciguados, olvidadizos, locuaces, cuasi felices; aturdidos de luz y de colores, olvidaban su vida; la armonía de sus corazones se derramaba sobre la Naturaleza, como una ánfora sinfónica, hacia la penumbra celosa, donde se movían las flores vírgenes, en un gesto lento de holocausto;

reposaban al mediodía;

y, en las tardes, bajaban hacia los valles hoscos y meditativos, pequeños bosques claustrales, que en los declives agrios guardan su soledad austera, su silencio hermético de Tebaidas virginales; allí se paseaban bajo los pinos balsámicos, como en una sociedad muda de cenobitas piadosos, de sabios ermitaños, cada uno de los cuales aplicaba una esencia salvadora a los pulmones de Elbina, lentamente vigorizados; y, el alma de los pinos vibraba; cantaba el alma de los pinos: cantaba salmodias de resurrección;

en la pureza del aire virgen, lejos de las ciudades mefíticas y contagiosas, inmensos establos del rebaño humano, en esa atmósfera purificada de soledad, Elbina parecía recobrar todas sus energías primitivas; hora por hora se le veía renacer, la limpidez de sus ojos, no retrataba ya la imagen de los malos sueños, las visiones de la morfina, las pesadillas de la fiebre, todos se habían evaporado al gran sol como un vuelo de nubes;

y, Leonardo, veía esa resurrección lleno de orgullo, y ponía toda su alma en completarla, en realizarla, y una gran alegría de constatar el triunfo de su querer, de esa batalla de su voluntad, lidiada a la luz verde de los bosques, en medio a los graves paisajes evocadores;

en las noches, ella tocaba el piano; las grandes sinfonías de Beethoven, sonaban bajo las

estrellas; los lieders de Schumann, pasaban sobre el decorado nácar de los campos, dormidos bajo la nieve; el alma de Schubert sollozaba sobre aquella égloga silvestre que era el paisaje cataléptico en la sombra;

como un arrullo lejano de olas dormidas, las frases ondulantes, los preludios lentos de Bach, pasaban como acentos de inmensidad, sobre la somnolencia lúgubre de los valles hipnotizados;

en el recogimiento religioso y conmovido de la noche, la música de César Franck lentamente rimada, en preludios de una tonalidad obscura, pasaba como un soplo dormido y profundo, despertando el alma inmensa y enamorada de la noche;

en esas horas meditativas, el rostro de Elbina era como una plegaria; el crepúsculo parecía darle sus contornos y la sombra acentuaba la impresión penetrante de su melancolía...

blanca, vaporosa, en una palidez de aguas tranquilas, con claridades de cielo, y transparencias de fragilidad, una exaltación apasionada vivificaba su pensamiento, y exaltaba hasta el delirio la tristeza que dormía en su corazón;

así blanca, así diáfana, así triste, en esa como transparencia cristalizada, en su traje claro que la sombra hacía nebuloso, nimbándola de opacidades, solemnizada por el silencio,

ella parecía decir a la noche, en su belleza tumbal:

> Je suis belle, ô mortels, comme un rêve de pierre,
> Et mon sein où chacun s'est meurtri tour à tour,
> Est fait pour inspirer au poète un amour
> Eternel et muet ainsi que la matière;

lo divino parecía residir en aquel cuerpo armónico, que hacía sensibles las modulaciones mismas del silencio; tal era la sublime euritmia, que se escapaba de sus formas en quietud: su belleza hacía cantar la noche;

el alma de las cosas muertas parecía subir hasta ellos, de los bosques cuyas líneas ornamentales desaparecían en la amplitud de la sombra; de los campos pacificados de serenidad, de los grandes montes que se alzaban al cielo como inmensas frentes pensativas, buscando la caricia apaciguadora del firmamento;

perfumes furtivos, subían de los valles melódicos, de los arbustos florecidos, de los meandros pensativos, y los rosales lejanos, que la sombra poetizaba en largas simbolizaciones de blancuras;

en el salón sin luces, donde la tiniebla apenas palidecida por la luz astral que venía del cielo lejano, como una lluvia luminosa, reflejaba en los grandes espejos la imagen vaga de las cosas que tenían inconsistencias y estremecimientos ondulosos de agua, y se dispersaba como un himno lento hacia los ángulos lejanos, donde hacía claridades difusas el mármol

de las estatuas, que eran como pálidas sombras de divinidad, emergiendo en el gris perla de la penumbra como en un macizo de rosas crepusculares, sonaban dulcemente los acordes extraños e inmateriales del preludio de Mendelssohn en su *Sueño de una Noche de Estío*, desgranándose en notas de cristal, como:

Des flûtes sur la pelouse...

las tonalidades misteriosas de las melodías de Fauré, se escuchaban confidenciales, como un secreto en la soledad, y parecían murmurar los versos del poema:

Je veux que le matin l'ignore,
Le nom que j'ai dit à la nuit
Et qu'au vent de l'aube sans bruit
Comme une larme il s'évapore.

fugas de Bach, oratorios de Hændel, dramaturgias líricas de Gluck, fragmentos orquestrales de Wagner:

¡cómo amaban ambos escuchar *l'Air des Marronniers*, el admirable cántico de amor, cuyo recitado decían a media voz!

Giunse al fin il momento
Que godrò senza affánno
In braccio al idolo mio;

y, como si clamase a la noche, propicia a sus designios, el alma de Elbina, vibraba en sus dedos que parecían sonoros, haciendo gritar las octavas agudas del piano, haciéndolas casi

decir las palabras del cántico que ella murmuraba:

Déh, vieni... no tardar, o gióia bella!

su carne vibraba en un transporte de pasión, en las notas profundas que correspondían a las palabras:

Ai piaceri d'amor che tutto adesca,
Si vo la fronte incoronar di rosa...

y, la exaltación de su deseo se hacía como un largo éxtasis, como el grito estremecido de su corazón embriagado de ternuras, cuando repetía desfalleciente, ya sin música...

Déh, vieni... no tardar, o gióia bella...

¿a quién llamaba en el largo silencio, en la visión supliciante de su alma de dolor?

Leonardo Bauci lo sabía bien;

ah, los muertos no mueren, los muertos no se sepultan... esas son vanas apariencias; los muertos viven en nosotros; se reencarnan, se reproducen, florecen en nuestro corazón; el alma de los muertos llena nuestra vida como una atmósfera; nuestra vida es de la muerte;

¡era un muerto el que imperaba en sus corazones! era un solo grito, un solo nombre el que asomaba a sus labios...

y, ellos lo ahogaban;

el nombre del muerto los estrangulaba como un dogal;

¡miserias del corazón! ¡miserias infinitas!

... ...

... ...

... ...

Casi desfallecida de emoción, por aquella música de sus fiebres y de sus dolores, ella caía como inanimada en los brazos de su amigo;

y, éste, la llevaba hasta el lecho;

y, luego, la miraba dormir;

extrañas savias de amor le subían al corazón como un ahogamiento;

a veces, ella despertaba en la noche, y diálogos reminiscentes, se entablaban entre ellos, en la hora tibiamente azul, llena de un patetismo mudo en el cual sonaba la vibración de sus voces como eco de campanas remotas...

una ternura enervante de las almas y de las cosas los envolvía, en una atmósfera de intimidad, en uno como gesto piadoso hecho para envolver sus corazones, para protegerlos del presente, llevándolos hacia el encanto de los días lejanos... y, las confidencias caían en sus almas, abiertas para recogerlas, suavemente, como un perfume de azucenas, y, las palabras ardientes gemían entre sus labios tristes, como grandes llamadas al imposible apaciguamiento, y, el infinito de las cosas cantaba en su irremediable miseria humana, con los acordes suaves de una sinfonía, hecha para adormir sus esperanzas.

—Cállate, cállate—le decía él, cuando sentía que el nombre amado iba a salir de los labios, bajo el imperio del dolor, como el vaticinio de un oráculo;

y, ella callaba, obedientes los labios, cerrados los ojos, llenos aún de las visiones espantosas, como sumergiéndose lentamente en un pozo de tinieblas...

el implacable silencio reinaba...

con la cabeza en la penumbra, ella se abandonaba al miserable consuelo de las lágrimas...

y, él la sentía llorar y ponía besos apasionados de melancolía, sobre la frente ardida de fiebres, sobre los ojos inapaciguados de cosas visionarias, sobre los labios insatisfechos, donde parecía gritar el clamor eterno: labios de lamentación;

y, lentamente, tristemente, entraban en la agonía de sus corazones...

y, todo en torno de ellos, era como una gran mirada de amor... un pobre amor sacrílego, en gesto de imploración a la piedad... y, la soledad de sus espíritus estaba llena de una presencia... ¡la presencia invisible, la presencia intangible, la presencia inasible del ausente! ¡oh, cómo los muertos reinan en nuestro corazón!...

¡la alta y misteriosa fatalidad de la Vida, es invencible! la Vida es un Desamparo; la grandeza del hombre está en su pequeñez.

Una tarde, de una apacibilidad dudosa y gris, descendieron hacia la *Combette*, en una pequeña carreta, guiada por él; iban alegres, decidores, en la atmósfera balsámica, en ese horizonte como de tapicería arcaica, en el cual la mancha del sol fugitivo, hacía una palidez dorada de ostensorio...

atraídos por el silencio de los campos pasearon largamente;

una brisa fría, desapacible, empezó a soplar con violencia;

regresaron hacia la casa, pero, era tarde; la lluvia, una lluvia acre y tormentosa los sorprendió en mitad del camino; era una lluvia huracanada que hacía temblar los bosques, y en pocos minutos hizo impracticables los senderos; sin amparo, sin abrigo vecino, tuvieron que sufrirla; ni una choza cerca, ni una cueva en que ampararse; los árboles azotados no podían servirles de abrigo; en vano Leonardo apuraba el débil jamelgo, que de cara a la tempestad no quería marchar; el camino era un to-

rrente, por donde descendían piedras enormes; la lluvia los humedeció pronto por completo, y sus vestidos se adhirieron al cuerpo como túnicas de baño; Leonardo, enloquecido de afán, quería cubrir con su cuerpo, el de Elbina, transido de frío; ella sonreía, para darle ánimo y se fingía alegre en la aventura;

era ya de noche cuando llegaron a la casa;

él mismo la desnudó, la metió en el lecho, la friccionó fuertemente, le dió cosas cálidas a beber y la arropó con cuantos cobertores halló a mano; ella se dejaba hacer, para consolarlo, tratando de quitarle toda aprensión;

así se durmieron, un poco confiados ya sobre los resultados del accidente;

pasada media noche, un golpe de tos, despertó a Elbina; uno de esos golpes de tos, que la rompían casi por su violencia; Leonardo la pulsó, tenía fiebre alta; le dió una de las pociones habituales y la tos se calmó; quedó adormecida con la mano de su amigo entre las suyas...

dos horas después dió muestras de una inquietud extraña; sus ojos se abrieron desmesuradamente, dijo frases sin cohesión: deliraba.

Leonardo le puso el termómetro, marcaba cuarenta grados... enloquecido llamó a la sirvienta, y la mandó al pueblo cercano, en busca del médico; cuando éste vino, la enferma reposaba;

el médico la auscultó; su diagnóstico fué alarmante; los pulmones, la pleura, todo estaba tomado por la enfermedad;

una pulmonía fulminante se declaró.

Leonardo Bauci no se hizo ilusión ninguna... era el fin... ¡el fin de aquella vida y el principio de su soledad!

al día siguiente Elbina reaccionó; la disminución de la fiebre le volvió el sentido; quiso dejar el lecho y pasar a su sillón;

a pesar de su debilidad, ella misma levantó sus cabellos, como un casco de oro sobre su cabeza, y ayudada por Leonardo se extendió en la *chaise longue*, sobre almohadones violetas, envuelta en un chal blanco, sobre el cual cruzó sus manos exhaustas en la actitud de una novicia comulgante;

permaneció horas así, ante el cielo luminoso, sin una nube, absorta en la visión pastoral y vasta de paisaje ilimitado...

su blancura sideral se acentuaba como si se diluyese; el amatista de sus ojos languidecía como en un crepúsculo;

como para dar confianza a Leonardo, se hizo leer versos de su poeta preferido: Albert Samain;

y, Leonardo Bauci leyó las estrofas de gloriosa melancolía:

Vieille argile faite aux douleurs,
Quel goût de souffrir sans remède
Harcèle ainsi le cœur qui cède?
Il pleut des pétales des fleurs.

Les roses meurent chaque et toutes,
Je ne dis rien et tu m'écoutes,
Sous tes immobiles cheveux
L'Amour est lourd. Mon âme est lasse,
Quel est donc, chère sur nous deux
Cette aile en silence qui passe?

Leonardo calló.

Elbina había inclinado la cabeza de lado y parecía dormir;

la luz del sol ya tramontano, le daba de frente, cayendo sobre su rostro exangüe, como sobre la pompa de los lises, y aureolando sus cabellos reverberantes, en un resplandor de transfiguración.

—Elbina—dijo él muy paso, para no despertarla;

ella no respondió;

él se acercó para verla: los grandes ojos abiertos parecían aún mirar, se diría que los labios sonreían.

—Elbina—gritó él, seguro ya de la terrible verdad.

—Elbina, Elbina—sollozó dolorosamente... y, fué con los labios, con besos de amor loco, que cerró para siempre los ojos de la muerta...

—¡Oh, mis hijos! ¡mis hijos!—gritó en la sombra.

... ...

el crepúsculo del día siguiente lo vió descender de las montañas hacia el valle...

¡solo! ¡otra vez solo hacia su Destino! ¡solo!

y, se pérdió en la Vida.

*

Cuando Leonardo Bauci regresó a París, un horror incolmable, un horror indomable asaltó su vida: el horror de las grandes soledades...

y, se vió solo, solo ante el Destino, en la tierra hostil, como una cima poblada de huracanes; ¡sólo, en esa hora dolorosamente crepuscular, ante la indecisión creciente de la noche sin fronteras!... el vacío y el silencio colmaban su vida, como dos inmensidades;

ensayó vivir, ensayó pensar, ensayó luchar, interesarse en las cosas movibles y fugaces de la vida; ¡vano empeño! nada pudo despertar su corazón;

el vacío de la vida, lo rodeaba por todas partes como una atmósfera: vivir, ¿a qué? luchar, ¿por qué? vencer, ¿a qué fin?...

¿a qué luchar con las olas de un mar que siempre había de devorarlo? hoy, mañana, después... siempre...

y, la inanidad de las cosas humanas gritaba

en su alma con la desesperación de un Eclesiastés...

la idea de la muerte llenó su vida; la llenó por completo, como un amor;

amó la muerte con un amor de tiniebla y de cenizas; era una sed de desaparición, semejante a un torbellino en la noche: un vértigo hacia lo desconocido; una embriaguez de la nada; toda el alma suicida de su raza se alzó en él;

y, no leyó más libros que aquellos que hablaban de la muerte; no le interesaban en los diarios sino las crónicas de los suicidios; buscó en los viejos farmacólogos, fórmulas ya olvidadas, que pudieran dar la muerte sin dolores; consultó los médicos, con pretexto de enfermedades imaginarias, para arrancarles recetas, que le permitieran aprovisionarse de venenos; pasaba horas enteras mirando el Sena, como a un amigo consolador; las turgencias transparentes de aquella agua, lo atraían como un seno de mujer: un escozor de voluptuosidad lo poseía, a la idea de dormir allí, de desaparecer allí, llevado dulcemente hacia la mar, hacia la Nada;

el ritmo de su vida se detuvo, desde el momento en que aquella idea de muerte lo asaltó; ya no fué sino una carrera loca hacia la Muerte; ¡extraña y lúgubre fascinación! fué un hipnotizado, un poseído de la Muerte; ya no vivió sino para ella, en coloquio con las sombras de sus abuelos; suicidas unos por heroísmo,

otros por dolor; la demencia atávica lo enardecía; la auréola roja que nimbaba la frente de su raza, lo fascinaba como un sol;

se sentía prisionero de la vida como de una pesadilla que le impedía moverse, marchar, ir hacia la libertad;

bajo ese abrazo de la vida que lo ahogaba, ensayaba defenderse, y tendía sus labios desesperados para sentir en ellos el aliento de la muerte, y la llamaba a grandes gritos clamorosos...

sintiéndose clavado a la vida, sin defensa contra el Destino, bajo el aleteo de pájaros hoscos y furiosos, que amenazaban sus entrañas descubiertas, poblaba de gemidos su soledad, que era una intemperie;

aquélla era una verdadera crisis nerviosa, que amenazaba su razón; en medio de esa obsesión tenaz y lúgubre de la muerte, su salud delicada desaparecía rápidamente; ya no leía, no trabajaba, no hablaba casi; vivía inerme, solo, devorado por el deseo vehemente de morir;

y, presa de ese vértigo, de ese deseo infinito de la muerte, en el deslumbramiento irresistible del sepulcro; una noche, solo, con las ventanas abiertas ante el gran cielo, lleno de fatídicas indiferencias, el gran vencido puso un revólver sobre su pecho... y disparó, y, no murió;

la ciencia, cómplice de la vida, pudo salvarlo;

y, se alzó de nuevo ante el espanto de la Vida; en la Vida; la Vida odiosa, la Vida indestructible, lo miraba cara a cara... ¡miserable de él! no había podido matar su vida...

y, abrió de nuevo al mundo sus ojos cerrados sobre la Eternidad;

la amistad y la admiración, rodearon su lecho, su triste lecho solitario, donde exánime, vivía en la esperanza de escapar a la Vida;

y, la amistad y la admiración le fueron odiosas, porque eran dos formas de servidumbre, dos esclavos cariñosos que lo guardaban para la Vida;

y, huyó de ellos;

se escapó de París;

y, corrió gozoso, presuroso, radioso, hacia la Muerte;

quería morir entre las cosas inmortales, en una apoteosis de belleza...

quería morir entre las cosas imponderablemente nobles, que tanto había amado, en los paisajes amables, bajo los cielos serenos, maravillosamente compasivos;

y, fué a Italia...

no fué a Roma, donde había vivido, donde tenía amigos, donde había también amado: dolorosamente; tenía horror al amor, horror a la amistad, horror a todas las formas de su corazón;

fué a Venecia, donde la calma glauca, la tenebrosidad luminosa de las aguas, la maravillosa letargía de las cosas, lo invitaban a morir, tranquilamente, silenciosamente, como en una deslumbradora submersión magnificente;

el alma voluptuosa y cruel de Venecia lo atraía...

¡la poderosa alma triste!

Venecia tiene una alma cineraria;

y, llegó a la gran silenciosa, y entró en su seno de mármoles y de aguas, como en un relicario de intangible divinidad, y, sus ojos tristes miraron el resplandor de la Suprema Belleza, y, sus labios de desolación, besaron aquellas playas de misterio;

aquella ánfora de inmortales melancolías le era bien conocida; allí había perambulado en dulces *flâneries* artísticas, en los tiempos en que luchaba, en que amaba, en que creía...

pletórico de vida y de ideales, había sentido estrecha aquella cárcel de horizontes feéricos, para su combatividad que creía inagotable; y, los serenos cielos de mansedumbre, y las aguas profundas de olvido y de quietud, y los divinos oros talismánicos que resplandecían como incendios de selva en los horizontes tranquilos y los mármoles ilúcidos en la majestad hierática de su grandeza milenaria, no habían podido calmar la portentosa inquietud de su alma oceánica, el hervor de su vida que era como una cabalgata de luz a lo infinito;

la maga no había podido detenerlo, hipnotizarlo, aprisionarlo en el sortilegio pomposo de su mirada movible y profunda, de su seno cambiante y húmedo, donde parece palpitar dormido, un corazón extraño de mujer;

y había partido...

muchas veces había vuelto, siempre turbulento, siempre tenaz, con un horizonte rojo de batallas y la visión perpetua del combate; la reina triste no había sabido esclavizarlo en la noche cristalizada de sus aguas;

ahora volvía a ella ya vencido, en el crepúsculo gris de la derrota, herido y desarmado, para morir allí, en los silencios profundos, buscando la dulce ventura de la Nada, huyendo al misterio confuso de la Vida;

los horizontes letárgicos, como un gran sueño de opio, la calma límpida y lenitiva de la visión otoñal, pasaron como una mano beatífica sobre su corazón, desde que atravesó el puente de *Mestre* y vió destacarse la línea oro y negro de Venecia, que emergía de su lecho glauco, bajo el manto opalino y nacarado de los lampadarios eléctricos, como un cuerpo de reina, bajo su manto sembrado de abejas áureas;

¿habéis visto aquella admirable *Primavera* de Donatello que es como una lluvia de flores sobre la cauda de un manto de virgen angélica? así Venecia semejaba una lluvia de nar-

dos de plata, sobre la quietud inerme de sus lagunas violáceas;

sus sufrimientos íntimos, el reflejo doloroso y turbado de sus pesares recientes, toda la angustia de esas horas de tempestad ardientemente vividas, todo el hacinamiento de ruinas que ahogando su corazón, lo llevaban a morir allí, se rindieron, se aletargaron, en una anestesia mental, y durmió por primera vez aquella noche, después de tantos meses de insomnio y de neurosis;

la *Pensión de Familia* en que tenía costumbre de alojarse, era una casa alemana, tenida por dos hermanas muy distinguidas y de una edad avanzada; su posición retirada, cercana a los Museos y al *Canal della Giudecca*, la rodeaban de un silencio aun más intenso, más sensorial, más profundo, que el silencio omnipresente que reina sobre Venecia;

los rosales del *Palazzo Morosini* atravesando el canal, enviaban sus efluvios prolíficos de perfumes, hacia esos sitios de nostalgia donde una gran quietud tumbal hacía pensar en el divino sueño del Dante: *à l'heure où notre esprit plus étranger à la chair et moins obsédé de pensées est presque divin...* clama por la inmortal quietud, por el inagotable silencio, por las ambrosías paradisíacas, de esos divinos bálsamos de consolación que sólo saben verter las manos redentoras de la Muerte;

y, durmió de un sueño profundo, como si to-

do su pasado desprendiéndose de su vida, hubiese caído en un pozo insonoro, incolmable, de donde no subiese ni un clamor;

cuando abrió los ojos era ya bien entrado el día, Venecia fulguraba; las líneas mágicas y nobles de aquel paisaje de pedrerías, en un horizonte lapislázuli, se destacaban en la claridad diáfana del cielo, llenas de una gracia arábica, con la pureza floral de los frescos de Ghirlandajo en *Santa María Novella;* en la azulidad prismática del cielo y el verde bucólico de las aguas, la gran visión radiosa se alzaba como una Virgen de Cimabüé estremecida de piedad bajo cielos lánguidos de oro;

la cúpula de *San Marco*, la de *Santa María della Salute*, la de *San Giorgio* se destacaban con una pureza de relieve, en ese fondo áureo pálido, como el de una *Transfiguración* de Carpaccio; Venecia deslumbraba;

él había sentido siempre la fascinación enfermiza, cuasi palúdica, que se destaca de aquella ciudad de misterio y evocación; por eso había huído de ella, cuando luchador y victorioso había atravesado por sus canales sombríos, arrastrando en pos de sí el cortejo de sus triunfos, como una tropa de esclavos vencidos, ornados aún con sus atributos reales.

Venecia como Roma es una pacificación; cerca de ellas el alma se hace inerte para la acción; son reposorios de meditación; sus ho-

rizontes contemplativos no son aptos, sino para el vuelo de las alas visionarias.

Venecia mata el esfuerzo; es un lugar de ensueño, toda violencia de ánimo se siente extraña allí, en aquella soledad donde la calma de los cielos sacramentales, es hecha para diseñar el gesto noble del beso sobre los labios amados; cielos de amor, aguas de amor, mármoles sagrados donde el amor reposa; un arpa de amor, eso es Venecia: Venecia canta;

hoy que venía enfermo y triste, Leonardo Bauci aspiraba a plenos pulmones, aquel aire calmado que semejaba un soplo de la divina muerte; el canal de *San Vio*, se ostentaba a sus pies, como una cinta moaré, caída del cuello de una beldad lasciva en una noche de fiesta;

más lejos, el encanto panorámico del Gran Canal, donde el *Palazzo della Prefèttura*, parecía hundirse en las traslucideces policromas y cavernosas del agua; al pie de las escalinatas blancas del de *Loredan*, cuyos muros sembrados de lises heráldicos, guardan en su penumbra feudal los sueños tenaces de don Carlos de Borbón, reposaban grandes góndolas armoriadas, como prontas a un viaje de cruzados, bajo las órdenes de un *Dóge* fantástico, de leyendas medioevales;

la paz suave de ese jardín de encantos, donde entre poliedros de jaspe temblaba la beatitud vital de los cielos afines; la calma sepulcral, prodigiosamente nítida, de aquellas

aguas de vidriería tapizadas de criptógamos de luz en su dulzura negra; la quietud de las cosas ambientes, entraban en su alma atormentada, y pasaban sobre sus temerarias neurosis como un gran soplo vivificador, como un bálsamo mnemónico, llenos de un implacable olvido...

¿por qué en ese momento el objetivo de su memoria y de su corazón, evocó los fantasmas queridos, que se alzaban ante él, con una precisión de cosas vivas? y, el recuerdo parafraseaba lentamente la historia de sus dolores, en una suplicación de arpegios, que suavemente se tornaban en un coro salvaje, como de aullidos en la sombra...

todas las turbaciones cerebrales de sus días anteriores, todas las angustias, que como bestias horribles habían devorado su corazón; todas las horas lúgubres de demencia que habían torturado su cerebro impotente de defenderse, surgieron en su pensamiento aniquilado, horripilantes, gritando, gesticulando, contorsionando, en gestos epilépticos, de furor convulsionario...

llevó las manos a la cabeza, como para retener su razón precaria, que desaparecía en esta carrera loca por las inmensidades de su memoria...

miró su revólver, puesto sobre una mesa, lo tomó, lo acarició contra su corazón, como preguntándole si era ya hora de la liberación, ho-

ra de poner en derrota esas visiones de locura y de horror que lo obsesionaban... si era ya la hora de partir...

no, no quiso morir sin ver de nuevo la ciudad divina, la verde y luminosa Anadiomeda, con sus pupilas de cristal, serenas en la calma marescente, entre sus mármoles caducos, sordos al veredicto de los siglos, abierta en elipsis sobre sus riberas de oricalco, con sus canales obsesionantes como sepulcros de ónix, donde durmieran carnes tibias, recién asesinadas, en crepúsculos sangrientos; santuario de divinas tristezas, de incandescentes agonías; divina evocatriz de las formas extintas de la Belleza; augusta bajo sus fulgentes *draperies*, toda en brillo, toda en luz, como aquella Emperatriz de oro que sentada sobre su tumba, ilumina las penumbras, de cierta capilla etrusca, en un palacio de Siena;

espantado de sus visiones lúgubres, de las cosas hostiles y los gritos imperativos que poblaban su soledad, sintiendo que vencido por su anonadamiento y por su angustia, iba a morir, iba a ceder a su Destino, sin ver una vez más la Ciudad-Sirena, la gran sinfonista de los mares, se lanzó a la calle, como para ganar una tregua a la Fatalidad;

un portal de esplendor se abrió a sus ojos;

anduvo largo tiempo sin saber a dónde, lamentable, miserable, inconsolable, reprimiendo los sollozos que le ahogaban la garganta,

precipitando su carrera como bajo un golpe de foete;

en vano los gondoleros le gritaban ofreciéndole la barca, con su armoniosa voz de serenata: *¿Signorino, volete la góndola?* él no los oía;

la voracidad de su dolor lo consumía todo, lo tragaba todo, como una noche; era un festín de sensaciones y de audiciones;

su corazón gritaba con una elocuencia acelerada de fiebre; el tumulto de su alma lo asordaba: el corazón es una inmensidad;

recorrió a pie, la *fondamenta San Vio;* se detuvo ante *Santa Agnese* sin saber por qué, inerte, en el fracaso amargo de su destino, de su vida cerrada ya a toda consolación;

entró a *I Gesuiti* y contempló sin verlos los cuadros de Tiepolo cuyas coloraciones fantasmagóricas habían hecho antes la alegría de sus ojos;

¡ciegos de mirar la muerte, llenos de brumas de ternidad, no veían ya nada!... el dolor es una cecidad; siguió a pie toda la *fondamenta delle Zattere*, y en el enorme triángulo esférico de luz, que hace reverberante, como un océano de platino el inmenso *Canal della Giudecca*, comenzó a volver a la vida, a ver las cosas confusamente, con ojos atónitos de nictálope, como si saliese del fondo de cavernas morbíferas, llenas de brumas minerales;

en la argentina orografía del horizonte, don-

de las azulosidades se hidrataban en la violescencia aplomada de los cielos, que eran como pergaminos esponjosos de un cartulario iluminado por Brevant, *Il Redentore*, surgía, prismatizado, idealizado, diafanizado, en una vaporización aérea, en una difusión de colores, en la cual, como en una decoración de Santuario, parecían moverse, llenas de tintes suaves, como de sangre de geranios, las manos milagrosas del Palladio, alzando esa joya esbelta como un divino ostensorio hecho de ópalos de Hungría y brillantes de Cefalonia; en el fondo lactescente del paisaje, en su gracia atrevida y capciosa, desenvolvía sus líneas armónicas como un cromo satinado, lleno de rojos y ocres vivaces, como el *pan* de un tríptico de Pietro Venucci, arrancado a una capilla de Pistoia;

llegó sin apercibirse al final de la *fondamenta;* y allí, ante él, se alzaba *San Sebastiano*, deliciosamente dibujado, en el horizonte límpido, con sus jaspes atrevidos, rayos de ónix y de esmeralda, sus amarillos y sus baritos, dulces y raros, su cúpula que parecía translúcida, sus poliedros vibrantes de un vivo rayo de bermellón, sus arcaturas atrevidas, su masa heterogénea y elegante, armónica y musical, como un *ritornèllo* de piedra;

aquél, que debería llamarse templo del Tiepolo, era allí como una incitación y un llamamiento; ¿cómo no visitar la tumba de aquel

glorioso iluminador mural, que duerme allí, entre sus obras maestras, como entre flores portentosas de inmortalidad?

ante el *San Nicola*, del Tiziano, sintió la admiración por aquel pulso admirable, que a los ochenta y seis años, pudo dibujar esa exangüe flor de santidad grave y austera, en cuya dalmática de tintes lagunarios, toda una primavera de rosas de alabastro agoniza, entre un coro de ángeles sonrientes, que recuerdan por sus sonrisas, las virginidades perversas de los adolescentes del Giotto;

los magníficos plafones del coro y del baptisterio, cantaban el himno de todas las policromías, como grandes oratorios de Palestrina, hechos de gamas interminables, y hacían estallar floras inverosímiles sobre los Cristos sombríos, de frentes seniles y faces de vencidos, y sobre las vírgenes rollizas de senos opulentos, tan remotas del preciosismo arcaico de aquellas que Piétro de Seletri, espiritualizó hasta la anemia contemplativa, en las capillas sienesas, llenaron sus ojos y su mente, de algo sutil e intelectual, de algo luminosamente humano, lleno de equilibrio y majestad;

todas esas cosas, maravillosamente bellas, le decían de una vida de idealidad, de esfuerzo, de lucha, pero no alcanzaban a romper su insoportable enojo, ni a disipar la idea de muerte, que flotaba en su espíritu como una condensación de cosas fatales e irremediables;

sin saber cómo, se encontró de nuevo en la calle, en pleno aire oxigenado, diáfano, en las vías rectilíneas, llenas de adorables penumbras, ante la monotonía calcárea de los muros, de cuya avara densidad se escapaban torres y cúpulas, esbeltas, atrevidas como faros policromos, en el perla-azul del panorama simbolizante.

Santa Croce, irradiaba en los esplendores flúidos de la hora, en los azulamientos castamente divinos de los cielos armónicos.

Santa Eufemia della Giudecca, borrosa, humilde, se veía apenas, como una estampa de peregrino, como un medallón de cobre, enmohecido en el pecho de una anciana; y, el disco del globo dorado de la *Dogàna*, semejaba un pedazo de sol, pronto a caer sobre la mansedumbre de las aguas;

regresó a la casa a pie; los cipreses del *Palazzo Dario*, se agitaban bajo la brisa, en la confusión tormentosa de una acuarela de Ruitler;

el agua era bella, discretamente silenciosa, soliviantada rítmicamente por céfiros apacibles, como por un movimiento de alas;

un torrente de sensaciones tristes lo asaltó ante esas cosas pálidas y dolorosas, que se retrataban fugitivas en el agua; eran la figuración de su propia vida; se reflejaban para borrarse, para desaparecer, para morir... así como él; eran una visión de símbolo:

la imagen de su destino parecía surgir del fondo velado de las aguas, y, todas sus cóleras, todas sus tristezas, todos sus dolores, gritaron perdidamente en él, como un lamento en las tinieblas, y, sintió más grande, más intensa, más imperiosa que nunca, la angustiosa sed de muerte que devoraba su corazón.

Rien ne nous rend si grands qu'une grande douleur.

*

En el salón, momentos antes de sentarse a la mesa, le fueron presentados a Leonardo Bauci, los otros huéspedes de la Pensión;

eran casi todos alemanes, según lo demostraban la vulgaridad satisfecha de sus fisonomías, y la adiposidad animal de sus espíritus; había dos damas inglesas, enjutas e insexuales, con gestos acompasados de autómatas; un *gentleman*, que las acompañaba, era grave y taciturno como un catafalco; a la vista de aquel hombre se estornudaba sin querer, tal era el frío que exhalaba esa figura tumbal; no faltaba la inevitable americana *garçonnière* y ruda, marimacho vulgar, ocultando bajo el manto de la independencia, los peores vicios y las peores propensiones; un joven pintor melenudo, como escapado a un melodrama de Scribe, aumentaba este inventario cosmopolita con su silueta famélica, fuertemente marcada de un tinte romántico de tiempos espronceda nos; un

viajante francés, pretencioso y locuaz, con inquietudes simias y contorsiones de hembra, daba un matiz de amenidad a esa sociedad heterogénea; un viejo profesor italiano, abrumado de arqueología, ceremonioso y grave, que hacía pensar en los ancianos de la *Brisque* de Quintín Mateys, con una majestad conmovedora de ruina ilustre, daba una como sombra de muro antiguo, en aquel desierto de almas, heridas por el sol implacable de la mediocridad; dos señoras de Silesia, medio emparentadas con la dueña de la casa, eran la nota de elegancia, el solo reflejo de belleza en aquel medio híbrido, que respiraba el enojo y casi la vulgaridad; la mayor de esas dos damas era una joven viuda, en la terrible edad de los treinta años; la otra, su prima, rolliza y elegante, se mostraba llena de un candor oficial problemático, de tal *pose* de inocencia profesional, que hacía casi necios sus grandes ojos inconscientes, que no debían haber visto únicamente, las cosas puras de la vida.

Leonardo Bauci, debía producir, y produjo sin duda, en el pequeño círculo, ese efecto de alejamiento, que producía en todos y en todas partes, por sus maneras frías, exentas de toda cordialidad, su corrección perfecta, de una displicencia agresiva, su gesto imperioso, su cortesía impecable y helada, donde rebosaba el desdén; se le veía y se le sentía inaccesible, y, era inabordable;

sus ojos escudriñadores lo vieron todo; fuera del profesor, de un ridículo noble y conmovedor, y de la joven viuda, de una rara actitud enigmática, todos los demás eran de una insignificancia completa, factores similares e infinitos de esa ultrajante mayoría de las sociedades humanas; figuras normales, borrosas, automáticas, que no decían nada a los ojos del pensador; especímenes de animalidad pensante, aptos para la virtud y hasta para el poder; cualquiera de ellos merecía ser rey;

sus cabezas vagamente asnales, pedían una corona; su mentalidad debía ser de tal manera rudimentaria, que cualquiera Academia los habría llamado a su seno; su obtusidad mental los hacía dignos de cultivar la gramática: Leonardo Bauci habría apostado que todos ellos creían en Dios;

las únicas personas que denotaban algo que las apartaba del rebaño de los equilibrados acercándolas al grupo glorioso de los anormales, eran, aquel anciano movible y sonriente, tocado de la locura científica, y aquella viuda, en cuyo rostro de cera virgen de una palidez obsesionante, había tal intensidad de vida interior, tan solitaria pasión de amor, que se le adivinaba pronta a la genial demencia de los besos;

bastaba ver aquel rostro mate, con venazones de mármol délfico, aquella palidez de perla enferma con rojeces fugitivas de cólchico,

aquellos ojos grises, con un gris fúlgido de aguas equinocciales, ojos que a veces se dirían ausentes, que a distancia parecían las cuencas vacías de una estatua, o las pupilas de vidrio de una momia de reina lidia; ojos fosforescentes como los de un felino en las tinieblas, extrañamente estriados de pajillas negras, ranunculares, que le hacían un raro y movible foco de visión; la nariz larga, que era acaso su solo defecto físico y que denunciaba su lejana procedencia israelita; la boca de curvas oleaginosas, sensuales, pletórica de voluptuosidad como un seno de virgen; la cabellera de un castaño obscuro, cuasi rojo, con filamentos cinábricos, que brillaba al sol como las aleaciones de un casco de hierro oxidado; y un cuerpo de la más ideal armonía de líneas, cuerpo de esbelteces y delgadeces eurítmicas, como ritmos de una estrofa; cuerpo de ductilidades y ondulaciones cuasi musicales, cuerpo de flexibilidades sensuales, como de una serpiente simbólica dibujada por Ghiberti en el motivo de un vaso sagrado;

era en los ojos inexplicables de una tenebrosidad forestal, y en los movimientos de aquel cuerpo impecable, que residía todo el encanto y el prestigio de aquella mujer; un flúido carnal se escapaba de ella, como el alma de la fiebre surge de las aguas somnolientas;

el bacilus de la voluptuosidad residía en ella, como el *colitus* de una epidemia en los

remansos del Ganges; era cuando miraba y cuando se movía, que parecía radiar, hacerse eléctrica y fosforescente; se diría una divina ánfora de cristal, que contuviese mercurio vivo;

atraía y turbaba, como el aspecto de un mar lleno de corrientes magnéticas; fascinaba como el peligro; y atraía como la muerte heroica; y, era el prestigio de su carne, lo que la rodeaba como una sugestión, lo que atraía como un imán, lo que obligaba a contemplarla, a detenerse en ella, a preocuparse de sus gestos lentos de felino, a interrogar en silencio, eso que dormía tras de sus ojos glaucos, tan mentirotamente serenos;

la conversación en la mesa fué trivial, a veces matizada de rasgos de *esprit* de sospechosa originalidad, y de la incurable banalidad de la *table d'hôte*, en los lugares de cita cosmopolita, por donde pasean su pasividad resignada, los rumiantes del aprisco que el imperturbable Cook, conduce y dispersa por el mundo;

espíritus más o menos paquidérmicos, entregados con ahinco a la para ellos, agradable tarea de vivir; cada uno arrastró la conversación, como un viejo boa, por las páginas de su Bædeker, repitiendo a maravilla las impresiones de las guías sobre los edificios y museos, con tan deshonrosa trivialidad, y tan fingidos entusiasmos, que hacía mal al alma solitaria y

culta de un artista de *élite* como Leonardo Bauci;

sólo el pintor de cabellera merovingia, dejó escapar de su majestad absalónica, algunas ideas y notaciones de arte no exentas de interés, y el viejo profesor, con su dulce, inimitable acento boloñés, habló de sus últimas excursiones de la mañana, con tan cautivadora y arcaica elocuencia, que era como una ruina que cantara dísticos del Dante;

la dueña de la Pensión, creyó deber de cortesía interrogar sobre sus impresiones artísticas a Leonardo Bauci, a quien ella sabía muy versado en asuntos de arte, por haberlo escuchado en otras de sus travesías hechas por Venecia;

y, fué lo primero, preguntarle por la encantadora Madame Bauci... ¡ay! Madame Bauci era simplemente Madame de Laurie, con quien había estado allí, en la excursión que hicieron a Italia y que con gran diversión de ambos había pasado como su esposa;

él, respondió muy brevemente, no queriendo continuar una conversación que despertaba en su espíritu dolorosos recuerdos;

y, la buena señora se expandió entonces hablando de la belleza delicada y la gracia encantadora de Madame de Laurie, recordando su exquisita elegancia, su culto por la música, y mil detalles más de su permanencia allí, de-

talles que él no había notado o había olvidado ya.

Bauci habló muy poco, como extrañando oír el sonido de su voz que ya tenía opacidades de muerte, en aquel lugar de vivos, junto a voces frescas que acusaban la alegría de vivir;

la viuda hablaba entonces, con una rara música de voz, sobre las peripecias de su última excursión a *Murano*, y esa voz, llenaba todo el comedor de sonidos mágicos, como si hubiese robado en aquellas fábricas de cristal, una flauta y su alma tocara en ella;

¿no habéis visto cómo toda el alma de una mujer está en su voz? él, amaba esas voces graves, de tonos bajos, que suenan sin timbres agudos ni demasiado altos; voces de recogimiento y confidencia, hechas para hablar en la noche callada, a la luz de una lámpara oculta, sobre un lecho profundo, en cuyas almohadas reposa una cabeza en desorden, vencida por la tempestad reciente de los besos; aquella voz era una de ellas, recitaba más que hablaba, pero, era un recitado sin monotonía, lleno de inflexiones delicadas, que halagaba imperceptiblemente los oídos como un vuelo de mariposas en la tarde.

Leonardo Bauci, la oía con un placer infinito, inconsciente, como quien escucha una música en la noche; su alma de artista vivía y superaba en él, aun en esta crisis tremenda de su dolor; ella se sobrevivía;

¡esa alma de artista que le había hecho escoger a Venecia para morir, como una decoración digna de su genio y de su pena!; allí su muerte, tendría algo de la gracia y de la fuerza de un Sacrificio persa, levantando los muertos hacia el sol, para ser consumidos por él;

la muerte en Venecia tiene del esplendor de un holocausto, y del final de un póema; ¡morir bajo aquellos divinos cielos, en esos horizontes de oro y de perla, desaparecer como una hostia en un tabernáculo de Orcagna, en la transparencia clara y sutil de una *Transfigurazione* de Benozzo!

y, aquella música humana le halagaba los oídos como un canto ingenuo de las cosas bellas hacia su corazón y hacia su angustia; su alma, que cantaba ya las aleluyas de la muerte, se sentía como acompañada en *crescendo*, por esta voz de tonos velados y apaciguadores, como el rumor de un lago sonando dulcemente en los juncales, como un canto de fuente bajo el alba divina;

momentos después, en la pequeña terraza donde tomaban el café, Sofnia, que así se llamaba la viuda, le dirigió en francés la palabra, para hablarle de España;

alabó la península con un lamentable gusto de *snob*, habló de castañuelas y de toros, de chulos y de verbenas, con una abominable inconsciencia, pero, aun en esas trivialidades, su

voz embellecía de sonoridades sinfónicas, aquellas narraciones sin ideas.

Leonardo Bauci, no estuvo locuaz; su alma cerrada a la vida, respiraba apenas sobre el mundo exterior; en la fatiga dolorosa de su espíritu esas cosas no se mezclaban al sueño de su vida, que iba fatalmente encauzada hacia la muerte;

¡morir, morir, morir! era la palabra que subía en íntimo coloquio, en grito pertinaz hacia su corazón;

su substancia nerviosa, no vibraba sino a ese pensamiento, que lo envolvía en una misteriosa delicia como la de un adolescente en su primera cita de amor; el deseo de la muerte lo llenaba todo, como una vibración que ahogaba su alma;

salió ya tarde, y tomó *il vaporetto* hasta *I Giardini;* allí descendió, bajo las verduras intensas y apasionadas, llenas de un perfume acre, como venido del África lejana; el oriente pone allí con sus incandescencias vertiginosas, la saturación lujuriosa de sus perfumes;

en el *Casino*, tocaba una orquesta de *tziganos;* las mujeres de una hermosura vulgar, que recordaban las callejuelas de Córdoba, o los *zocos* de Tánger; los hombres, con aires insolentes y conquistadores, mirando a las mujeres, como presas fáciles, esperando ser conquistados por una princesa; alzando sus fren-

tes de bestias, por ver si caía en ellas la corona de un Chimay;

él, no amaba esa música penetrante, cuyas ondas agrias le desgarraban los oídos; se apartó cuanto pudo, se internó en los bellos lugares, en la calma vegetal de los laberintos, en los *parterres*, bordados de flores, por cerca a las estatuas casi blondas, bajo la alegoría de los árboles, cerca a las vascas plenas de aguas quietas, que el reflejo solar hacía aparecer como repletas de hidromiel;

salió del parque magnífico, y por la puerta de hierro, fuése hacia el campo inculto que fuera del jardín abre un horizonte divino, todo acuático, bajo la transparencia de los cielos, sobre la radiación confusa de las aguas; se diría el delta de un gran río ornado de juncales pensativos; atrás de él, la mancha negra de los jardines, como una dalmática de mosaicos; a su derecha el *Lido*, borrándose bajo ábsides violeta, en la calma sonora y orquestral del mar remoto; al frente *Murano;* más lejos *Mestre*, en una tonalidad de rojo ardido, como, en un pirograbado etrusco; a su izquierda, Venecia llameante como un piroxeno, como un hiposcenio iluminado, abierto al sol moribundo, como un templo hipetrio ornado de acantos multicolores;

él, veía esas cosas bellas y sutiles, llenas de clamores de divinidad, imperativas de admiración, sin emoción ninguna, inerte, como si

ya la muerte hubiese agotado en su organismo la última partícula vital; si el culto a la Belleza, no lo despertaba para adorarla, era que ya en su corazón había muerto todo lo que lo había hecho vivir... ¡todo!

y, quedó así, largo tiempo abismado, absorto, como tragado por una onda de recuerdos, casi destacado de su personalidad, entregado al poder de sufrir, enormemente;

una dulzura extraña se mezclaba a su pena; en esa semi-conciencia, en ese somnambulismo amargo; y era la idea de la Muerte, de la gran libertadora, que había ido a buscar allí;

y, era por gozar de esa dulce voluptuosidad de la espera, que no se había matado aún; el raro y profundo encanto que precede al encuentro definitivo con el grande y último Amor; y, gozaba en silencio, de esa lenta y amorosa preparación, de esa iniciación religiosa en la muerte, feliz de no tener que hablar: ¡cómo es de pobre y estéril la palabra, ante las sensaciones verdaderas! ¡cómo traiciona al alma cuando quiere traducirla! el verbo es una traición;

y, veía claramente, netamente, armoniosamente, el maravilloso dibujo de su pensamiento, yendo en curvas luminosas y suaves hacia la muerte; y, el tejido tan tenue, tan aéreo, tan sutil de sus ideas, yendo como desligadas, diafanizadas, con un vuelo igual, en una calma eglógica hacia la tumba;

la noche ganaba lánguidamente el cielo, en una procesión de manchas sardóneas y nubes de amaranto, cuando logrando substraerse al sortilegio de sus visiones que lo hacían guardar la inmovilidad pesada del silencio, volvió a la ciudad a pie; las luces blancas de la electricidad regaban rosas opalescentes sobre las aguas tranquilas; las flores se desgajaban tristemente, calladamente, en los ramajes extáticos; el alma de los rosales llenaba el ambiente; pájaros migratorios aleteaban muy alto: se hacían deformes en el crepúsculo;

a la noche, a la hora de la comida, las damas todas, como gente bien educada, habían hecho su pequeña *toilette;* Sofnia se presentó vestida de *soirée*, con un descote atrevido, en un traje verde claro de telas vaporosas, que denunciaban y modelaban sus formas, cual si estuviese desnuda bajo la gasa, cuasi transparente, como si se encontrase cubierta de olas; la impresión que producía era la de una desnudez; se sentía palpitar y vivir su carne bajo aquellas gasas tenues, que parecían cubrirla más que por pudor, por el designio de aguijonear el deseo ya en vela ante aquella promesa mal cumplida de absolutas desnudeces;

el movimiento serpentino de su cuerpo hacía diseñar de tal modo las formas armoniosas, que se diría que avanzaba sin velos desde la puerta hasta la mesa; su extraña cabellera fulgía bajo la lámpara como una cimera de co-

bre rojo, cincelado; sus pupilas cambiantes con fosforescencias de molusco, tenían a veces incendios pirofóricos...

de las telas ceñidas, como por una caricia de cincel, adheridas al cuerpo como una túnica de baño, se escapaba la nitidez del cuello y de los hombros, como una flor de ninfeo, y los dos senos erectos, dardeaban sus botones, que casi se percibían rojos bajo la gasa, como dos tortugas que irguieran la cabeza amenazante; producía la impresión de una hada Melusina, secando al sol sus formas divinales, en una gruta de cristal, ante los ojos asombrados de los monstruos marinos: se ofrecía como una flor.

Leonardo Bauci, sintió turbada su carne aun joven, ante aquella belleza de diosa marina, de ninfa desnuda, vista en un claro de luna;

después de la comida, él la felicitó por su elegancia, ella, sonrió con una sonrisa enigmática y profunda, y sus extraños ojos brillaron como dos cantáridas en la sombra, se diría que el recuerdo de sus propias desnudeces la turbaba; y, en esa honda mirada de leona joven, apenas desflorada, vibró toda su alma profunda.

Leonardo Bauci salió y se encaminó a pie, lento y soñador, hacia la *Piazza San Marco*, siguiendo el largo trayecto de ese itinerario, por la *Via Santa Agnese*, *Piazza della Academia*,

y el *Ponte di Ferro*, hacia el *Campo Morosini;*

en el puente se detuvo a mirar el cuadro feérico de la noche en aquella decoración inconcebible; el cielo caía como una veste violeta sembrada de crisantemos, sobre los canales, llenos de una azulosidad negra de carbunclos; blancuras emergían como nenúfares de entre las aguas muertas, ninfas prisioneras se dirían las iglesias lejanas, lanzando al aire sus torres atrevidas, como un gran grito hacia esos cielos inverosímiles;

todo azul, todo luminoso el paisaje, se diría un motivo pastoral para un vaso de Saxe; las góndolas pasaban bajo los arcos del puente, silenciosas, procesionales, con sus linternas rojas, como ojos de cetáceos enormes;

el Amor, pasaba en ellas como un rito de misterio; el amor, que surge de aquellas lagunas como una fiebre; el amor, que es el alma de Venecia;

en ese momento Leonardo Bauci, se sintió interrogar en francés:

—Oh, señor Bauci, ¿hace usted versos?

él, se volvió sorprendido;

eran Sofnia y su prima, que paseaban como él, en la noche apacible, poblada de secretos:

—No, señora, no se hace poesía en Venecia, Venecia es la Poesía:

—Es verdad—dijo ella, acercándose a la barandilla del puente, ágil, aérea, turbadora: se diría una orquídea que pensase;

magnificente bajo el esmalte del cielo, destacada en esa noche de fragua como el relieve de un escudo, parecía como si el fulgor estelar acabase de desnudarla y se ofreciese así desnuda al beso de los astros;

con sus manos apoyadas sobre el parapeto, manos largas y finas de virgen sienesa, erecto el cuerpo largo, que se adivinaba musculado en su delgadez afrodisiaca, como el de las *Sabinas* de Juan de Bologne, parecía el alma misma de Venecia, lúbrica y trágica, llena de un divino encanto; aspiraba el alma de la noche en los perfumes que los laureles rosas y los terebintos adolescentes enviaban de los palacios cercanos, en el aire tibio, que era un homenaje;

ebrio también de esa belleza, Leonardo Bauci quiso sacudir el sortilegio y ensayó partir.

—Nosotras también vamos en esa dirección —dijo Sofnia—: vamos a la *Piazzetta*, donde hay música; si no os molesta, nos haremos mutuamente compañía;

muy contrariado de no poder quedar solo con sus pensamientos, pero cuidando bien de ocultarlo, aceptó presuroso, lleno de un fingido contento;

y, se pusieron en marcha por el campo de *San Vitale*, donde la vieja iglesia *barocco* alzaba su mole negra, como un dolor; y por el *Campo Morosini*, salieron a *Santa Maria in Zobenigo*, a donde llegaban los acordes leja-

nos de la serenata que se tocaba sobre el *Gran Canale;* se detuvieron a escuchar un momento sobre el *Ponte delle Ostreghe*, y continuaron luego por la *Via 22 Marzo*, y *Via San Moise*, hasta entrar por la galería a la *Piazza San Marco;*

aquella visión única resplandecía, como un iconostacio iluminado. *Las Procuratorías*, en la limpidez del cielo, eran como un milagro iconográfico, ofrecido a la adoración de los astros; el *Palazzo Reale*, mudo y vacío, parecía envuelto en un sueño de pena, en la aguda nostalgia de sus fiestas principescas, *San Marco* se veía negro y poetiforme, como una joya de acero, y sólo su cuadriga de oro brillaba bajo las luces, como un escudo de cólera, cual si sus corceles desbocados, fuesen a emprender una escalada vertiginosa hacia el cielo;

atravesaron la *Piazza*, donde las pisadas sonaban sobre las losas sonoras como una marcha funeral, y desembocaron en la *Piazzetta*, donde una música militar, llenaba el aire de polisinfónicos acordes;

él, no tenía gusto por esas músicas asordantes de tímbalos y clarines, pero, por no aparecer descortés con las señoras, dió con ellas varios paseos, en ese perímetro lleno de gentes, la mayor parte turistas y extranjeros;

fatigado al fin, las invitó a sentarse en un Café, bajo las galerías para obsequiarlas; ellas aceptaron.

Sofnia, había hablado de varias cosas, siempre con aquella voz de magia, que enloquecía;

su compañera, absorta en la contemplación de su propia belleza, no desplegó casi los labios, como temerosa de descomponer la línea armónica que los cerraba;

un silencio de almas pasaba sobre ellos, en medio del ruido asordador de la música cercana; se diría que cada uno estaba atento a su propio corazón, y Leonardo Bauci oía llorar el suyo;

un perfume capcioso de violetas de Parma, se escapaba del seno de Sofnia y embalsamaba el aire suavemente, discretamente, con una como sutileza confidencial que hablaba de mayores intimidades y más raros perfumes; ella avanzaba su pecho imperioso sobre la mesa, y su talle flexible se arqueaba en la más armoniosa curvatura que puede diseñar un cuerpo de hembra;

eran, la pureza y la euritmia de las líneas, las que subyugaban en aquella mujer, que era como un ritmo que se moviese; sus manos diáfanas, largas, jugaban con la cucharilla del vaso, y las piedras de los anillos hacían juegos de luz vívidos, como aquellos animálculos luminosos que se pegan a las hojas de los arbustos en los bosques del trópico, y forman senderos de luz que andan; así centelleaban y cabrilleaban los fuegos raros de los diamantes, la sangre de los rubíes, la anemia luminosa de las

perlas, la tristeza de los ópalos, que se desmayaban y languidecían bajo la luz;

la noche tenía soplos extraños, inquietantes, como el aliento de una mujer dormida; y de las lagunas, de los cielos, de los altos domos, parecían venir ráfagas de voluptuosidad que estremecían los cuerpos con calofrío de fiebres.

Leonardo y Sofnia, hablaban ya con una voz velada, baja, tácitamente confidencial, como si la caricia de la noche los uniese:

—¿Qué dolor habéis venido a consolar en Venecia?—le dijo ella, inesperadamente, clavando en él, la mirada acuosa de sus ojos magnéticos.

—El dolor no se consuela, se mata, o nos mata.

—Y, ¿cuál venís a matar aquí?

—¿Cómo sabéis que tengo un dolor?

—Porque a Venecia no se viene sino a eso: a olvidar o a morir.

—Es verdad. Y, ¿a qué venís vos?

—A olvidar.

—Y, yo a morir—iba a decir él; pero cambió su confesión por una interrogación.

—¿A olvidar qué?

—La vida: yo paseo el cadáver de mi hastío, que es más pesado, que el cadáver del propio corazón.

—¡El hastío! ¿y, puede venir a vuestra edad y con vuestra belleza?

—La vida estéril, engendra eso.

—¡Vida estéril, es vida inútil! ¿por qué no habéis fecundado la vuestra?

—¿Es que se puede hacer florecer a voluntad su corazón?

—El duelo de las primaveras no es eterno; el corazón es un jardín; las flores en él no mueren nunca; ¡haced florecer el corazón!

y, él decía eso naturalmente, como si creyese en la primavera de las almas; ¡él, que ya entraba en los jardines de la Muerte!

—Tal vez...—murmuró ella, con un gran gesto de desdén en los labios inconsolados;

y, se puso de pie, ante la noche cristalina que susurraba de amores;

bajo el ópalo cambiante de los cielos, el *Palazzo Ducale*, alzaba sus florecimientos de mármoles, como una selva de líquenes cristalizados, sus cinceladuras sonoras de extraña orfebrería, sus relieves y sus arabescos como una cota de encajes en el pecho de una dogaresa;

la mole de la *Libreria Vecchia*, los hundía en la sombra de sus arcadas; la silueta de *San Teodoro*, de pie sobre el cocodrilo, se dibujaba en la alta columna, perfilada y sutil, mientras el león alado de *San Marco*, abría sus alas de oro, fulgurantes en la noche, y tendía sus garras de bronce hacia el espacio silente.

Leonardo Bauci, se puso también de pie, an-

gustiado, como si aquella garra se tendiese sobre su corazón;

y, los tres regresaron en silencio;

hay silencios pletóricos de cosas; silencios que hablan;

a la luz de la luna, Sofnia aparecía como desnuda en las gasas transparentes, cual si nadase sin velos en las ondas de una mar muy clara, en un fulgor de estrellas;

el cuerpo de aquella mujer, hacía mucho mal al cuerpo de Leonardo Bauci, en el cual todos los deseos se despertaban, como el fango en un pantano removido;

y, sufría de la tortura de su carne;

cuando se separaron en el corredor de la Pensión, estaban ya convenidos en ir al día siguiente juntos a ver ciertas iglesias y lugares artísticos de Venecia, que ella no conocía;

y, el *bonsoir* con que se despidieron, tenía la dulce cadencia de un *au revoir* ligeramente emocionante, como una pálida esperanza:

¡Oh, el corazón!

Al día siguiente desde muy temprano, Leonardo Bauci, estuvo en pie;

y, fué a esperar a Sofnia, muy cerca de la casa; en el *Campo della Caritá*, en la estación del *vaporetto* que debía conducirlos a *I Frari;*

ella, no tardó en aparecer, esbelta en la luz intensamente neta de la mañana, modeladas sus formas en un traje lila, que la hacía parecer un lirio vivo, ambulante; bajo su sombrero de paja y un velo del mismo color del traje, sus cabellos se ennegrecían, su palidez radiosa tenía tintes rojos de geranio, y sus ojos brillaban como dos grandes ágatas heridas por el sol; el ritmo de sus formas ondulaba en la marcha, con molicies felinas; era un reto a la concupiscencia de los hombres;

las gentes se volvían para verla pasar.

—La *bella signorina*—dijo la frutera que le ofreció sus naranjas.

—*¡Cuánto è carina!*—murmuró con su voz

dulce y lasciva, el vendedor de diarios, en cuyo kiosco se detuvo a mirar un grabado;

hubieron de esperar unos momentos el *vaporetto* que llegaba en ese momento a la estación del *Giglio;*

ella, parecía radiosa de contento, orgullosa de su belleza, que se hacía apoteósica en la luz, bañada en tonalidades flúidas, como las que envuelven y destacan la *Minerva* del Benci, en *Santa Maria*, de Florencia;

en aquella hora el tráfico hacia el *Rialto*, no es muy grande, y así pudieron sentarse solos, hacia la proa del navío, donde el sol, que dardeaba sobre las olas, hacía irrupción adentro, y parecía sonar una fanfarria de luz;

viéndola así brillar prismatizada, como prisionera en nimbos cegadores, pensó en la *Trasfigurazione*, del Tiziano, que ultrajada por el tiempo, yace en la pequeña iglesia de *San Salvatore* al fin de la *Merceria.*

—Yo he contemplado en Venecia—le dijo él—, algo tan bello como vos, en una iglesia que os haré ver; es una joya del Tiziano, el pintor de las carnes blondas.

Ella, sonrió ante el elogio y dijo:

—Yo, no soy blonda.

—El sol os hace así.

—El sol es un encantador.

—¿Cuál color creéis tener?

—No sé, a la luz artificial soy una, a la luz del sol, soy otra.

—Siempre bella.

Sofnia sonrió;

habían dejado atrás el *Ponte di Ferro*, el *Palazzo Contarini*, un joyel de piedra del Renacimiento, el *Durazzo*, la majestad del *Rezzonico*, y el *Campo San Samuele* se abría como un triángulo de luz con su iglesia al frente, destacando sus arabescos en un color de plomo bruñido, como un escudo cincelado por Ghiberti.

Se apearon en *San Tomà*, y fueron a pie, lentamente, por las callejuelas estrechas, felices de estar así casi solos, sintiéndose marchar en el silencio, cerca el uno del otro, escuchando sus pisadas sonar en las losas sonoras, como una denunciación;

un vago aliento de quietud los envolvía como un manto; la soledad los acariciaba con manos maternales;

de ciertos muros pendían campánulas rojas, como oblaciones de sangre, y la *fontanella* rumoreaba el himno de sus aguas, hechas luminosas;

un gran viento de pacificación pasaba sobre ellos, en aquella letargía que envolvía a esa gran soñadora que es Venecia.

—¡Cómo es bella esta calma!—murmuró ella.

—Venecia es eso—dijo él—, calma y desolación.

—Venecia es el silencio.

—Venecia, ¿es el olvido?

—Roma atrae, Nápoles deslumbra, Florencia encanta, Palermo ciega; sólo Venecia consuela; sólo ella apacigua el alma: Venecia es maternal.

—Venecia es tenebrosa; es el cuadro digno a una belleza enigmática, como la vuestra.

—¿Enigmática?—replicó ella; y las perlas de su risa se desgranaron, con la armonía extraña de las aguas que caían sobre la basca cercana.

—Sí, enigmática como el Destino.

—El Destino es una palabra; nuestro Destino somos nosotros; él, está en nuestras manos, nosotros lo modelamos; cada uno hace su vida.

—Hay una fuerza hostil, que rompe nuestros sueños.

—¿A qué soñar? la vida es fácil, basta renunciar a las cosas imposibles.

—Y, ¿al amor también?

—El amor no tiene nada de imposible... lo hace triste la loca ambición de poseer las almas, la triste aspiración de aprisionar las cosas fugitivas; la desdicha del amor viene de su sed de eternidad.

—Es verdad; amad la hora que pasa; coged la flor que crece; gozad el sol que brilla; vivid el momento de la vida; ¿a qué el mañana?

—Sí, y, ¿a qué el ayer? el recuerdo es un

lastre inútil; hace naufragar la vida, hay que arrojarlo al fondo del Olvido.

—No aspirar, no recordar, no soñar...

—Vivir su vida;

habían llegado al atrio *dei Frari* y entraron en el templo, todavía vibrantes, del sentido y el dolor de sus palabras;

sus ojos no estaban para la contemplación del Arte; sus corazones los cegaban;

los bajos relieves de Zundomenhegui en la tumba del Tiziano; el *San Geróiamo* de Vittoria; el altar de Vivarini; la tumba del Doge Foscari; los trípticos de Bellini... todo eso pasó ante ellos, como en un turbión confuso de formas y de colores;

sus sensaciones, los hacían inhábiles para la grave serenidad que pide la contemplación de las obras maestras;

y, deseosos de aire, de luz, de una atmósfera profana, abandonaron el templo;

en el atrio, él le ofreció el brazo;

ella, se apoyó indolente;

y, despreciando el grito de los *barcaiuóli* que les ofrecían las góndolas, se internaron en los *vicoli* obscuros que llevan al campo de *San Polo* y hacia *San Apolinar;*

él, temblaba a la presión del brazo, y al roce del cuerpo serpentino, que lo tocaba a veces como una llama;

iban silenciosos, cual si el tumulto de sus propios pensamientos, los hiciera enmudecer;

así llegaron a la *ruga di San Giovani Elemosinario*, y entraron en la *Erberia*, llena a aquella hora, de un gran tumulto;

se detuvieron ante la pequeña columna de granito egipcio que ostenta arrodillado el *Gobbo di Rialto*.

—*C'est drôle*—dijo ella en francés, mirando el jorobado.

—*Drôle*, pero da la ventura.

—¿La ventura?

y, un gesto de desdén contrajo sus labios sinuosos, por los cuales pasaba la vida, con intensidades de caricia;

y, él, calló, temeroso de engolfarse otra vez en cosas de metafísica pasional;

así, como presa de sus propios sueños, deseando aturdir sus corazones, azotados por terribles deseos interiores, pasaron frente a *San Giácomo*, al *Palazzo dei Camerlenghi* y atravesando *il Campo di San Bartolomeo;* llegaron a la pequeña iglesia de *San Salvatore*, donde él, había prometido mostrarle la santa que tanto se le parecía;

era en efecto una de las mujeres de la *Trasfigurazione*, del Tiziano; aquella que debía ser Marta; con los cabellos cuasi violáceos como hechos de jugo de vid; la belleza violenta de las grandes apasionadas; el cuerpo delgado y fuerte, lleno de resistencias ocultas bajo la túnica azafranada, y el manto claro que la hacía aparecer como un tallo de flor acuática vista en

la noche; los ojos de intensidad visionaria, fijos con un gesto de invencible amor, en aquel que se iba, que ascendía, que se esfumaba a su vista en un horizonte de oro, sembrado de rosas místicas.

—¿No es verdad que se os parece?

Sofnia asintió sonriente ante aquella semejanza real y halagadora.

—¿Cuánto tiempo hace que no veíais este cuadro?

—Cuatro años.

—Y, ¿lo recordabais aún?

—Las cosas soberanamente bellas de la vida no se olvidan, ¿quién se olvidaría de vos después de haberos visto siquiera una sola vez?

y, la miró intensamente, con una mirada devoradora de deseos.

—Ved qué labios—continuó él señalando la imagen—; se diría que van a gritar, en esos labios vibra el beso para aquel que se va: ¡labios divinos!

—No seáis hereje—murmuró ella, con una mueca de fingido reproche—, ¿no veis que es una santa?

—El beso es flor de santidad; el beso más intenso es el beso místico; ¿creéis vos, que los santos no besaron? ¿me daríais vos, uno por cada mil que sembró esta boca divina?—dijo él, mostrándole la Magdalena, rubia y opulenta, como la *Aurora* de Guido Reni, que tendía

dos manos combadas como senos de paloma, hacia aquel que se elevaba, como un cáliz de lirio en los cielos incendiados.

Sofnia no se inmutó de la audacia y dijo, riendo:

—Ella besaba antes de ser santa.

—¿No veis en ese seno—dijo Leonardo—, algo como la huella de la cabeza divina del dulce visionario, que la conquistó para la fe? esos labios contritos se tienden aún al beso del amor; pero, yo amo más los labios de Marta; es de esos labios, que yo quisiera ser besado...

y, tomándola por la mano, la atrajo violentamente contra sí.

—No, aquí no—dijo ella defendiéndose;

las pisadas lentas del sacristán vinieron a inquietarlos;

abandonaron el templo, y siguieron por la *Merceria*, hasta la *Piazza San Marco*, y por la *Piazzetta*, hasta el *Molo degli Schiavoni;*

allí tomaron una barca descubierta, y regresaron a la casa en esa feria del sol, menos llameante que el deseo insatisfecho que vibraba en sus corazones, y agitaba sus cuerpos estremecidos.

Tristezza immensa della carne brutta
quando nel petto il cor fievole batte
lontano é solo como in una tomba.

En la tarde del día siguiente debían reunirse con el pretexto de visitar a *Santa Maria della Salute;*

él, tomó la *Via Da Mula*, que por detrás del *Palazzo* del mismo nombre, lleva por vías limpias y estrechas hacia aquel templo;

la tarde romantizaba canciones de oro, sobre los cielos lejanos; un viento tibio arrancaba las hojas secas de los árboles y llenaba el aire de un discreto olor de tuberosas; un principio de otoño, bello y ardiente, como la cuarentena de una mujer hermosa, vibraba en los aires, y decía cosas preciosas y pálidas como el verso de una antigua romanza;

en el patio silencioso y negro, de la antigua *Abadía* abandonada, Sofnia lo esperaba; sentada en las gradas del pozo; negras como si fuesen de basalto; a la sombra de las enredaderas lujuriantes, crecidas en un pomposo abandono, ella, leía;

las líneas puras, partenopeas de las galerías, los arcos de una perfección arcaica, ocultos por vides salvajes, y desaparecidos bajo la locura roja de las campánulas, le formaban un fondo de negro y bermellón como de una iluminadora de Limbourg; parecía que los viejos ornamentistas claustrales, hubiesen trabajado con loco amor, esta decoración de berilos y de rubíes, para nimbo de aquella cabeza, que soñaba allí sobre un libro de Amor, como una novicia sobre su libro de Horas.

y, ella, surgía blanca, con blancura de alabastro, en su traje de heliotropo obscuro que cubría como una primavera de violetas, su

Bel corpo di fémmina atorcenti
con le anella di un serpe agile e bianco,
quasi una visione di natura
frutta e di gomme como un ricco pianto,
gravi e di mele e di capilliatura,
musicale e di belle bocche ardenti
e di tutte le belle cose impure...

y, surgieron a la mente de Leonardo esos versos del bello libro que le había dado a leer, y sobre el cual ella se inclinaba ahora lánguidamente: como una rosa;

avanzó silente: sus pasos lo denunciaron; Sofnia alzó hacia él los bellos ojos serenos, y como una ofrenda votiva, le tendió la mano, sobre la cual puso él, larga y lentamente, los labios: vorazmente.

—¡Cómo es bello!—murmuró ella, aludiendo al libro que había cerrado.

—Bello, como el Amor.

—¿Por eso se llama *il Canto Nuovo?*

—Por eso, porque es un renacimiento.

—Las cosas del Amor nunca renacen.

—¡Es verdad! las cosas del Amor no reflorecen... ¡exhaustos están sus cálices de divina esencia!

—No renace un amor, pero nace otro—dijo ella con una sonrisa más elocuente que todos los versos del poema...

y, se perfiló en la luz, linearia y rítmica, como una estrofa cincelada en carne;

se pusieron en marcha, en el encanto de la hora virgiliana, como si el poeta los guiase hacia los jardines de ese divino paraíso de las almas, que es: el Amor;

en los vicolos tortuosos, ella parecía fulgir; un magnetismo extraño se escapaba de sus pupilas, y su belleza pálida, parecía sufrir entre sus velos violeta, como una flor prisionera de la noche;

llegados al *Campo di San Gregorio*, un coro de niños cantaban sentados en el suelo; sus voces infantiles sonaban como un plectro, en la tarde melopéyica; su sonoridad diáfana, límpida como una pluma de agua escapada de la fuente, llenaba el espacio atento, acariciaba las piedras toscas del templo abandonado, y

se perdía en el canal obscuro con un ruido vago de alas; las voces sin pasiones, voces insexuadas, se dirían un coro de cosas blancas, ajenas a la tierra; una nube de sueños sonoros, migratorios, de viaje a lo infinito.

Sofnia, se detuvo, como hipnotizada por aquellas voces, como de pájaros que trinaran en la tarde, y, muda, como una imagen del Dolor, del cual el Amor es un hermano, escuchó inmóvil, las voces incompletas, que gritaban:

Di Venezia la dolce visione
de la stella á divino chiarore,
como é bella, la dolce canzone
O! l'amore, l'amore, l'amore...

el rostro de Sofnia era beatífico, su mirada parecía ausente, sus labios entreabiertos, parecían prontos para entonar ellos también, las aleluyas del Amor; y, sus manos eucarísticas, cruzadas sobre el pecho, semejaban dos azucenas caídas sobre una capa pluvial;

¡oh, cómo era bella en esa blanca y mística irradiación de todo su ser, cautivo de la armonía!

como é dolce il suo canto sentire

le dijo Leonardo como para halagar con este dístico dantesco, su tormentoso sueño de visiones;

ella lo miró con ojos ilúcidos, llenos de bru-

ma ideal, y repitió tristemente las últimas palabras de la cántiga:

á la sera placida morire;

los niños habían dejado de cantar, y se habían acercado a ellos en demanda de un *sóldo*, y los rodeaban como una banda de gorriones al reclamo de las migas;

él, repartió *soldi* y Sofnia besos y caricias;

cuando se apartaron de allí, ella iba visiblemente conmovida.

—Vos, no amáis los niños—le dijo viendo la rudeza con que Leonardo los había apartado.

—No, no los amo.

—Eso demuestra una alma dura.

—Tal vez—dijo él, con un sordo despecho, al recuerdo de los besos repartidos.

—Yo, los adoro.

—Felices ellos.

—¿Por qué?

—Porque con uno solo de los besos que les habéis dado, haríais feliz a un hombre;

los ojos de Sofnia se incendiaron de nuevo, con ese resplandor de mineral magnético, que los engrandecía y los extravagaba, como aguas fosforescentes.

—Cómo es bella Venecia—dijo, eludiendo el ardor de las últimas frases, y deteniéndose sobre *il Molo della Salute* para abarcar bien el horizonte;

en el paisaje rojo y violeta, la palidez intensa de Sofnia, se destacaba como una cerámica de Andrea della Robbia, y parecía alargarse, sutilizarse, espiritualizarse, cual si fuese a desaparecer difundida en el crepúsculo.

—¿Queréis ver la *Salúte?* cerrarán muy pronto;

sin responder, como hipnotizada por aquel incendio celeste, que se reflejaba sobre el mar, ella lo siguió... y, entraron en la iglesia;

el custodio, como de costumbre se ofreció para acompañarlos: Leonardo rehusó sus servicios, y puso en sus manos una moneda;

avanzaron en el templo solitario, hecho cuasi negro por la invasión lenta de la sombra; el eco repetía sus pisadas con una sonoridad medrosa, cual si caminasen sobre una inmensa tumba; los matices violáceos del cielo se reflejaban a través de los cristales góticos, haciendo al blanco de los altares, una decoración de cosas florecidas en sangre;

el altar mayor, parecía aéreo, fantasmagórico, como alzado sin base en esa dilución de sombras nocturnales; todas las cosas eran como fugitivas, indecisas, de líneas temblorosas, que se deformaban y se borraban en las tinieblas, como las arboledas de un paisaje visto en la noche;

pletórico de misterio y de espanto, el templo parecía prolongar sus naves en una perspecti-

va infinita, como la prolongación indecisa de un gran estuario, lleno aún del estremecimiento de la marea; Sofnia, como invadida de terror, había tomado el brazo de Leonardo y se apoyaba en él con fuerza; su aliento agitado le rozaba las mejillas, como una mano suave; se diría una caricia;

la sombra montante no les permitía admirar la gracia aérea de las columnatas de Pola, el atrevimiento de la arcatura, digna de Longhena, ni los *Tizianos*, que decoran el plafón, tras del Altar mayor;

fué en aquella capilla ya hecha impenetrable de sombra, que se refugiaron; Sofnia temblaba, agarrada al brazo de su amigo, y su belleza, ahogada en penumbras, se adivinaba más que se veía, en la quietud traidora; el silencio era inquietante, se diría una emboscada;

se sentaron en uno de los escaños, que gimió bajo su peso como si despertase de un letargo; entonces, él le ciñó el brazo al cuello, y la besó en los labios, larga, apasionada, tenazmente, como en una sed de fiebre; y, mordió la pulpa jugosa de esa boca, que era como un panal, donde las abejas de la pasión, hubieran destilado las mieles todas del deseo;

ella devoraba los besos, con una avidez silenciosa de tierra reseca, que absorbe el agua; no ensayó siquiera repeler las manos atrevi-

das, que palpaban sus formas acariciándolas, se dejó poseer, en una posesión incompleta, ante los cristos y las vírgenes, que palidecían con tonos verdosos en la sombra, y la pupila tierna de la lámpara inextinguible, que como una mirada de reproche, extendía sobre ellos, el anatema de sus luces amarillas...

la tos de una mujer, que invisible, rezaba al pie de la *Madonna* de *Le Court*, interrumpió el beso sacrílego, y los hizo ponerse de pie;

abandonaron el templo como ebrios, sin ver nada, tomados por el deseo loco de su carne;

ya afuera, ante el centelleo lejano de los astros y los fanales, que semejaban una ronda de luciolas, él le mostró una góndola que yacía al pie de la escalinata y le dijo únicamente:

—¿Quieres?

—Vamos—dijo ella con una voz velada, de pasión, y entraron.

—*Alla stázione; no mólto in frétta, dolceménte*—dijo Leonardo;

y, ya bajo el *felce*, corridas las cortinas, se dejaron caer sobre los cojines de la barca;

y, Leonardo, desnudó las carnes blondas, y las devoró a besos; paseó sus labios atrevidos, por todo aquel cuerpo divino, como por una playa de mármol.

Sofnia, los ojos entrecerrados, los labios devoradores, no decía nada, no prohibía nada, no defendía nada de su cuerpo, augusto y radio-

so; y se daba, con una locura apasionada y vibrante, que hacía gemir la barca, bajo los cielos remotos, en las aguas opalescentes, sobre las cuales, la luna brillaba como un taciturno arco voltaico...

La posesión de aquella mujer despertó de nuevo todos los sentidos de Leonardo Bauci;

la vida animal volvió a alzarse imperiosa y anonadadora, sobre aquel ser todo de voluptuosidad y de pasión;

él, no se ocultó su debilidad, no se defendió de ella; sabía que era una decadencia, y la aceptaba; no enmascaró sus sentimientos; vió débil y miserable su acción de vivir, y, aceptó sin disculparlas, esa debilidad y esa miseria; acercó a sus labios aquella copa de hipocras, que el destino le brindaba en su marcha acelerada hacia la muerte, y la apuró;

no por eso renunciaba a la muerte, esa pasión no era una capitulación; era una tregua;

puesto que el jardín de la vida le ofrecía aún esa flor, ¿por qué no cogerla? puesto que aun quedaban para él, besos sobre los labios ¿por

qué no apurarlos? hombre de carne y de fornicación, si el Destino le deparaba aún una mujer ¿por qué no gozarla? la gozaría a la orilla del sepulcro... y, ¿después?... ¡que la nada sea!...

buscó un apartamento amueblado, donde poder recibir libremente a esta su última querida; ¿la última? no: la última sería la Muerte; ésta no era sino un alto, en su carrera vertiginosa hacia el sepulcro;

un alto, el momento de un beso; nada más;

halló el apartamento, en un gran palacio señorial, sobre un patio desierto, donde la calma y la quietud, lo invitaban a agotar hasta la locura esta pasión ardiente y tardía, que había florecido como un crisantemo a la orilla de la tumba;

¿era el Amor? ¡Oh! no; la pasión de la mujer no pudo nunca tomar ese nombre, en la vida de Leonardo Bauci;

la mujer para él no era sino el más bello instrumento de placer sobre la tierra, no le sospechó nunca una alma;

ahora mismo, pensando en Elbina, no sentía sino sus besos, no rememoraba sino su carne, ¡su pobre carne, devorada por la tisis! y, era de ese amor todo sexual, que había sufrido; y, era por ese amor que quería sufrir; ¿por ese amor? no; por el florecimiento de ese Amor;

porque en una mujer ese amor había fructi-

ficado, y en esa flor de amor había él, puesto todo su corazón, toda su vida, porque había amado a su hijo, y su hijo no era ya... de eso moría; moría de su soledad;

el deseo de la carne, era lo único que sobrevivía en él, y era el que brillaba a esta hora, sobre su vida tan triste, como un fanal sobre las aguas muertas...

Sofnia, resucitaba la sombra de todas las mujeres amadas por él, y de cuyos besos guardaba un recuerdo de ardor, como una quemadura sobre los labios;

sin embargo, ninguna parecía haber tenido la voluptuosidad sombría de esta mujer, hallada así, ante la muerte en esa ciudad, de espejismos y de desolación... sus besos tenían algo de Eternidad: se diría que la Muerte besaba por sus labios... su beso, imperativo y fatal, daba todos los vértigos; el amor subía en ella como una fiebre mortal, salía de ella como el aliento de un lago palúdico, donde aletea la muerte; era la locura de la carne, la que reinaba en ella;

en aquel cuerpo maravilloso y fúlgido, corrían los escalofríos del placer, con la intensa acuidad de una epilepsia pitonisaica; era un vértigo rojo el que daban los labios de aquella mujer, cuyas concupiscencias sabias tenían los ardores rituales de una hoguera de sacrificios; se diría una fuente alticarada donde los labios enloquecidos no se saciaran nunca;

bajo aquel vientre adorable y conquistador, parecía haberse concentrado todo el fuego de los sexos, en un solo símbolo, apasionado y triunfador;

cuando se estremecía vibrante y vencida, pero siempre insatisfecha, se diría que, en esa carne rígida y blanca, nunca domada, en esos ojos extáticos y abismales, ceñidos de un halo negro de lujurias; en esa garganta donde sonaban y morían gritos de un estertor apasionado; en esos senos que la violencia de las caricias no llegaba a deformar, y permanecían siempre erectos y duros, como dos escudos de batalla; en aquellas manos como luminosas, que recorrían la gama atrevida de todas las caricias; y en aquella cabellera tumultuosa, llena de un brillo mercurial, se había refugiado cuanto hay de pasión, de amor, y de vicio sobre la tierra;

era la histeria, un poco triste y a veces vergonzosa de su propio desborde, en sus aproximaciones locas, con refinamientos que no se sospechaban;

su corrupción era opaca y suave, como una agua estancada, tenía algo de misticismo y de alucinación, parecía el delirio crapuloso de una novicia erótica;

la magnificencia de sus pasiones, habría sido apellidada de diabólica, por los casuístas incestuosos, sin piedad para el amor de los otros, perdidos en el cenagal de su propio

amor; había más fuego en el óvalo exangüe de su rostro, que en la misma cuenca del sol;

en la limpidez engañosa de sus ojos, se sentía un huracán de amor; eran dos mares magnéticos, en pleno furor de tempestad;

el apartamento que Leonardo había alquilado, quedaba a la riba de un canal obscuro y dormido, donde gesticulaba el silencio;

el salón y el cuarto de dormir, eran bien el tipo de las habitaciones italianas, altos como naves de iglesia, con ventanas y puertas enormes, voraces de aire y de sol; los techos eran decorados por el Véronése, con aquella opulencia de carnes, y aquella riqueza de tonalidades, que hace del Maestro, algo como un Nabab del colorido, derrochador y suntuoso;

los muebles eran solemnes y antiguos, de una decoración medioeval, verdaderas lunas de acero, que parecían aguas turbias, yacían clavadas a los muros, enguirlandadas de una flora de cristal rara y vistosa, soberanamente exótica; consolas doradas, enormes, hechas de un solo bloque de ónix, con patas de metal, terminadas en cabezas de monstruos mitológicos; sofás y sillones de raso florecido, amplios y canonicales; cómodas de nogal incrustadas de madreperla... y, en la alcoba, el lecho alto, misterioso, profundo, bajo un baldaquino rojo, como la colcha que lo cubría; un lecho que daba la visión de carnes blondas;...

de queridas amadas, y degolladas allí;... visiones de amor y de sangre...

era por lo que ese lecho había hablado a su sexualidad, y por la solitaria discreción que envolvía el aposento, que había preferido aquel apartamento a otros que había visto;

desde el primer día que Sofnia concurrió allí, quedó encantada de la soledad, del misterio, de la dulce y tranquila quietud que se respiraba entre esos muros llenos de pompa heráldica y bajo aquellos techos desde los cuales las ninfas del Véronése parecían mirar con envidia, el lecho rojo y profundo, hecho para los combates del amor;

y, él, volvió allí a sufrir la dulce inquietud de las esperas, tan irreflexiva, tan punzante, como en los años de su primera juventud;

en esos momentos, en que loco de deseos esperaba su llegada, su oído aguzado por la pasión, percibía bien el grito del gondolero al doblar el canal y entrar en el angosto y obscuro *río*... sentía el ruido de los remos, los oía cesar frente a la puerta del palacio, percibía neto y preciso el taconeo menudo, precipitado, cuasi miedoso de los pequeños pies sobre las grandes losas del patio, contaba las gradas de la escalera que debía subir, sentía su respiración fatigada, cuando llegaba a la puerta que él tenía entreabierta, y recibía en brazos a la adorada, y la atraía así hasta el diván, y la sentaba allí para contemplarla; para acariciarla; para

devorarla a besos ardientes y sabios; para sentir y prolongar la intensa lascivia de las manos indagadoras deslizándose por todos los secretos de aquel cuerpo exánime de pasión... ¡con cuánto cuidado la desvestía, llenando con besos largos y reposados, las carnes que quedaban en descubierto; divinos reposorios!

con qué cuidado maternal la llevaba en brazos, así desnuda, hasta el lecho rojo, y la acostaba allí, para saciar sus ojos con el resplandor maravilloso de aquellas carnes, y torturarla a besos brutales y furiosos, que precedían como un preludio de voluptuosidades al acto de la posesión definitiva;

ella, no rehusaba nada, no rechazaba nada y sufría las terribles violaciones, como inerte, desmayada... de súbito la terrible fiera de amor despertaba en ella, y enredada como una liana, voraz como una llama en torno al cuerpo del amante, sólo se oían sus gritos ahogados, sus estertores agudos, sus grandes gemidos de voluptuosidad, sus estremecimientos de ventura...

... ...
... ...
... ...

Todos los días de las tres a las cinco de la tarde, las diosas del Véronése la veían desnuda, como una alba hecha carne, del diván preparador al lecho augusto, y enloquecer en bra-

zos de su amante, como en una furia de deseos inconfesables, en espasmos lúbricos, con gestos agonizantes, con anonadamientos que eran como vastos gestos, imploradores de la muerte, en el abrazo supremo; ¡siempre insatisfecha! ¡siempre insaciable! hambre de loba, voracidad de amar;

después, se vestían y, salían por la *fondamentas*, cuasi desiertas, por los vicolos más ocultos, el brazo en el brazo, como dos adolescentes enamorados, somnambulizando su amor, hasta que hallaban una *Trattoria*, donde saciar su apetito exacerbado;

otras tardes iban al *Lido*, y allí, sobre la playa áurea, ante la intensa verdura del Adriático, se paseaban soñadores, romantizando su amor;

ella tenía ingenuidades de niña, que hacían inexplicables sus perversidades de mujer;

un viento de juventud, pasaba por sobre sus pobres vidas agostadas;

otras veces quedaban serios, pensativos a la orilla del mar; sin palabras, casi sin miradas; sentían pasar el fantasma de sus vidas, y, cada uno se volvía del lado de su Destino...

el pasado es lo que hay de más verdadero en nosotros, es lo más fuerte en nosotros; su pasión era demasiado nueva, demasiado artificial, para que hablasen de su pasado;

el estremecimiento inefable de la sinceridad, no tocaba sus corazones;

el simple gesto de revelarse, no lo ensayaban sus espíritus; sonreían al silencio como a una forma de la Verdad, y, su sonrisa era triste, como el tedio de las cosas precarias, que hacían su sueño...

el miserable naufragio de sus corazones, parecía llenarlos de sus propios lamentos, y, la miseria de sus almas se asomaba a sus rostros, insolentemente serenos...

el duelo inmenso del pasado vivía en ellos como un clamor de Eternidad... y, hablaban de su propia vida como de una sombra.

—Cómo cambia la vida—dijo ella, una tarde, apoyada de codos, en la baranda del Casino frente al inmenso mar sonoro...—yo, vine aquí a buscar la calma, y he hallado la tormenta...

—La tormenta se lleva en sí, como la muerte.

—¿Cuánto durará nuestra dicha?

—¿A qué inquirirlo? conformémonos con gozarla; si la vida es un miraje, gocemos su esplendor, antes de que un capricho del viento lo deshaga.

—¡Oh! si amásemos siempre...

—¿Siempre? esa palabra es imbécil ante la vida transitoria; la vida es un gesto de lo infinito, gesto que pasa, se hunde, desaparece en la muerte: ¿veis esa ola? ése es un gesto de la vida... así nosotros; ¿qué cosa ha sido siempre? ¿qué será siempre? nada; es esa sed de

eternidad, la que destruye nuestra felicidad; es la presciencia de la sombra, la que nos impide amar la luz; amemos, vivamos, gocemos; el Olvido y la Muerte, vendrán a su hora; ellos nos miran, ellos nos espían; ¿no lo sientes, cómo están cerca de nosotros?

—Es verdad—dijo ella, con una voz grave y profunda, y, en su blancura de hostia, y entre sus ojos glaucos, parecieron reverberar todos los ponientes, como sobre una taciturna mar doliente: irradió... irradió en el crepúsculo, como absorta en la visión vitrisibilaria, evocada del fondo de su corazón;

grandes por la pasión de su dolor, y por la pompa de su melancolía, se alejaron de la playa, donde el sol moría lentamente, en cielos de azafrán, sobre mares de cinabrio;

en el total abandono de la vida, el corazón niega a Dios y prueba al hombre...

el corazón es augusto, bajo los cielos de su soledad;

el corazón brilla más que Dios, porque el corazón existe.

*

La embriaguez de sus besos, la locura de sus cuerpos borraron en ellos la noción precisa del tiempo;

olvidados de todo, nada los llamaba a la realidad;

y, un día, ella con una alegría triste y tierna, llena de una extraña satisfacción, como ante una cosa que exausaba el voto solitario de su vida, le hizo la amorosa confidencia;

fué en el lecho del amor, bajo la mirada marforescente de las ninfas, que ella, desnuda, le tomó la mano, y poniéndola sobre su vientre, que semejaba una copa de alabastro, le dijo:

—Toca, toca, ¿no sientes nada?

—¿Nada de qué?—dijo él temblando, como si sintiese el fracaso de su vida estallar otra vez, sobre su corazón.

—No te había querido decir nada hasta hoy, que tengo plena seguridad; hoy es un hecho,

el voto más ardiente de mi vida se cumple; tú me has hecho feliz, ya puedo vivir, ya tengo objeto de vivir: mira, pon la mano; aquí en el vientre, tócame, ¿no veis cómo se ha dilatado? ¿no sentís algo dentro? es nuestro hijo.

—¿Nuestro hijo?—gritó él como hebetado; —¿nuestro hijo? y, retrocedió desnudo también, hacia el borde de la cama, extintos ya todos los ardores de su virilidad.

—¡Nuestro hijo! ¡nuestro hijo!—murmuraba, y un odio sordo, el odio indestructible a su simiente le subió al corazón, y miró lleno de un rencor terrible, a la hembra fecundada que le tendía los brazos.

—Déjame, déjame—le gritó arrojándola brutalmente lejos de sí;

y, vió rojo, en una visión de sangre, y buscó con los ojos extraviados su revólver para matarla, sí, para destruir en ella su simiente; ¡la maldita simiente, que germinaba!

Sofnia lo perseguía, con los brazos abiertos, gritándole:

—¡Leonardo! ¡Leonardo! ¿qué tienes?

él, la miró fija, tenazmente, como buscando el lugar del pecho en que pudiera hundirle su puñal;

ante aquella mirada extraña, de loco y de asesino, ella tuvo miedo, y tocó el timbre.

—No, no llames—dijo él, fingiendo una serenidad que no tenía; son los nervios, el placer, la emoción de la noticia;

ella temblaba, como si el corazón le gritara que había escapado a un gran peligro;

la portera subió al llamamiento.

Sofnia la detuvo, para que la ayudara a vestirse, e invitó a Leonardo a salir, como siempre;

y, salieron;

la ciudad abismal, rumoreaba en torno de ellos, menos inquieta, menos triste, que aquellos corazones...

cualquiera que sea el Dolor, es más grande que la Naturaleza.

*

¡Cuán bello era el cielo, un cielo de mayólica, sembrado de espigas de oro!

¡cuán bello era el mar, un mar de faiensa florecido de rosas de cristal!

en nubes de violeta el sol agonizaba: como en un Sacrificio;

en cielos madreperla, la luna se anunciaba: como en un ostensorio;

las olas cantaban rondeles de amor;

la góndola bogaba dulcemente, como en alas de pájaros azules;

y, la tarde melancólica vibraba...

bogaba la barca...

mar afuera, mar afuera...

iba hacia el oceano.

Leonardo dejó el remo, y ciñendo dulcemente el talle de Sofnia la trajo contra su corazón;

y, le dijo el ruego ardiente...

para eso habían venido allí: para amarse;

para eso habían dejado atrás la gran góndola negra, allá en el Arsenal, y habían tomado aquella de pescadores, ligera como un pájaro;

él, suplicaba al oído, como una cántiga;

¿no era a eso que habían venido? era una fantasía;

amarse así, en pleno mar, bajo el sereno cielo;

ella accedió, y se dejó despojar, y se mostró desnuda, como una perla a las pupilas del sol;

y, él besó aquel relicario de armonías ya deformado por la maternidad;

y, su beso sonoro asordó el mar;

y, se amaron cual nunca se habían amado;

vencida ella, inclinó sobre el hombro la cabeza desfallecida, en un gran gesto de placer;

él, vió llegado el momento, y tomándola en brazos, y estrechándola fuertemente se precipitó con ella en el mar...

ella intentó luchar, él, la sujetó, la sumergió, la llevó al fondo del agua...

y, se vieron los dos cuerpos hundirse, desaparecer, borrarse en la muerte... no reaparecieron.

El mar había tragado la Simiente.

FIN

LECTOR:

Si este libro te agrada, no lo prestes. Porque restándome compradores, agradecerías el deleite que me debes, devolviendo mal por bien.

Si este libro no te agrada, no lo prestes. Porque obra insensatamente quien propaga lo malo.

Prestar un libro es un gran perjuicio para el autor que cobra derechos por ejemplar vendido.

Obras de VARGAS VILA

Publicadas por la CASA EDITORIAL SOPENA

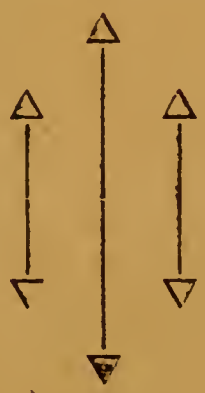
Vuelo de Cisnes.
De los Viñedos de la Eternidad.
Libre Estética.
María Magdalena.
Sombras de Águilas.
El Final de un Sueño.
Salomé.
La Ubre de la Loba.
Ibis. (Edición definitiva.)
Las Rosas de la Tarde... (Edición definitiva.)
Flor del Fango. (Edición definitiva.)
Cachorro de León.
La Simiente. (Edición definitiva.)
Sobre las viñas muertas. (Edición definitiva.)
Alba roja. (Edición definitiva.)
Aura o las Violetas. (Edición definitiva.)
Los discípulos de Emaüs. (Edición definitiva.)

El Camino del Triunfo. (Edición definitiva.)

La Conquista de Bizancio. (Edición definitiva.)

El Minotauro. (Edición definitiva.)

La Demencia de Job.



RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ8179
.V3
S5
1919

NOVELAS

Aura. Flor del fango.
Ibis. Rosa mística.
Rosas de la tarde.
Salomé. Alba roja.
La simiente.
Delia (Lirio blanco).
Eleonora (Lirio rojo).
Germania (Lirio negro).
El camino del triunfo.
La conquista de Bizancio.
María Magdalena.
La demencia de Job.
El minotauro.
Los discípulos de Emaús.
Los parias.
Las viñas muertas.
Los estelas de Teópolis.
El final de un sueño.
La obra de la loba.
Cachorro de león.

LITERATURA

De sus lises y de sus rosas.
Libre estética.
Sombras de águilas.
Horario reflexivo.
Archipiélago sonoro.
Rubén Darío.

FILOSOFÍA

El ritmo de la vida.
Huerto agnóstico.
La voz de las horas.
Del rosal pensante.
De los viñedos de la eternidad.

HISTORIA

Los Césares de la decadencia.
Los divinos y los humanos.
La muerte del condor.

SELECCION
DEL
CATALOGO